
CLUB DEL MISTERIO
LAWRENCE TREAT
TENSION EN EL JUZGADO
21
Lectulandia

Esta vez el crimen ronda por los ateliers de los pintores de moda. Por ese mundo maravilloso, y de oropel, poblado por artistas, por los marchands que venden sus creaciones, los críticos que las comentan… y las mujeres ricas y hermosas que las compran.

Es un mundo extraño. En él convive el arte junto al comercio; la creación junto a la posesión; la adulación junto a la crítica.

Y en ese mundo de seres exaltados y pasiones violentas, alguien había matado. ¿Por celos? ¿Por intereses? ¿Por resentimiento…? O quizá sólo por conocer alguna nueva sensación, una novedosa experiencia…

Lawrence Treat

Tensión en el juzgado

Club del misterio (Jacobo Muchnik) - 21

ePub r1.0

Titivillus 30.12.2021

Título original: *Trial and Terror*
Lawrence Treat, 1949
Traducción: Beatriz Morello
Diseño de portada: Juan Ángel Cotta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

CLUB DEL MISTERIO



ORDEN DE APARICIÓN
de los personajes

IRENE VENICE, viuda de un pintor y, lógicamente, entendida en arte.

JANICE DAVVO, divorciada reincidente. Esposa de pintor.

KIPP, el hermanito de Janice.

MORTIMER WALER, coleccionista, amigo del arte y los artistas.

PEDRO DAVVO, pintor, esposo de Janice.

VICKY NEWBACKER, *marchand* y hombre astuto.

JOHN PASTORINI, su ayudante.

FRANCIS MALONEY, fiscal del distrito.

JAMES P. CULLEN, un simpático agente de policía.

MARVIN LEWIS, el detective galante.

JOHN SANDWICH, un experto en pintura.

1

Estaba sentada reposadamente, encerrada en sí misma y permanecía callada. La débil luz, desde el tablero, rozaba la blancura de su piel, dibujaba el perfil de su rostro suave y sereno. Sus labios estaban plegados y las puntas de sus largos dedos tocaban el pequeño adorno que llevaba en la solapa, un círculo que rodeaba la recortada figura de un pájaro.

Deseó no llegar nunca allí y poder continuar en el coche así, eternamente. No estaban sentados demasiado juntos, no los unía ningún lazo, ni los oprimía ningún amor. Las llantas zumbaban, el motor murmuraba sin interrupción y el aire era abierto por el susurro infinito que producía el movimiento. El brillo de los faros iluminaba los arbustos, los árboles y las paredes de piedra, dejándolos después sumidos en la oscuridad, como a viejos recuerdos. Agitados y observados brevemente y enterrados luego en el olvido, como los recuerdos de Adam Kalish.

Desde el momento en que había aprendido a caminar, Irene Venice siempre había huido del hogar y cruzado el atajo hacia el estudio de Adam Kalish. Él acostumbraba a alzarla en sus brazos, y muchas noches se quedó dormida, y al despertar se encontraba envuelta en algunas mantas; Adam, sentado cerca de ella, contemplándola apaciblemente, y listo para llevarla al hogar.

Fue Adam el primero que la llamó Wren y quien, cuando ella contaba siete años, le dijo que se casarían algún día y serían felices.

«Pero quiero vivir feliz ahora», era la respuesta habitual.

Adam sonreía y contestaba en tono lejano; «Nadie vive feliz ahora; es sólo una ilusión, creada para ayudar a las niñas pequeñas a crecer».

Pero ella sabía más, porque era completamente feliz: este fue su primer secreto para con él.

El secreto, sin embargo, no fue duradero. Cuando otra niña pequeña llamada Janice llegó al estudio, Wren comprendió que la felicidad había terminado. Tendría que compartir a Adam y no

quería; tan pronto abandonaron el estudio saltó sobre Janice y trató de arrancarle los cabellos. Janice asió los suyos y los arrancó también y ambas tiraron con fuerza y chillaron furiosamente hasta que Adam corrió a separarlas.

Las calmó, pidiéndoles que fueran amigas; Wren miró hacia arriba y asintió obedientemente. A partir de ese momento siempre fueron amigas.

Esto había ocurrido veinte años antes, y Janice Davvo e Irene Venice estaban aún unidas por el deseo de Adam, aunque separadas por su rivalidad, que se mantenía latente probablemente por la compra del viejo estudio de Adam, unos años después de su muerte, por parte de Janice.

Era extraño, sin embargo, que Wren jamás hubiera visitado a Janice allí; aunque ésta la había invitado innumerables veces, Wren siempre había encontrado pretexto para no ir.

La mayoría de las veces era porque Kip, el hermano de Janice, iba a estar allí también, y Wren decía: «Pierdes tu tiempo, Jan, Kip no es para mí y no hay razón para alentarlo. Me gusta, pero eso es todo».

Pero en su fuero íntimo Wren sabía que estaba asustada y no quería ver el estudio. Janice debía haber notado la verdadera razón, y habían llegado a un acuerdo tácito de no insistir al respecto. Se había convertido en una broma permanente entre ellas.

Ayer, Janice había roto el pacto. «Estoy llamando a larga distancia, —había dicho ella por teléfono—. Wren, tenemos una magnífica semana libre y debes venir; francamente, debes hacerlo».

«Me gustaría, —contestó Wren—, pero no estoy segura de que podré».

«Wren, te necesito; tú quieres venir, ¿verdad?»

«Desde luego que sí; no he visto ese lugar durante años».

Janice había tratado de tranquilizarla. «Está igual que siempre, Wren; no aceptaré excusas, y lo digo seriamente. Voy a llamar a Mortimer Wales, y él te traerá para la cena».

En el camino, Wren se preguntó vagamente por qué Janice había insistido tanto y con tanta urgencia. Ahora, casi al final del viaje, la pregunta la torturaba más y más. ¿Por qué Janice necesitaba tanto verla? ¿Por qué? ¿Y por qué ahora?

Wren vio la bifurcación frente a sí y dijo:

—A la izquierda.

Aun en la oscuridad, el lugar le resultaba familiar. De pronto notó que estaba ansiosa por llegar al estudio. No sintió miedo ni distracción. Con voz que delataba la excitación contenida, agregó:

—Sólo falta un cuarto de milla; hay un gran arce, una curva y después camino a la derecha. La curva es difícil de tomar.

En la cara de Mortimer Wales se dibujó una sonrisa burlona y sus pequeños rasgos delicados se arrugaron como una pasa.

—No con este bote —dijo con su voz fría y molesta—. Da vueltas en ángulo recto, tiene partes iluminadas, de popa a proa, va hacia atrás, hacia adelante y probablemente hacia los costados, si lo instas.

—Es un lindo coche —dijo ella—; me encanta.

Sintió lástima por él; estaba orgullosa de su nuevo automóvil y ella debía admirarlo milla por milla, durante todo el camino desde Nueva York, de acuerdo con las reglas de la etiqueta.

Él aminoró la marcha al llegar al árbol y después paró el coche por completo.

—¿Aquí? —dijo dudando.

Ella asintió.

—Sí, no tiene mucho de carretera, ¿verdad?

—Parece la ruta al infierno, con la diferencia que va hacia arriba —comentó él ansiosamente—. Bien, de cualquier manera podemos probar; allá vamos, a toda máquina.

Salió en primera, ayudando así al coche grande y costoso. Este golpeó los profundos surcos picados y se balanceó silenciosamente. Wren comenzó a hablar porque la excitación contenida aún estaba tomando cuerpo en su interior.

—Hay una curva cerca de la cumbre, después se llega al terreno nivelado y hay un hermoso paisaje, que Adam pintaba muy a menudo; hay también dos casas: en la de la izquierda estaba su estudio, y la de la derecha era generalmente una casa de huéspedes; es la que usa Janice; tiene tres dormitorios, una cocina y vestíbulo. Janice la compró durante uno de sus matrimonios anteriores, cuando tenía dinero. Ahora sólo tiene a Pedro, y creo que él usa el estudio. Su verdadero nombre es Peter Davis, pero lo cambió por Pedro Davvo. ¿Conoces sus obras?

—No muy a fondo. ¿Qué tal son?

—Bueno, es muy buen técnico y puede trabajar en cualquier estilo; es natural de Provincetown, Gloucester, o alguno de esos lugares, donde él puede hacer tres acuarelas por día y venderlas a los turistas. Las hace muy bien y podría ganar dinero, pero no es realmente un pintor.

—Supongo que sólo Adam Kalish lo era —dijo Wales.

Wren no lo miró, pero presintió su sonrisa fría, y su aire de superioridad, que tanta repulsión le causaba; esto le hizo decirse a sí misma: «Wren, huye, antes de que sea demasiado tarde».

Ella no lo miró, pero dijo:

—Yo acostumbraba tomar la senda a través del bosque; pasé aquí más tiempo que en mi propio hogar; era afortunada.

—Yo deseo ser afortunado consiguiendo algunos de sus trabajos; llegan a precios fantásticos.

—Quedaron muy pocos —dijo Wren—. Pintaba afuera la mayor parte y lo mejor fue destruido por el fuego; había cinco retratos míos.

—Si yo pudiera conseguir un retrato tuyo —comenzó Wales; en ese momento, Wren lanzó un grito.

—Mort, ya llegamos. —Casi se alzó del asiento y se dejó caer nuevamente, diciendo—: ¡Qué raro!, no hay luces.

Llevó el coche hasta un lugar a mitad de camino, entre las dos casas y paró el motor. Su cara pequeña y voraz escudriñó los alrededores y las fosas de su nariz parecían aspirar el silencio. Wren se estremeció.

—Ni luces —repitió— ni coche.

Wales asomó la cabeza a través de la ventana y su voz aulló en el oscuro vacío.

—Hola —llamó—. ¡Hola! ¿Janice? ¿Pedro?

Desde una enorme distancia pareció como si un buho ululando se dignara contestar.

—No están aquí —dijo Wren trémulamente—. Yo sabía que algo pasaba.

—Tonterías —dijo Wales severamente. Buscó en su bolsillo y sacó dos cigarrillos. Con la luz, los ojos de ella, oscuros y suaves, brillaron, y cuando se adelantó para encender el cigarrillo, sus rasgos se alargaron con un nuevo y sutil diseño. Por el contrario, la cara de él pareció fría y deformada y la piel como papel de lija.

Ella, como si sintiera el contraste y le disgustara obligarle a aceptarlo, se separó con violencia.

Él mantuvo el encendedor ardiendo.

—La hermosa Irene Venice —dijo—. ¡Señor, si Kalish te hubiera pintado alguna vez así!

—Lo hizo, pero es uno de los retratos que se perdieron.

—Es en la forma que te veo siempre —dijo él—, en sombras, adorable, solitaria, lejana.

—Me parece que estoy un poco asustada —dijo, como si no le hubiera oído.

Él apagó el encendedor y pareció pensar algo. Con el brillo del cigarrillo de él, Wren vio su expresión; esto aumentó su miedo y emitió una breve y fútil risita nerviosa.

—Estoy siempre asustada, soy terriblemente cobarde; vayamos a ver.

Alcanzó la manija de la puerta y la abrió sin bajar. Pensó que se sentiría deprimida y encontraría a Adam en todas partes, pero él estaba lejos y sus recuerdos no Je trajeron angustia. Era demasiado activa y sana como para andar a tientas en el pasado. Se dijo que debía haber ido allí antes y que Kip sólo había sido una excusa débil.

Sin embargo, la inexplicable ausencia de Janice y Pedro la perturbaban. Había sido un error ir en ese momento sin saber la verdadera razón de la insistencia de Janice. Wren tuvo la impresión de que algo se cerraba. La casa que debía estar iluminada como símbolo de hospitalidad, parecía muerta; la puerta recordaba la entrada de un sepulcro. Además, Wales, con el cual siempre había mantenido cordiales relaciones de amistad superficial, era otra complicación. Lo notaba hostil y como si no compartiera ninguna de sus emociones.

Sus acciones, sin embargo, eran bastante eficaces. Tomó una linterna de la gaveta de los guantes, salió del coche y se dirigió a la casa. Caminó junto a él, ansiosa por entrar aunque temerosa por lo que podía encontrar.

La puerta estaba sin llave y él iluminó con su linterna los abundantes muebles del vestíbulo.

—Hay un conmutador aquí, junto a la puerta —dijo ella.

Él dirigió su linterna sobre un par de llaves y dio un golpe seco

sobre una de ellas. No ocurrió nada; hizo lo mismo con la otra, pero todo continuó a oscuras.

—¡Qué raro! —musitó—. Debe haber un cortocircuito.

—Sé dónde está la caja —dijo ella ansiosamente, satisfecha de ser útil—. Por la otra puerta; te llevaré.

Una vez afuera sintió la suavidad del pasto bajo sus pies. Caminó rápidamente y llegó a la puerta de la esquina de la casa.

—Aquí —dijo—; no sé qué hacer, pero aquí está la caja.

Permaneció silenciosa mientras Wales estudiaba la caja de distribución. Este había encontrado algunos tapones de repuesto y los examinaba.

Estoy tan desamparada, pensó. Probablemente Janice y Pedro se fueron cuando se apagaron las luces. Volverán con un electricista y dentro de una hora estaremos bebiendo copetines y charlando como si esto nunca hubiera ocurrido. Probablemente, mañana o pasado, Mort me pedirá que me case con él y le tendré que explicar que no lo conozco bastante, que no estoy segura, que no le puedo decir que sí, que es imposible. No lo haré bien, se sentirá herido y me insultará y los dos nos sentiremos desdichados. No debí haber venido. Janice pudo, pese a todo, haber organizado nuestra visita mucho mejor.

Ella vio que las manos de Wales enroscaban el nuevo tapón y de pronto se prendieron las luces. Él parpadeó y se mostró satisfecho consigo mismo, esperando una alabanza.

Wren vio la suave vellosidad de su chaqueta tostada, de corte deportivo y el brillo de su propio traje rojo. Comenzó a hablar y de pronto oyó un ruido. Se asió de la manga de Wales y clavó sus dedos en el brazo de éste.

El sonido parecía llegar del otro lado de la pared. Comenzó como un lamento bajo y molesto, como un silbido quebrado que trataba de elevarse al máximo, sin éxito. Entonces, el molesto sonido se avivó y se convirtió en notas y las notas en una melodía sinfónica.

Cuando Wren la identificó las luces se apagaron y el sonido se interrumpió súbitamente.

—Sobrecarga en alguna parte —dijo Wales lacónicamente—; alguien dejó el fonógrafo funcionando.

—Sí —dijo Wren—, pero ¿por qué? No es normal.

Wales, ocupado con la caja de distribución, no le prestó atención.

—Puede ser que encuentre un tapón más resistente y lo pueda colocar provisionalmente —dijo él—. Creo que vi uno.

—El problema no está en las luces —dijo Wren.

Él se rió.

—¿No? ¿En qué, entonces?

—No sé.

—¿Aún asustada?

—Un poquito.

—Es algo rara la forma en que empezó todo.

—Sí —dijo ella—. La sinfonía de Franck.

La favorita de Jan, pensó. La sinfonía que Jan ejecutaba cada vez que estaba trastornada, confusa. Como cuando dejó a su primer esposo y había ido a vivir con Wren. Janice había tocado a César Franck todo el día, una y otra vez.

«Deja de tocar esa música maldita —había dicho finalmente Wren— o me volverás loca».

«¿Por qué? —había respondido Janice—, no me molesta, no lo puedo evitar. Lo sabes, Wren, no me consuela en absoluto, pero tengo que tocarla; puede ser que yo misma me esté volviendo loca».

«Canción, motivo para la locura» —había dicho Wren, mientras retiraba con calma los discos de la victrola.

Jan había estallado con una risa histérica. «Wren, tú eres tan buena conmigo».

Wren recordó la escena y se preguntó qué había querido decir Jan en realidad. ¿Por qué los discos estaban en el fonógrafo ahora? ¿Qué había ocurrido?

Las luces se encendieron y Wales se volvió, frotándose las manos, como si hubiera hecho un milagro. El fonógrafo invisible emitió unas pocas notas y ganó velocidad.

Wren escuchó.

—Está cerca del fin —dijo—; me pregunto por qué lo dejaron funcionando.

Wales se encogió de hombros.

—¿No es mejor que miremos?

Ella salió. Una luz iluminaba el césped y bosquejaba las dos casas pequeñas. El pasto era de un verde pálido y el coche detenía

los haces de luz y los reflejaba en largos gallardetes de color, como la huella de una bala.

Ella corrió, sobrepasó el coche y se lanzó hacia la puerta de la casa, temerosa de entrar. El fonógrafo llegaba al fin del disco y se interrumpió. Esperó a Wales.

Esta vez la luz andaba bien; Wren notó que la mayoría de los muebles de Adam Kalish estaban ahí dentro. El gran lecho de color herrumbre, las sillas Morris, la mesa española y las lámparas diseñadas por él mismo. Fue entonces cuando escuchó unos pasos, lentos y vacilantes; esperó con la boca abierta, los brazos tensos y los dedos apretados contra las palmas.

Janice Davvo se tambaleó junto a la puerta y se apoyó en la pared; había sangre en su frente. Tenía el cabello desgreñado, el vestido rasgado y, en su ofuscamiento, lo apretaba con fuerza. Se veía horrorizada, inocente y seductora, todo a la vez. Hasta Wren estaba fascinada por el contraste: violencia y fealdad y la seducción de la figura flexible y adorable de Jan.

—Tengo frío —dijo Janice, en un tono curiosamente inexpresivo.

Wren emitió algunos sonidos entrecortados. Su voz se afianzó y entonces pudo gritar:

—¡Janice! —y cruzó precipitadamente la habitación. Podía oír la entrecortada respiración de Janice, como si le faltara fuerza para llenar sus pulmones. Wren la abrazó, escuchando sus vanos esfuerzos y esperando que llegaran los sollozos.

Estallaron repentinamente y Janice arrojó sus brazos alrededor de Wren. Dijo:

—Wren, oh, Wren —y comenzó a llorar y reír al mismo tiempo. Wren la sentó sobre el sofá y acarició sus cabellos.

—Janice —dijo—. Ya pasó; estamos aquí, pero ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está Pedro? ¿Qué ocurrió?

—No sé —dijo Janice lentamente—. Me acosté, enchufé el termo y me desperté y tengo frío.

—Quemaste un tapón —comentó Wales.

Janice rió nerviosamente.

—¿Qué sucedió? —preguntó Wales.

—Me lastimé; me llevé una puerta por delante y me desmayé.

—Sí —dijo Wren—, sí, querida, sí.

Acarició la suave y tibia frente de Janice y la sintió relajarse. Wren pensó en todas las cosas que les habían sucedido, en las repetidas oportunidades en que habían vivido juntas, peleándose o consolándose. Se habían divertido y cambiado novios, en los días de colegio, fiestas, picnics, y en los días lluviosos y aburridos.

Las viejas amistades son siempre las mejores, reflexionó. Ella y Jan eran como hermanas. Se reían de las mismas cosas tontas y ambas tenían miedo a los truenos.

—Es mejor que te lave la frente —dijo Wren.

Janice se tomó del brazo de Wren y temblando dijo:

—¿Dónde está Pedro?

—No sé —respondió Wren.

Janice se sentó erguida.

—Búscalo, fíjate si todavía está aquí.

—El auto no está —dijo Wren.

—Kip se lo llevó; él fue el primero en irse, antes…

—¿Antes de qué?

—Ve, busca a Pedro, por favor; puede ser que él todavía esté en el estudio. Yo estoy bien; me lavaré, tú y Mort buscad a Pedro; puede que esté en el estudio.

—Mort le puede buscar —dijo Wren.

—No; ambos debéis hacerlo; yo me puedo arreglar sola, sinceramente.

Wren se volvió dudando y Wales asintió:

—Sí —dijo él—, lo buscaremos.

Wren dejó a Janice y la observó ponerse de pie. Esta sonrió brevemente para demostrar que ya se sentía bien; Wren accedió.

—Está bien —dijo; sólo por unos momentos.

A mitad del camino, mientras cruzaba el césped, Wales se detuvo.

—Wren, espera aquí, ¿quieres?

—¿Por qué?

—Sé buena, haz lo que te pido —le palmeó el brazo volviéndose y se dirigió hacia el estudio.

Ella le vio entrar y se preguntó por un momento por qué la había hecho quedar; entonces se acordó de Janice.

Se dio cuenta de que lo que Janice quería era estar sola un instante. Janice odiaba, por sobre todas las cosas, que la vieran

sufrir; esto hería su orgullo y desenfrenaba sus deseos de desquite.

Ella no podía soportar la idea de que la gente se sintiera unida por la desgracia. Para su mentalidad, la humillación era la peor experiencia a la que se podía someter. Wren permaneció allí, triste y preguntándose qué debía hacer, pero no resolvió nada. Por la escena que acababa de ocurrir alguien debía pagar.

Ella oyó que la puerta del estudio se abría y vio salir a Wales, quien le hizo una seña. Se aproximó; él estaba haciendo la graciosa mueca que a ella le gustaba, la que hacía arrugar su cara como una pasa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wren, a lo que él respondió:

—Nada, todo está bien.

Tenía en sus manos un pedazo de papel que parecía haber sido arrancado de un bloc. Lo doblaba una y otra vez como a un abanico.

Ella miraba hacia el estudio, tan familiar, con sus vigas altas y oscuras; había un par de caballetes vacíos en el extremo de la habitación, y las puertas del armario y de las vitrinas estaban abiertas.

—No hay nadie aquí —dijo ella—. Pedro se ha llevado la mayor parte de sus cosas. Mort, ¿por qué no me dejaste entrar contigo? ¿Qué temías?

—Que lo encontráramos muerto —dijo Wales tranquilamente—. Temí que Janice lo hubiera matado.

Wren emitió un sonido entrecortado.

—¡Oh! ¿Cómo te atreves?…

Él pareció encerrarse en una especie de obstinación; estaba sonriendo con la mueca fría y burlona que a ella tanto le repelía.

—¿Por qué no? —dijo él—. Es perfectamente capaz de hacerlo.

—Lo que pienso de ti es horrible —dijo Wren.

Él se encogió de hombros y continuó sonriendo.

2

Por el momento, Irene Venice no apresuró el asunto. Estaba demasiado absorbido por el lugar en que se hallaba y por la visión de las cosas que recordaba. Las vigas del estudio, semejante a un galpón, eran aún de un marrón rojizo bastante brillante y la gran chimenea de piedra todavía se elevaba como un peñasco. La hamaca que colgaba del balcón donde Adam Kalish acostumbraba a dormir, ya no estaba; la cocina pequeña, contraída en el rincón más lejano, ya no se usaba; el gran asiento junto a la ventana conservaba aún el tejido gris y azul que ella había ayudado a elegir.

Había estado sentada allí, en ocasión de su cumpleaños, muchos años atrás, cuando Adam Kalish le había dado el adorno de cobre: el círculo con la estilizada figura del reyezuelo que él había modelado en el centro. El círculo del amor, había dicho él. Ella nunca había dejado de usarlo, y ahora lo tocaba automáticamente como si éste pudiera devolverle a Adam.

Pero no tenía este poder y no evocó a Adam Kalish ni a su espíritu. La atmósfera familiar e inconfundible del estudio de un artista se presentía y los útiles e insignias de Pedro se encontraban en desorden. Los caballetes y tiralíneas, las telas, pinturas, aceites y paletas permanecían allí. Presentaban un cierto desarreglo, pero no el acostumbrado desorden.

Wren añoró el espíritu de maravilla y vitalidad de otrora. Las pinturas a medio terminar ya no le encantaban y el crucifijo que solía dominar una pared había desaparecido.

Wren se volvió lentamente y Wales, parado cerca de la puerta, sonreía. Había desdoblado la hoja de papel, había hecho un rollo delgado y lo golpeó contra la puerta ligeramente, lo volvió a golpear y sonrió.

—Es raro —dijo Wren— que el lugar sea el mismo y sin embargo completamente distinto. Es extraño cómo el espíritu de un hombre como Adam Kalish puede llenar un lugar. Una ver cantaba de felicidad, y ahora…

Wales continuó sonriendo, golpeando y sonriendo.

—Y ahora —concluyó— la que cantas eres tú.

—Yo soy un eco, nada más que un eco.

—Pues lo haces muy bien —dijo él—. Adam era algo así como todo para ti, ¿verdad?

—Sí, y aún después de su muerte continúa siéndolo. Yo fui su sucesora artística y pasé meses con sus obras. Tenía el derecho de firmar los cuadros en su nombre y el público me consideraba como el juez de Adam Kalish. Esto fue lo que me inició como crítica.

—No has venido aquí durante mucho tiempo, ¿verdad?

—Desde que Janice compró el estudio. Tenía miedo de mis sentimientos, pero ahora que vine lo veo todo más claro. Lo que me ocurrió en realidad es que Adam me enseñó y me entrenó; fui su alumna, pero soy yo, Irene Venice, lo que continúa; nunca pensé antes así. —De pronto se interrumpió—. ¿No es mejor que volvamos y le digamos a Janice que no hemos encontrado a Pedro?

—Ella no esperaba que lo encontráramos —dijo Wales—. Sólo deseaba librarse de nosotros por un instante.

—No; es realmente hora de que retomemos —dijo Wren dirigiéndose a la otra casa.

Janice Davvo estaba esperando; se había lavado y puesto un traje de gabardina. Se había peinado con una onda que cubría su frente, ocultando la herida delatora. Sus labios estaban profusamente pintados de un color rojo violáceo.

Había abierto un cajón y tenía sus manos en él cuando entraron Wren y Wales. Se volvió con aire culpable. Wren, que la observaba, se sorprendió ante la gracia y fluidez de Janice. Cualquier cosa que hiciera lo hacía con un aire de natural desenvoltura. Ahora se movía dramáticamente y escurrió algo dentro de su billetera; luego se volvió.

—¿Estuvieron en el estudio? —preguntó—. ¿Encontraron algo?

—No —dijo Wren—. ¿Qué podíamos encontrar?

—Nada, creo. —Janice hablaba con tono categórico y desilusionado—. Nada, desde luego. Estoy lista. ¿Vamos?

—¿Ir? —preguntó Wren—. ¿Adónde?

—De vuelta a la ciudad, por supuesto, no puedo permanecer aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Wren—. ¿Y Pedro?

—Pedro —dijo Janice enojada— no volverá.

Wren contuvo la respiración. Lo está haciendo otra vez, pensó; me está echando. Está haciendo una escena porque tiene algún plan; nos invitó por alguna razón, pero ésta cambió y ahora tiene nuevos proyectos, mas no cederé.

Miró a Janice, cuyos labios temblaban, y notó que se sentía herida y a punto de llorar. Cualquier cosa que hubiera ocurrido la había herido profundamente y no era momento para oponerse ni para encolerizarse.

—Quizá —propuso Wren— deberíamos comer algo antes.

—No tengo hambre —dijo Janice—. Y quiero irme.

Wales tosió y se sentó en el brazo de un sillón; parecía sentirse cómodo, como si hubiera dirigido antes a Janice y tuviera derecho a posesionarse de ella. Pero esto era ridículo, desde luego, y solamente germinaba en la mente de Wren.

—Perdón —dijo él, con tono deliberadamente molesto—. Puede que sea algo torpe, pero no entiendo bien.

Janice se volvió sorprendida; tenía frente a sí a un hombre discretamente pequeño, pequeño a pesar de su ancho pecho y vestido de una manera chocante. Los cien dólares que costaba su saco, la abundancia en los dobleces de su pantalón, parecían aún formar parte de la tienda donde los había adquirido y no de sí mismo. Las ropas nunca podrían reflejar su agudeza, su apariencia de pájaro ni su ligereza. Estaba sonriendo ahora con su acostumbrada risa fría y divertida. Balanceó uno de sus pequeños pies y el tobillo continuó golpeando la silla con un sonido apenas audible.

—Francamente —dijo Janice, con sus mejores modales de salón —, no es nada que valga la pena explicar.

Wales continuó sonriendo.

—No lo dudo —dijo, dando un golpe suave sobre el sillón—. Pero me parece que, de cualquier manera, nos debes una explicación.

—¿Y si no lo hago?

Wales se inclinó hacia adelante y su tobillo continuó golpeando la silla, como si estuviera clavando sus palabras con golpes cortos y nítidos.

—Dime qué ocurrió —dijo reposadamente—; dímelo con tus

propias palabras, de lo contrario, llamaré a la policía y le diré que Pedro Davvo ha desaparecido.

Janice se irguió, inclinando la cabeza; parecía estar escuchando algo. Comenzó a sonreír, se mordió los labios y dejó de sonreír.

—Francamente —dijo. Las palabras y sus modales denotaban amaneramiento y completa falsedad. Se enfrentaba con su propia falta de ubicuidad—. Les diré —comenzó lentamente, con voz enojada—. Tuve una discusión con Pedro, me golpeó y se fue; odio este lugar. Pedro nunca se pudo adaptar a él; había demasiado de Adam, y él no podía comprender. Yo tampoco pude hacerlo; ahora me voy y no retomaré jamás, lo odio.

—¿Y qué nos dices de tu hermano? Dijiste que estaba aquí, también, ¿no es cierto?

—Él se fue cuando comenzamos a discutir, antes de que Pedro se pusiera tan violento. Probablemente Kip volvió y se llevó a Pedro. ¿Quieren saber algo más?

—No —dijo Wales—. Y gracias por tu rectitud. —Él aclaró su garganta y, pasados algunos minutos, dijo—: Llegué a pensar que lo habías matado.

Janice movió la cabeza.

—No —dijo—. Pero creo que debería haberlo hecho —miró a Wales durante unos segundos. Sus labios exageradamente pintados parecieron hacer un puchero—. Eres un cínico —dijo—, sin lugar a dudas.

Cruzó la habitación con pasos largos y rápidos y se paró frente a él mirándole con un enojo frío y despectivo. Introdujo su mano en la cartera y extrajo un revólver negro y pequeño que le entregó con un gesto de desprecio.

—Tómalo, aquí está.

Wales no se movió. Dejó de balancear sus pies y levantó la cabeza hasta encontrar sus ojos. Notó en ellos ambas cosas: el desprecio con que se rendía y la dignidad que conservaba. Con su indiferencia demostró que rechazaba ambos. Ella debía despojarse de su dignidad y de su desprecio antes de que él recorriera media pulgada de la distancia que los separaba.

—Bueno… —dijo con petulancia al ver que lo que esperaba no ocurría.

Él continuó sin contestar hasta que ella se rindió por completo:

puso el revólver sobre la silla en la que estaba sentado. Sólo entonces él habló.

—¿Tienes permiso para llevarlo? —preguntó.

—No, es algo que tengo hace mucho tiempo, por protección.

Wales lo tomó descuidadamente y lo guardó en el bolsillo.

—Gracias. —Y volviéndose a Wren agregó—: ¿Ves que tenía razón, después de todo?

En el camino de regreso, Janice y Wren se sentaron en la parte posterior del coche. Durante las primeras millas, Janice se mantuvo en un rincón. Después dijo:

—Tengo un poco de frío —y se acercó a Wren, apoyando la cabeza sobre el hombro de ésta.

—Jan, ahora vendrás a casa y te quedarás conmigo tanto tiempo como desees.

Igual que antes, igual que otras veces, Janice había ido hacia ella en busca de consuelo.

Wren recordó durante breves instantes los matrimonios de Janice. El primero, dos niños arrojados de cabeza en interminables discusiones. Se separaron; el orgullo de Janice no le permitió aceptar ninguna ayuda financiera; solamente el estudio de Kalish.

El segundo fue mucho más complicado. Nicky Newbaker se ocupaba de arte y era treinta años mayor que Janice. Había sido amigo de Adam, manejando sus negocios, y Janice lo aceptó por despecho.

Wren supo desde el principio que Janice y Nicky nunca se llevarían bien; Janice estaba llena de vida y ardía de pasión; siempre estaba exuberante de una u otra cosa; Nicky, por el contrario, buscaba una vida tranquila y únicamente deseaba que lo dejaran solo en su galería donde él podía divagar, soñar y gozar de su colección medieval.

Janice, sin embargo, se negaba a esto. Vivió un episodio que Nicky trató de pasar por alto. Luego conoció a Pedro, al cual Nicky no pudo pasar por alto. Ambos se comportaron como personas civilizadas, y quedaron amigos, pero hubo heridas, y si Janice no vio las cicatrices, Irene Venice, sí, las veía.

En cierta forma, Wren sentía pena por Janice, que siempre vivía atormentada por algún torrente de furia o pasión.

Siempre hería o era herida por alguien, olvidándolo todo

después. Entraba y salía de sus problemas con igual entusiasmo y siempre había un naufragio en su estela.

Wren, por el contrario, tenía quizá un poco de miedo de amar. Era el resultado de un rapto romántico, concebido en la clásica tradición, pero aun antes que Wren llegara, el romance había terminado. Sus primeras impresiones fueron de horribles voces y aturdidas discusiones entre un hombre y una mujer; después de un tiempo el hombre se fue y la mujer quedó marchitándose de una manera sistemática, cuya característica principal eran la inanición y la jaqueca. Fue Adam quien salvó a Wren; todo el amor y el afecto que conoció siendo niña lo recibió de él y su vida entera era una búsqueda de los momentos que pasó con Adam y un intento de volver a ellos.

Janice había pronosticado que Wren nunca se casaría, porque esperaba demasiado. «Comparas a todos con Adam —decía Janice —. Y nadie puede llegar a ser como él, ni Adam mismo, porque tú lo has convertido en un ideal».

En otra oportunidad Janice había dicho: «Eres imposible, Wren; los hombres jóvenes no son lo suficientemente maduros para ti y los viejos no son bastante jóvenes, ¿qué es lo que quieres?»

«Quiero enamorarme, —contestó Wren, y Janice sonrió rodeándola con sus brazos—. Lo que necesitas es práctica; tienes que adquirir costumbre.»

Pero las necesidades de Wren eran muy simples, todo lo que ella quería era paz y que la dejaran sola. Casarse y formar una familia en lugar de una carrera. Las pinturas y el arte estaban muy bien, desde luego, y en cierto modo dedicaba su vida a continuar la filosofía artística de Adam, pero había días en que experimentaba una soledad tan oscura como terrible. Tenía miedo de no enamorarse nunca, de no ser nunca feliz y no llegar a tener hijos jamás. Quizá ya era demasiado tarde; a los veintisiete años debía estar casada.

Miró a Mortimer Wales sentado ante ella manejando. ¿Wales?

Él pasó por todas las pruebas que a ella se le ocurrieron; tenía cuarenta años, era calmo, inteligente y estaba interesado en las mismas cosas que ella. La comprendía y respetaba, y por lo menos dos veces en esa misma tarde estuvo a punto de decirle que la amaba.

Ella había pensado en él, desde luego, pero no lo conocía; siempre había tratado de que sus relaciones fueran superficiales: dos o tres fiestas, unas pocas cenas juntos y algunas conferencias de arte. Pero ¿cómo podría ella mantenerlo a distancia?

Janice lo había conocido primero; era viudo y había hecho una gran cantidad de dinero en el Oeste, retirándose después. Fue a Nueva York y decidió coleccionar cuadros. Le preguntó a Janice si Wren podría aconsejarle, y Janice los presentó, hacía ya dos meses.

Wren aún recordaba la mirada larga y penetrante de Wales, y la reacción de ella. No le tenía confianza, presentía en él una conducta incorrecta y decidió rechazarlo.

Él hizo su proposición inmediatamente; quería contratar una experta que le ayudara a formar una colección. Estaba interesado especialmente en las obras de Adam Kalish, a las que consideraba una buena inversión, a causa de su extravagancia. Wren en cuanto lo escuchó cambió de idea; su oferta era estrictamente comercial, sin ninguna otra intención, y ella necesitaba dinero. Pero más tarde se dio cuenta de que su acercamiento había sido ingenioso y que él había escondido sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, para su sorpresa, el acuerdo había sido respetado, se vieron unas cuantas veces y él le habló de sus dos hijos, a los cuales deseaba traer a Nueva York, pero no tenía quién los cuidara. Notó que le estaba pidiendo que pensara en un probable matrimonio. Había tocado algo muy profundo dentro de ella y lo había hecho con toda intención.

Pero, apenas lo conocía; todo había sido demasiado rápido y aún no estaban preparados. Ella no quería cometer el mismo error que sus padres; prefería esperar. El romance estaba siempre lleno de ilusiones, pero no quería arriesgarse en el matrimonio, como lo hacía Jan; cuando se casará, quería hacerlo para siempre, y aún no estaba segura.

Pensó en Janice, en el revólver y en cómo Wales, con su insistencia y amenaza velada, había conseguido que Janice se lo entregara. Cuando pensó lo que podía haber ocurrido notó que estaba temblando. Le estaba muy agradecida a Wales, pero no lo amaba, y ella quería un matrimonio duradero. Suspiró; ¡todo era tan complicado! Unos meses después, quizá se enamorara de él, pero todavía no lo estaba. No debía cometer ninguna tontería, no

debía aceptar a nadie a no ser por amor; de otra forma no sería justo.

Janice se sentó más cerca, y Wren notó que estaba llorando.

—¿Qué te ocurre? —preguntó quedamente.

Janice contestó en voz baja:

—Wren, él no solamente me ofendió, sino que también me castigó.

—¿Por qué?

—Wren, es horrible, me golpeó.

—Tú estás muy turbada —dijo Wren—. Espera y verás. No pienses en ello; si él adivina dónde estás y llama por teléfono, yo lo atenderé.

Janice apretó la mano de Wren.

—No, Wren, no, lo peor no te lo dije; apenas si puedo hacerlo: yo todavía lo amo; ¿no es horrible?

Wren no contestó ante esta vil humillación y deseó con toda el alma que Janice no hubiese hablado.

3

Janice permaneció en el departamento de Wren durante dos días, antes de volver a sus combates con Pedro; pero no habló sobre asuntos militares, y después que se fue, Wren no sabía más que antes.

Desde luego, Nicky Newbaker era la mejor persona para consultar. Si alguien podía darle una huella, ese era Nicky. Él conocía a Pedro y había estado casado con Janice. Él la comprendía hasta el punto donde Wren dejaba de comprenderla; entre los dos podrían solucionar este asunto.

Wren no deseaba molestarlo en estos días. Él parecía algo preocupado y Wren se había enterado de que su galería daba malos resultados financieros. Había confesado que tenía demasiado capital invertido en su colección medieval.

—No se moverá —dijo—. Y aunque lo deseara, no puedo venderlos.

—Y, ¿por qué no compras algunos modernos, de Putnam, Rothko o cualquier otro?

Nicky sonrió amablemente. Él acababa de lograr salvar una colección selecta y algunos raros manuscritos, además de una cantidad de fragmentos europeos. Los fabricantes de su gabinete habían construido una caja especial para ellos. Estos brillaban como gemas en la galería apenas iluminada de la parte superior, que nadie visitaba, conociendo su costo.

Nicky sonrió otra vez.

—No tengo lugar —dijo—, ningún lugar.

Wren no discutió con él; mantenían relaciones de tolerancia y comprensión. Para Wren, Nicky era la antesala donde ella podía descansar, recostarse y pensar que la civilización no ofrecía mayores comodidades. Casi siempre mantenían conversaciones sobre arte y sobre la vida misma. Ningún talento ni genio inhibía sus mentes ni los ponía en tensión. Los mejores axiomas se combinaban con los copetines. Sabían a madurez y no a especie;

Wren sabía que nunca «se le irían a la cabeza» para crear extrañas y turbadoras fantasías.

No, eso no cuadraba con Nicky. Él era un hombre sólido, no demasiado distinguido, ya que su frente se extendía formando un ángulo demasiado agudo, que le daba un aire de conejo pensativo. Hasta con sus anteojos, atados a una cinta negra y delgada, conservaba la mirada de un conejo bien alimentado, tibio y lanudo. Nadie podía adivinar la galantería que se anidaba en su corazón o sus ideales de caballerosidad medieval, que atravesaban la corriente tibia y firme de su sangre. ¿Nicky? Su mismo nombre lo confundía a uno. Él era *sir* Nicholas, como Wren muy bien sabía. Wren pasaba por su casa regularmente, tres o cuatro veces por semana. Cuando no lo hacía, Nicky la llamaba para preguntarle qué había ocurrido. Casi siempre le decía que la había extrañado mucho y que su vida se había vuelto totalmente vacía. Ella se reía y le pedía perdón, diciéndole que había estado ocupada, pero que iría al día siguiente en cualquier momento. Sus encuentros eran casuales, ya que él era dos veces mayor que ella, y a quien veía como a un padre.

Por lo tanto, fue una sorpresa cuando el martes ella encontró su mensaje en el correo: *El Sr. Newbaker desea verla en la galería, mañana a las tres de la tarde*.

Más o menos puntualmente, llegó Wren al día siguiente, a la gran casa de piedra marrón donde Nicky vivía y trabajaba. Las galerías principales y las habitaciones que el público visitaba estaban en los dos pisos inferiores. Arriba estaban los cuartos donde Nicky vivía, sus talleres y los salones de exhibición privada, colmados con sus tesoros más queridos.

John Pastorini, el principal ayudante de Nicky, saludó a Wren cuando entró y le dijo:

—Hola Wren, el señor Newbaker la está esperando arriba con el señor Padget.

—¿Padget?

—Su abogado.

—Oh —exclamó Wren. Ella había oído el nombre de ese abogado, pero nunca lo había conocido, ni se había preocupado por hacerlo. Los abogados, decía ella, siempre son como mosquitos, zumban y tratan de picarlo a uno.

Pastorini se dirigió hacia el ascensor automático y apretó el

botón.

—Están en el tercero —dijo, y Wren entró.

El pequeño ascensor siempre tenía algo de aventura. Estaba registrado para llevar dos personas, pero siempre llevaba una tercera. Se sacudía, se movía a tirones, pero la mitad de las veces no sabía qué piso iba a elegir para detenerse, y algunas otras se detenía entre dos pisos para un descanso prolongado. Según decía Nicky, sólo se le podía tener confianza cuando el ocupante estaba algo ebrio. Por una razón u otra, el aroma del alcohol daba fuerzas y energías a los viejos cables.

Wren se sintió triunfante cuando llegó al tercer piso.

—Lo logré —dijo riendo—; conseguí hacer todo el camino sin parar.

Nicky fue hacia ella, grande, cálido a darle la bienvenida. Emitía una sensación de solidez y Wren se sentía protegida con él.

—Debieras ser mecánico, Wren —dijo sonriendo—. Yo quería que conocieras a mi abogado. Roy Padget, Irene Venice.

Wren sonrió y saludó. Se vio frente a un hombre corpulento, de piel morena, de cara ancha y chata. Parecía que le acabasen de propinar una paliza y daba la impresión de tener cosas más importantes que hacer y de las que no le importaba nada. Estrechó las manos de ella y sus ojos parecieron devorarla.

—Encantado —dijo con voz fuerte y tranquila—. Tenía muchos deseos de conocerla.

Ella retiró la mano de su apretón y se sobrecogió. Sintió deseos de correr o por lo menos no darle importancia y fingir que él no estaba allí.

En cambio, continuó mirándole y hallando sus ojos castaños y claros, fijos en ella, como si la estuvieran estudiando profundamente.

Aunque sea abogado, pensó, me gusta, pero es demasiado joven; si por lo menos tuviera diez años más, sería interesante, pero así, es amenazador. Oh, al diablo con mis intuiciones; preferiría no presentir a la gente.

Oyó la voz de Nicky, como si llegara desde lejos. Hablaba de un cuadro que deseaba que ella viese. Dedujo que ese cuadro había llegado hacía poco y que Roy Padget tenía algo que ver con él o con la presencia de ella en ese lugar. Todo estaba muy confuso y con

toda intención dio la espalda a Roy Padget y dirigió su mirada a Nicky.

—¿Sí? —preguntó.

—Quería saber tu opinión —dijo—. Roy redactó un comprobante para que tú lo firmes, si así lo deseas. No tiene lugar todos los días la aparición de un cuadro de Kalish.

—¿Kalish? —preguntó sorprendida—. ¿Adam Kalish?

Nicky se encogió de hombros.

—Es lo que quiero que tú me digas. Una obra maestra que no está en la lista, debe necesariamente causar sensación, y quiero saber si es auténtico.

—¿Dónde está? —preguntó Wren.

Nicky los condujo a la habitación contigua.

—Aquí —dijo.

Wren lo miró y sintió que su corazón dejaba de latir.

—Oh —exclamó, tapándose la boca con la mano. De repente notó que Roy la estaba estudiando de la misma manera que ella estudiaba el cuadro. Dejó de verlo para verse a sí misma, cuando doce años antes, se dirigía al estudio de Adam Kalish.

Era un lindo día de mayo y los bosques que ella atravesaba estaban llenos de vida. El claro surgía de repente y las dos casas se elevaban como por arte de magia; sintió deseos de gritar de alegría.

El humo que salía de la chimenea, azul e imperceptible, tenía un suave olor a madera; lo aspiró y súbitamente corrió hacia el estudio. La puerta estaba abierta de par en par y el fuego brillaba en la enorme chimenea.

Adam, sentado cerca de ella, la saludó con el brazo, pero no habló, ni la miró. Ella se quedó arraigada allí, pensando que jamás olvidaría eso; ¡era tan perfecto!

Entró lentamente y se entregó a la contemplación. El éxtasis que la envolvía se apaciguó y la llenó con una especie de respeto religioso. Se sintió colmada de veneración y amor; cruzó el estudio y al volverse lo vio. Era un retrato de ella, al que él más tarde llamó «Wren inconclusa». Era el mismo retrato que ella estaba mirando ahora.

Adam lo estaba estudiando como un crítico, como siempre estudiaba sus últimas telas, las que colgaba en su estudio durante un mes o dos antes de aprobarlas. La mayoría de ellas no duraban

tanto tiempo, sino que fracasaban antes de llegar a ser un modelo exacto y eran arrojadas al olvido. Él nunca admitía que un cuadro estaba terminado antes de pasar estos dos meses de prueba. «Uno tiene que vivir con ellos», acostumbraba decir.

Ella lo miró y sintió que un estremecimiento la atravesaba; ésta era una de las obras maestras de Adam; lo supo de inmediato.

—¿Te gusta? —preguntó Adam. Ella quedó sin palabras; éstas se ahogaban en su garganta y solamente asintió con un sonido inaudible, parecido a un murmullo, Adam sin mirarla volvió a preguntarle—: ¿Te gusta?

—Es maravilloso —contestó en voz baja—. Creo que es el mejor cuadro que vi en mi vida. —Él solamente hizo una mueca y ella continuó diciendo—: Aunque realmente no soy yo. No soy así, aunque me gustaría serlo algún día.

—Yo no quise hacer una fotografía —dijo—, no se trata de algo estático. Está sin terminar, como yo, como tú. Es *Wren inconclusa* —frunció el entrecejo—. Ese ángulo no me gusta.

—No sé —dijo ella. Quería saber más; si esa parte que no le gustaba a Adam era porque no estaba del todo bien; pero ella se preguntó qué ángulo sería.

Adam, como si adivinara su incertidumbre, se levantó y caminó hacia donde estaba la tela. Sostenía un pincel con rojo cadmio, y con este señaló, diciendo:

—El ángulo inferior izquierdo, necesita algo más; está desequilibrado, ¿no te parece?

Ella trató de verlo del mismo modo, pero no pudo. Fue honesta y dijo:

—No, a mí me parece que está muy bien.

—Bueno, pero fíjate el cambio que esto produce —dijo Adam salpicando con una raya roja, el ángulo en cuestión—. ¿Ves? Eso lo completa. Le da más brillo al cabello y perfecciona ese doblez en el vestido. Lo perfecciona maravillosamente —completó el trazo rojo y volvió a contemplarlo.

Permaneció sentada largo rato, mientras comparaba el cuadro que veía ahora con el anterior sin el trazo rojo. Es así como se aprende. Adam había dicho que cada línea debía tener un propósito y ella trataba de ver cuál era el del trazo rojo.

Después de un rato, Adam Kalish se encogió de hombros,

diciendo:
—No estoy muy seguro.
—Probablemente estás débil por el hambre. ¿Cuánto hace que no comes? —preguntó Wren.
—Un buen rato; quizá sea mejor que me alcances un trozo de pan.
El cuadro quedó colgado en la pared unas semanas y luego desapareció; ella preguntó qué había ocurrido.
—Lo saqué; ese ángulo no estaba bien y no lo pude arreglar.
—Pero, Adam, era maravilloso.
—Era casi maravilloso —comentó él.
Nunca volvió a verlo, ni Adam a mencionarlo. Estaba convencida que él lo había destruido como hacía siempre; era inflexible; sin embargo, el cuadro estaba allí.
Mientras pensaba, sabía que no podía ser; estaba segurísima de que Adam lo había destruido, y sin embargo, estaba allí. Hasta el trazo rojo en el ángulo izquierdo aparecía exactamente en el lugar que ella recordaba.
—Y bien —preguntó Nicky—. ¿Es un Kalish?
—Por favor —dijo acercándose al cuadro y estudiando las marcas del pincel. No estoy segura, pensó, no sé si es. Yo siempre presiento las obras de Adam y ésta ni siquiera estoy segura de presentirla. Puede que sí, puede que no, y, sin embargo, aquí está.
Oyó que Roy Padget le decía a Micky:
—No está segura, Newbaker; sugiero que te desprendas de él.
Wren se volvió:
—¿Por qué dice que no estoy segura?
Padget sonrió y sus ojos castaños la atravesaron mientras decía con su voz calma y fuerte:
—Porque no lo está.
—Todavía lo estoy mirando —dijo ella fríamente—. No soy tan tonta como para dar una opinión antes de examinarlo cuidadosamente.
Padget se dirigió a Micky.
—¿Dónde lo conseguiste?
—Secreto profesional. Nunca revelo mis recursos, a no ser que la gente los conozca, de cualquier manera.
—Mira —dijo Padget—. Soy tu abogado y por eso estoy aquí, así

que es mejor que me lo cuentes todo. ¿Dónde lo conseguiste?

—Si Wren tiene alguna duda —dijo Nicky—, me lo dirá y lo devolveré.

—Creo que es preferible decirle a ella el origen, ya que tiene muchísimas dudas.

Wren contestó en un arrebato de ira:

—Supongo que todo el mundo tiene dudas menos usted.

Padget sonrió con simpatía.

—En algunas oportunidades y sobre ciertas cosas sí —hablaba de una manera personal, como si se refiriera a Wren y a sí mismo.

—Bueno —dijo ella. Pensó en Nicky y en lo que la venta de ese cuadro significaría para él: miles de dólares. Se repitió que el cuadro era exactamente como ella lo recordaba y que su memoria había sido siempre precisa.

Deseó no tener que tomar una decisión, pero al no aceptar el cuadro como auténtico lo señalaría como falso y nunca podría ser vendido. Se convertiría en el cuadro que Irene Venice clasificó como falso y ella no podía llamarlo así. Entonces, no recordándole muy claramente, tomó su decisión.

—Desde luego que es de Kalish —dijo—. Lo pintó en mayo, hace doce años, y lo recuerdo perfectamente; ¿dónde está el comprobante, Nicky?

Nicky hizo una amplia mueca de placer. Padget dijo:

—Newbaker, eres un tonto y no me atrevería a cobrarte nada por esto.

—¿Por qué no? —preguntó Wren irguiéndose.

—Porque la conocía a usted, desde luego.

Ella se sonrojó, sacó su lapicera fuente y leyó el comprobante: lo firmó con una rúbrica. Roy Padget la contemplaba con el ceño fruncido y hubo un momento en el que ella temió que le arrebatara la lapicera de la mano.

Algunos minutos después dejaba la galería con él. Trató de decirle que se quedaría en el estudio de Nicky, que iba a ir a una fiesta en lo de Mortimer Wales más tarde y que quería ir con Nicky. Pero éste la ahuyentó. Padget la tomó por el brazo mientras bajaban las escaleras y permanecían parados en la acera. Ella podía sentir las bocanadas de aire con las cuales él llenaba sus pulmones. Parecía henchirse con ello y crecer físicamente al aire libre.

—Qué raro —dijo—. Cada vez que vengo aquí siento impulsos de destrozar la loza.

—¿No le gustan las cosas de Nicky?

—Seguro, pero tiene demasiadas y éste no es el siglo adecuado. —Clavó sus ojos en ella, con una mirada aplastante y burlona—. Vayamos a un lugar donde podamos hablar tranquilos —propuso él.

—Tengo algunas cosas que hacer —contestó ella vagamente.

—Yo las haré con usted. ¿Por dónde empezamos?

—¡Oh! —dijo ella como si hubiera sido vencida—. Bueno caminemos un poco.

Él asintió de inmediato, como si caminar fuera lo que más deseaba hacer, y se puso al paso con ella. Wren tenía la impresión fugaz de que eran dos animales libres y felices caminando perdidos en un ritmo inconsciente, pero la impresión se transformó y de repente se sintió torpe y forzada.

—Quisiera preguntarle algo —dijo él—. ¿Por qué dudó acerca del cuadro?

—Quería estar segura.

—Pero lo recordaba, ¿verdad?

—Desde luego, pero debía verificar los detalles.

—Usted no está segura —dijo de repente—. Usted está preocupada aún.

Ella se enojó; si lo que quería era averiguar algo, no lo estaba haciendo bien, y, ¿qué más podía hacer, qué tratar de adivinar?

—De haber tenido alguna duda, no habría firmado ese comprobante.

—Aún está a tiempo para arrepentirse —dijo—. Volvamos, no sé por qué estoy machacando sobre lo mismo, pero mi duda se acrecienta con sus vacilaciones: aclarémoslo.

—Adam pintó ese retrato y no quiero discutir acerca de ello.

Se sentía mejor ahora, los ojos suaves y oscuros de ella se fijaron en los de él, brillantes e impíos. Ni ella, ni él cambiaron de expresión.

—Usted es Wren —dijo de repente.

—Sí, ¿por qué lo dice?

—Estuve en lo de los Davvo hace unas semanas. Pedro es un viejo amigo mío. Me estuvieron mostrando unas fotografías y señalando una de ella, pregunté: «¿Quién es?». Janice contestó:

«¿Ella?, es Wren». De manera que me las arreglé para que Newbaker nos presentara; Nicky siempre me trae suerte.

—No creo una sola palabra.

—¿Ni lo de la foto?

—Eso especialmente.

—Usted estaba sentada sobre una balsa, mojando sus piernas en el agua; había estado nadando y tenía el cabello mojado; llevaba un traje de baño rayado azul y blanco y…

—Oh, ésa —dijo Wren—. Kip la tomó hace algunos años, mientras yo no miraba; siempre sacaba fotos cuando no debía; lo recuerdo ahora; pero yo salí tan joven y tonta.

—Eso fue lo que me gustó; odio a una mujer demasiado serena.

—Usted hizo todo lo posible por despojarme de la serenidad que me quedaba.

—¿Quiere decir que no estaba segura? Mire, Wren, yo soy solamente un tonto con título de abogado, pero sé bastante como para no jurar algo sobre lo que no estoy seguro, y mucho menos firmarlo.

—¿Piensa que yo mentí?

—Pienso que usted creyó que ayudaba a Nicky.

—¿No debía ayudarlo? —preguntó.

—Yo soy algo así como un bohemio —dijo Padget—. Sin tacto y sin escuela, veo una chica linda y me enamoro de ella; la veo y se lo digo, y estoy dispuesto a casarme sin vacilaciones.

—Suena demasiado a joven.

—Seguro que soy joven, y me encanta; usted también es joven y…

—Y no me encanta. Realmente no tenemos mucho en común, señor Padget.

—Roy —corrigió—, y tenemos mucho en común; podemos cenar juntos esta noche y le hablaré acerca de ello.

—Voy a una fiesta.

—Después de la fiesta, me encontrará esperándola. Usted probablemente pensará que estoy loco, pero no lo estoy; solamente estoy enamorado.

—¿En una hora?

—En un segundo; así —chasqueó sus dedos e hizo una mueca maliciosa.

—No —dijo ella—. Usted sólo está hablando; pero no puede ocurrir en esa forma. Mis padres cometieron esa tontería, se casaron una semana después de conocerse y me tuvieron un año más tarde. Hasta entonces habían sido muy felices.

—¿Y después?

—Todos los recuerdos que tengo de cuando vivían juntos son feos; había días durante los cuales no se hablaban. Yo sentía el odio de ellos y me acostumbré a él cuando apenas podía caminar.

—Puede ser que una semana sea demasiado pronto. Nos aseguraremos, Wren, esperaremos dos semanas.

—Para conocernos —dijo Wren—, necesitamos por lo menos un año.

—¿Un año? —dijo él—. Seré viejo entonces; me habré gastado esperando y además yo ya la conozco.

—¿Qué es lo que puede saber de mí?

—Que es dulce, hermosa y obstinada; además hace todo lo contrario de lo que yo digo.

—¿Y eso es lo que le gusta? —preguntó ella sonriendo.

—No, pero con ello tendrá problemas y yo estaré allí para solucionarlos.

Wren movió la cabeza, sonriendo todavía.

—Nunca tengo problemas —dijo—. Soy cauta, quizá demasiado cauta.

Pero hasta a sus propios oídos estas palabras sonaron huecas.

4

La casa de dos pisos de Wales consistía en un espacioso vestíbulo, abajo; y dormitorio, baño y salón de descanso, arriba. Estaba lujosamente amueblada, en estilo moderno. Los cuadros en las paredes eran obras de selectos modernos: Wallace Putnam, Rothko, Avery, Siv Holme, que comprados por Wren y armados por Nicky, servían para iniciar a Wales en su carrera de experto.

Cuando Wren llegó, la fiesta estaba en su apogeo y ella se abrió camino a través de un salón colmado de invitados. Wales, con calmo atrevimiento, y usando un gran número de comentarios hechos anteriormente por Wren, hablaba sobre su colección. Alrededor de él, grupos de artistas, hombres de negocios y coleccionistas, comentaban las últimas novedades, las nuevas exposiciones y hablaban de la gente, de sus obras y precios.

Janice vio a Wren cruzando el salón y le hizo una seña indicando que la esperaba en el bar, a la cual Wren asintió. Pedro, que lo había observado todo, se acercó a Wren con una mirada cabizbaja, abriéndose paso y derrochando buen humor en su camino.

Ella se preguntó qué le tendría que decir. Él debía estar avergonzado y arrepentido, pero no era así. Se le veía como siempre: el artista seguro de sí mismo y de su éxito, con su bigote rubio y prolijo, con rasgos de camafeo, cortados a la moda de Hollywood.

—Siento mucho lo de fin de semana —comenzó a murmurar amablemente—, pero después de haber castigado a la anfitriona no estaba dispuesta a brindar demasiada hospitalidad, de manera que me esfumé.

—Supongo que debo pasarlo por alto, ya que has encontrado una frase para disculparte; pero tú me conoces.

—Me llevó años el convencerte de que vinieras y debía festejarlo con algo sensacional.

—Eso es asunto tuyo y de Janice, Pedro. ¿Por qué me presentas

excusas a mí?

—Porque tú eres una crítica y debo adularte; después de todo tengo una exposición el mes que viene y te necesito.

—Tú sabes que yo siempre digo exactamente lo que pienso, ¿verdad?

—Supongo que sí —admitió él—; déjame alcanzarte una copa.

—No, gracias. Quiero ver primero a Jan.

En cuanto él se hubo retirado, Janice se abalanzó sobre ella.

—Wren, querida —dijo—. Debo hablarte.

—¿Acerca de qué?

—He tratado de llegar a ti, toda la tarde. ¿Dónde has estado?

—En lo de Nicky. Conocí a Roy Padget allí. Dijo que le conoce.

—¿Qué hacía?

—Tenía un cuadro de Adam; quería que lo autenticara.

—¡De Adam! —Janice se detuvo, su voz se entrecortó por la sorpresa, pero sus claros ojos azules estaban ansiosos—. Irene Venice —dijo pasando su mano sobre el brazo de Wren—, ¿lo hiciste?

—Sí. Era uno que recordaba particularmente bien. ¿Por qué?

Janice rió.

—Nada; preguntaba nada más. No es de eso de lo que quería hablarte. Pero es excitante, ¿verdad? Espero que Nicky lo venda por mucho dinero. Wren, ¿elegiste tú esos cuadros para Mort? Todos están hablando de ellos. ¿Costaron mucho? Me encanta tu vestido, Wren, ¿dónde lo compraste?

Alguien convidó a Janice con una copa y ella se alejó. Wren nunca logró averiguar qué era lo que Janice había querido decirle.

Kip estaba allí, un poco fuera de lugar, pero tratando valientemente de conseguir pedidos. Parecía muy sólido y digno de confianza. Nadie más que Wren sabía que era solamente un mequetrefe y que si uno le soplara demasiado fuerte se desintegraría.

Wren le habló brevemente y luego Wales la reclamó para lucirse en su compañía, pero ella continuó observando a Kip. Él hablaba con todas las personas que no debía. Generalmente Janice se hacía cargo de él, lo presentaba a posibles clientes y dirigía la conversación hacia la bolsa, pero esa tarde lo abandonó y estaba perdido.

Nicky llegó tarde; permaneció cerca de la entrada del gran salón, habló un momento con Wales y partió. Breves instantes más tarde Wales subió a una silla y pidió atención.

—Señoras y señores —comenzó—: tengo algo que comunicarles. —Dijo algo acerca de un importante descubrimiento en el mundo del arte y Wren se irguió. Adivinó inmediatamente qué era. Wales había comprado *Wren inconclusa*.

Una especie de pánico se apoderó de ella, y se sintió acorralada; ella era la culpable y debía huir antes que cundiera la alarma. No tenía una idea muy clara de por qué debía huir, pero la necesidad le transmitía una advertencia constante, como un llamado de auxilio infinitamente repetido.

Debo irme, pensó. Va a descubrir el retrato y no quiero estar aquí. Se deslizó por alrededor del grupo moviéndose sin hacer ruido y esperando que nadie se diera cuenta. Las escaleras se hallaban al otro extremo de la habitación; llevaban al segundo piso. Allí estaba su abrigo y también la salida.

Vio a Wales lanzar una mirada hacia ella. Por un momento temió que pronunciara su nombre. Sus rodillas se doblaron y le envió una mirada suplicante; si pudiera huir, pensó. Luego los ojos de Wales se deslizaron más allá y su voz continuó suavemente. El pie de Wren tocó el primer escalón y se asió a la balaustrada.

Respiró rápidamente, aliviada. Estaba a salvo; en el dormitorio no pudo hallar sus cosas. Sombreros, abrigos, se hallaban apilados sobre la cama y ella no lograba recordar dónde había puesto el suyo. Un turbante pequeño y tonto, negro y blanco con una pluma roja.

Debiera irme, pensó; no necesito sombrero ni abrigo. Aquí estarán seguros; debiera irme en vez de perder el tiempo.

Pero continuaba buscando, registrando el armario y la pila de ropa sobre la cama. Después de un rato halló su abrigo y al inclinarse vio la pluma roja en el suelo, donde había caído el sombrero.

Lo levantó, lo llevó hasta el espejo y se sentó frente a él; su rostro estaba pálido y sus ojos castaños tenían una mirada de preocupación; sus largas pestañas temblaban y parecían coquetear con su propia imagen en el espejo.

Se colocó el sombrero y recogió sus cabellos dentro de los duros

pliegues. Se puso de pie, tomó su abrigo y al girar vio a Wales en el vano de la puerta. Sus manos descansaban en los bolsillos de su chaqueta cruzada.

Las solapas se erguían en agudas puntas. Wales le cerró el camino.

—Wren —llegó la voz de Wales fría y atormentadora—. No te irás.

Por un momento ella no pudo hablar. Asintió con la cabeza; su abrigo se arrastraba por el suelo; lo levantó y se lo colocó sobre el brazo. Ha sucedido, pensó; es demasiado tarde ya; estoy atrapada.

—¿Por qué te vas? —preguntó él.

—¿Tienes que preguntarlo? —dijo ella apenas en un susurro.

—No será por el cuadro, ¿verdad?

Con la mención del cuadro ella pareció adquirir una especie de coraje y habló normalmente, sin convicción.

—Sí, exactamente.

—Wren —dijo él—, lo compré para ti. Quería darte una sorpresa.

—Mort —exclamó ella—, no tienes derecho.

—No, Wren —su sonrisa rara y fría parecía compadecerla por su debilidad y confusión. Eran rasgos que no existían en él. Él era una máquina, recién aceitada, lavada a vapor, ajustada y trajeada de marrón—. Pero ya que empleas esas palabras, me gustaría. Me agradaría tener ese derecho. Wren, querida, te regalo el cuadro; es tuyo.

—¡Mort! —dijo ella temblorosamente. Pero cuando él dio un paso hacia ella, huyó. Sintió su brazo, se desprendió violentamente y atravesó la puerta. A mitad de cuadra aún estaba corriendo; se detuvo y miró hacia atrás, a la entrada de la casa, pero él no estaba allí. Había desistido, por supuesto. No tenía tiempo para discutir con una necia caprichosa.

Se sintió muy tonta; pero estaba segura de que él no había tenido intención de regalarle el cuadro, que se lo había ofrecido para que se sintiese pequeña, mezquina y agradecida. Había hablado así por astucia, no por generosidad.

De ninguna manera podía aceptar el cuadro; se había tornado odioso, no sabía por qué. Tenía varias obras de Kalish que atesoraba, y dos de ellas colgaban de la pared de su vestíbulo, pero

eran bosquejos, estudios, dibujos, mientras que *Wren inconclusa* era una pieza de exposición. Era Adam en su apogeo, adecuada para un museo o galería; era macizo y abrumador. Y además, ¿cómo podía ella aceptar un regalo de miles de dólares? Mort lo sabía; hasta la insinuación de una posible aceptación era fantástica.

Y, sin embargo, ¿cómo podría decírselo? En la superficie, él se mostraba dulce, generoso, magnánimo. ¿Cómo podía ella sentirse resentida? Y, ¿cómo no sentirse?

Caminó por las calles de la ciudad hasta que su furia se esfumó; ya estaba oscuro cuando llegó al departamento donde se alojaba; se sentía vacía y extenuada. Apenas notó a un hombre que se puso de pie en el vestíbulo. Ni se dio cuenta de quién era hasta que él le habló; entonces se detuvo y clavó la mirada en él. Era Roy Padget.

—Prometí que estaría aquí —dijo. Frunció el entrecejo y la examinó como si fuera una chiquilla con la cara sucia—. Está usted disgustada, Wren; algo le ha sucedido.

No se molestó en negarlo.

—Lindo aspecto debo tener —dijo.

Él asintió.

—Más o menos. Cenaremos en un lugar tranquilo; suba y descanse un poco. Cuando sienta deseos de comer, baje; yo estaré aquí.

—Sí —dijo ella. Lo tomó como lo más natural del mundo; sería agradable tener compañía para cenar. Esperó que no hiciese preguntas; no las hizo.

Después lo vio todos los días, porque siempre estaba allí. Se divirtió con él y experimentó un desenfrenado y violento placer. No insistía en declaraciones de amor y ya no la molestaba con propuestas de matrimonio, pero la azotaba con su juventud y ella le devolvía sus azotes.

—Lo que necesitas —le dijo una tarde— es un poco de goma de mascar, y alguien a quien mascársela.

Ella se estremeció.

—Me repugna sólo pensarlo.

—¿Por qué?

—Porque es adolescente y baboso.

—Mira, Wren, sólo porque eres una conocida crítica de arte, no dejes que se te suba a la cabeza.

—No hay peligro de ello. Soy crítica simplemente por casualidad.

—¿Cómo es eso?

—Todo comenzó porque yo vivía prácticamente al lado de la casa de Adam. Yo veía todo lo que él hacía, lo observaba mientras pintaba; cuando estuve en el colegio, me gradué en arte y le escribí mi tesis a Adam. Más adelante fue publicada como una monografía, simplemente, porque incluía una cantidad de datos desconocidos. Después de su muerte catalogué sus obras y comenzaron a llamarme la experta de Adam Kalish. Y todo eso porque fui su amiga y recordaba todo cuanto él había dicho.

—Pero tuviste éxito, Wren. Eso es lo que vale.

—No, te lo acabo de decir; fue simplemente casualidad, y cada vez que recuerdo que soy crítica me siento azorada y no comprendo cómo he llegado a serlo. No soy inteligente Roy, y no sé mucho. Me encuentro desorientada cuando comienzan a hablar de lo que es el arte y de cuál es el verdadero significado de un cuadro. Yo no puedo explicar a Picasso, ni siquiera a Adam Kalish; tengo intuiciones; eso es todo, realmente. Ya ves, soy una persona común y siempre temo que me descubran.

Se detuvo repentinamente. Nunca se había revelado a nadie, en semejante forma, excepto a Janice. Wren temía que, de algún modo, le hubiera dado un dominio sobre sí misma a Roy.

Pero él reía y ella sonrió tímidamente, diciendo:

—Roy, ¿qué te causa tanta gracia?

—Tú —dijo él—; estás exactamente igual a tu retrato con el traje de baño azul y blanco. Asustada, tonta y…

Inclinó la cabeza hacia un lado y la estudió, mientras buscaba la palabra exacta.

—Desgarbada —dijo—; eso mismo, desgarbada.

La confundió enormemente; se sintió atraída hacia él y se dijo a sí misma que era imposible que continuaran viéndose tan a menudo.

Deseaba que fueran amigos, verlo una vez por semana o cada quince días, pero no más.

Decidió discutir el problema con Janice, pensando que le aconsejaría bien, ya que tenía tanta experiencia en estos asuntos. Pero, sin embargo, no quería contarle nada relativo a Roy.

Vagamente, notó que le estaba ocurriendo algo. No era amor ni nada que se relacionara directamente con Roy; era más bien una sensación intrínseca que comenzó cuando visitó el estudio de Adam. Se sentía más segura de sí misma y sus relaciones con Roy las había conquistado con sus propios medios.

Para pensar en Wales tenía que retroceder un par de semanas. Era un coleccionista y ella su consejera; mantenían relaciones amistosas, exentas de tensión.

Ella le debía una disculpa. Pensó en llamarlo y llegó a levantar el receptor, marcar los dos primeros números; pero una ola de indecisión la envolvió y no lo hizo. No podía hacerlo, hasta no explicarse a sí misma su comportamiento; ése era el primer paso.

Por último fue Wales quien la llamó. Dijo:

—Hola. ¿Wren?…

—Sí, Mort; estoy muy contenta de que me hayas llamado.

—Gracias; me gustaría verte esta noche.

—Desde luego. —Tenía una entrevista con Roy, pero Ja postergaría.

—¿Puedes venir alrededor de las veinte?

—¿No sería mejor que nos encontráramos en algún lugar?

—No, Wren, sugiero que hagas lo que te digo. Es muy importante.

—Bien —dijo ella, obediente.

Durante el trayecto, hasta el departamento de Wales, pensó en los profundos cambios que se habían operado en su vida en los últimos diez días: Roy, su discusión con Wales, la aparición de *Wren inconclusa*.

Le pareció que todo había comenzado en el estudio de Adam Kalish, con la razón desconocida que hizo que Pedro Davvo castigara a su esposa.

Wales contestó a su llamado. Estaba inmaculada y costosamente vestida, como siempre, y sus modales eran impecables. Ella debía sentirse cómoda, ya que él hacia lo posible para que olvidara lo ocurrido, pero no podía.

La condujo escaleras abajo, hacia el moderno vestíbulo. Vio el cuadro de Kalish que estaba a la vista, colgado sobre el diván. Le ofreció el sillón verde, cercano a la ventana, y esperó que ella se sentara.

—Siento lo ocurrido la otra noche —dijo él—. Aparentemente fui un torpe, pero lo hice sin intención.

—Es que el cuadro resultó una sorpresa muy grande; yo estaba trastornada y quería estar sola para pensar.

—Tuviste cuatro días para hacerlo.

Sí, pensó ella. Pero ¿sobre qué? ¿Si aceptaría el cuadro? ¿Y si se casaría con él? Frunció el entrecejo.

—¿Pensar?

—Sí, como ves, lo descubrí; al principio me sentí herido pero luego noté que lo habías hecho por simpatía y lealtad a Nicky, y no me importó mucho. Wren, sabes que te amo todavía.

—Mort —dijo lentamente y sin mirarlo—. Estoy agradecida por lo que acabas de decirme y siento deseos de llorar; hubiera preferido que no dijeras nada. Por favor, no tengo la mínima idea a qué te refieres cuando dices que lo has descubierto.

Ella se volvió por temor a herirlo; tímida, nerviosamente, con plena conciencia del silencio tenso y vacío. Abrió y cerró el cajón de la mesa de caoba que tenía cerca. Días más tarde ella recordó el momento, oía el ruido del cajón, veía los objetos dentro de él: un mazo de naipes, la cuenta de un limpiador, una guía, el revólver; el pequeño revólver negro de Janice.

Wren dejó el cajón semiabierto y se volvió. Él no estaba herido pero parecía enojado; sus labios estaban fuertemente cerrados y tenía los ojos oscuros, mas aún mantenía el control de sí mismo.

—Nicky me vendió un cuadro falso —dijo.

Ella emitió un «Oh» y contuvo la respiración con una exclamación rápida y entrecortada. Después asumió una actitud desafiante.

—Es imposible.

—El retrato tuyo que está en la pared.

—Es ridículo; si yo misma… —se interrumpió y lo miró fijamente.

—Exacto —dijo—. Y me pregunto qué debo hacer.

—¿Qué te hace suponer que no es auténtico?

—Lo compré, como te darás cuenta, confiado en el comprobante que tú firmaste. ¿Sostienes aún tu opinión?

—Desde luego —habló muy rápido, sin duda alguna, con mucha prudencia y cierto recelo.

—Lo examiné de cerca al día siguiente —dijo Wales—. Y me pareció que el contramarco era reciente. Saqué algunos de los clavos que aseguraban la tela a él y descubrí que ésta estaba barnizada, imitando una antigüedad sospechosa.

—No lo creo.

—Allí está, Wren; lo puedes comprobar tú misma.

—¿No puede, acaso, un cuadro viejo estar clavado en un marco nuevo? Estoy segura de que esto se ha hecho ciento de veces.

—Más aún —dijo Wales—, todo parece nuevo. ¿Cuándo afirmas tú que lo pintó Kalish?

—Lo vi por primera vez hace doce años.

—Disimula bien su antigüedad.

—Puede ser que lo hayan retocado.

—¿Te parece?

—Si no te agrada, estoy segura de que Nicky aceptará su devolución.

—A él le gustaría, si lo dejo; pero me pregunto cuántas obras de Kalish «perdidas» aparecerán, y si tengo derecho a permanecer callado.

Wren levantó la cabeza.

—No se te ocurrirá…

—Estoy pensando en entablar un juicio contra Nicky. Sabes lo que eso significaría, ¿verdad?

Wren no contestó, pero estaba asustada; cualquier sombra de duda que se cierna sobre la honestidad de un comerciante de cuadros causa su ruina; el resultado del juicio poco importa.

Pero no había motivo para entablar juicio contra Nicky. Mort sabía positivamente que él era bueno y honesto, pero se estaba portando cruel y astutamente. Debía tener algún proyecto oculto y ella tuvo el presentimiento de que trataba de envolverla en ello.

Recordó que ella no deseaba dar autenticidad al cuadro y que se vio obligada a hacerlo. ¿Cómo se había metido en esto? Pensó cuándo ocurrió. Había tratado de ser honesta y considerada.

Se sintió trastornada, perdida y casi gritó:

—Mort, ¿qué quieres de mí?

—¿Qué quiero? —preguntó—. Piénsalo, Wren, voy a ver a Nicky más tarde y te prometo que no haré nada aún. Piénsalo un día y hablaremos. ¿Mañana a la tarde?

Carraspeó, no comprendía el significado de sus palabras, aunque estaba segura de cuáles eran sus intenciones, mas no quería creerlo; era horrible realmente; era una decisión tremenda la que tenía que tomar.

—Me parece que necesitas un trago —dijo Wales.

Ella no contestó, observo cómo se alejó de su lado. Oyó destapar una botella, el ruido del hielo y de un batidor al chocar contra un vaso. Se volvió, vio el retrato de Kalish y pensó en lo que Roy dijera. Recordó que había estado insegura y que había hecho un mal papel, pero Roy estaba equivocado, del mismo modo que Wales. Ella había visto ese mismo cuadro en el estudio de Adam doce años atrás; recordaba cada detalle y no podía haberse equivocado; Si bien es cierto que no había presentido que era una obra de Adam, ella no tenía derecho a guiarse por sus presentimientos ante una lógica tan evidente.

Sonó el teléfono y la voz de Wales le dijo:

—¿Quieres atender, Wren? Estaré ahí en seguida.

Levantó el receptor y dijo «hola»; nadie contestó. Habló otra vez, y otra y por fin, le pareció oír un click, como si alguien del otro lado de la línea hubiese cortado la comunicación. Lenta y cautelosamente, por alguna razón.

Wales volvió y le alcanzó un vaso.

—¿Quién era? —preguntó.

—Nadie; estaba equivocado.

—¡Ah! —dijo él y la observó algunos segundos—. No es una situación muy agradable, Wren; si fuera por mí lo olvidaría todo y no volvería a mencionarlo. Podría ocupar la primera plana de cualquier periódico con esto, pero no me interesa. Aún no dije nada a mi agente publicitario; sería un coleccionista de fama, pero no lo seré; al mismo tiempo, es un serio problema.

—¿Por qué?

—Porque es sólo parte de su conspiración, ya que no es la primera vez que Nicky hace algo así; ni será la última, de manera que trataré de detenerlo.

—Mort —dijo Wren—, esto es increíble, Nicky no haría algo deshonesto por nada del mundo, y tú lo sabes.

—Quisiera saberlo, pero ahí está la prueba, Wren, colgando de la pared. Nicky Newbaker está envuelto en un asunto muy grave.

—No lo creo.
—Expongo los hechos.
—Mort, por favor, deja que hable con Nicky; no hagas nada, ni siquiera te entrevistes con él. Sé que debe haber una explicación, debe haberla.
—Puedo darte una explicación en este mismo momento, Wren; Nicky está en mala situación financiera y muchos hombres, de encontrarse en su situación, harían cosas peores.
—No —dijo—, no.
Wales sonrió del modo habitual, fría, desdeñosamente; esto la enfureció.
—Estás inventado; no es verdad; Nicky es honesto, bueno y maravilloso y tú tratas de calumniarlo. Lo que dices es horrible y no creo una sola palabra. —Wales se puso de pie, ella apretó los dientes y sintió que estaba perdiendo el control de sus nervios—. ¡No! —dijo, golpeando el pecho de Wales—. ¡No!
Él la contuvo con todas sus fuerzas. Sentía los dedos de él como si fueran tenazas sobre sus brazos; su apretón era de acero y todo él parecía una estructura de metal sin sentimientos ni alma. Era falso, cruel; lo odiaba. Le pareció salir de un torbellino; él sonreía serenamente.
—Me estás haciendo daño, ¡déjame ir!
Aflojó la presión de sus dedos inmediatamente.
—Wren, querida —dijo él—. Sé que te he sorprendido, pero debía hacerlo. Puede que ésta sea la única forma de alcanzar ese mundo puro y distante en el que vives. Tu mundo de honor y lealtad en el cual los amigos no se equivocan; tú ves a la gente desde otro punto de vista. Nicky, por ejemplo: tú lo crees una persona dulce, adorable, colmada de sabiduría y conocimientos; yo lo veo como el hombre que cobraba el seguro de las obras de Kalish, cuando éstas eran destruidas por el fuego. Lo considero un comerciante astuto, que se gana la vida cobrando la tercera parte del precio de venta de las obras de aquellos artistas pobres y miserables con los que él ha celebrado un contrato sólido como el hierro. ¿Has tenido oportunidad de ver alguno de sus contratos?
Wren movió la cabeza lentamente sin responder. Mort era así; ella no podía discutir con él, era demasiado cerebral y calculador, aplicaba fórmulas matemáticas a la amistad; era simplemente un

error de su parte.

—Por ejemplo, Janice —continuó Wales—, para ti es una amiga afectuosa y llena de buenas cualidades, quizá con algunos defectos a los que tú no les das importancia, ¿verdad? Tu lealtad, Wren, es maravillosamente inconmovible; yo lo respeto y por eso te amo. Janice podría cometer un crimen y tú la defenderías; si ella lo hiciera, para ti estaría bien hecho, pero yo tiemblo al pensar qué ocurriría si alguna vez tienes que dividir tus lealtades. Si Janice y Nicky, por ejemplo, estuvieran enemistados, ¿por cuál de los dos te decidirías? La lealtad puede pasar los límites, y no quiero que te veas envuelta en problemas a causa de ello; por tu lealtad hacia Nicky, quiero decir; prométeme que lo pensarás.

Wren trataba de entenderlo; con su cerebro repasaba las palabras que eran feas y ponzoñosas. Vio los rasgos superiores de Wales, pequeños, agudos y fríos, y pensó que era casi inhumano. Era como una máquina de contabilidad manejando números que no conocía. Era como un Satanás pequeño y desagradable, de nariz afilada.

Ella dijo en voz alta:

—Realmente, Mort, no tengo nada que pensar; sé que Nicky no es capaz de tanta maldad; eso es todo.

Mortimer Wales continuó sonriendo; era tan suave, astuto y pedante a pesar de su error. Repentinamente sintió una pena inmensa por él. Lo vio como a un rapazuelo pequeño y rotoso que había luchado toda su vida por lo único que quería y siempre le había sido negado, viéndose privado de ello: el afecto. Él nunca lo obtendría porque se negaba a aceptar que lo necesitaba.

Se puso de pie.

—Mort, ¿no te parece que estás tomando el mal camino?

—¿Para qué?

—Para llegar a mí.

Los ojos de él se iluminaron.

—Desde luego, yo siempre quise convertirte en mi esposa, ¿aceptas?

Wren se volvió sin contestar, dirigiéndose rápidamente hacia las escaleras; era la segunda vez, en esa semana, que huía de Mortimer Wales.

5

Wren no fue a su casa; estaba demasiado trastornada y agitada por la acusación de Wales, por su proposición y sus advertencias vagas e indirectas.

Era fácil considerarla y pensar en ella durante un día. Cenar juntos al día siguiente sería la solución. Él dejaría de lado sus cargos contra Nicky si se casaban; estaba en sus manos salvar a Nicky, pero hacerlo era una bajeza.

Estaba aturdida por todo lo ocurrido esa tarde; cuando pensaba en ello, todo coincidía: la proposición comercial de Wales que los obligaba a estar tanto tiempo juntos; el acercamiento gradual que llegó a convertirse en amistad; la mención de sus hijos, siempre pendiente como una carnada; la compra del retrato de Kalish sin decirle nada. Todo formaba parte de un plan astuto y mezquino.

Un temblor la sacudió. Recordó la voz de él, fría y serena diciéndole que aún no le había dicho nada a su agente, dejando pasar por alto la oportunidad de aparecer en los periódicos; por lo visto había tenido en cuenta todos los detalles, y el simple hecho de que lo negara era una aceptación. Wren sospechaba que había hecho todo esto en beneficio propio. Quería que lo conocieran como el coleccionista inteligente y astuto que había confundido a los expertos.

Pensó en Roy, que se había acercado a ella con su sonrisa franca y le había dicho que la amaba. Desde el primer momento y por el simple hecho de haber visto la foto en la que ella aparecía con el traje de baño azul y blanco, un poco tonta. Al recordar en la forma que lo había dicho, sintió una sensación tibia y agradable que durante algunos momentos le quitó la desagradable sensación anterior. Pero esto no era una ayuda permanente.

Vio un cine de variedades y entró en él; durante algunos instantes, consiguió dejar su mente en blanco y eliminar sus pensamientos: deportivas, cómicas, noticiarios; hombres de estado, sentados frente a la cámara diciendo palabras sabias. Se preguntó si

alguno de ellos sería tan sabio como para aconsejarle lo que debía hacer. La idea le pareció muy divertida y tuvo que taparse la boca con la mano para contener una risa histérica. Rozó su muñeca con la blusa y notó que no tenía el adorno que Adam le regalara, el reyezuelo de cobre. Frunció el entrecejo tratando de recordar dónde lo había perdido; durante la cena aún lo tenía. Estaba segura de que lo tenía camino a casa de Wales; debía haberlo perdido cuando éste la asió. Ella lo había golpeado y él, tomándola por los brazos, permitió que el broche se desprendiera.

Estaba preocupada por eso y quería saber qué había ocurrido; siempre lo había guardado como un tesoro y se sentía perdida sin él. Pensó en llamar a Wales y preguntarle; mejor aún, ir a su casa y buscarlo, ya que Nicky estaría allí y no tendría necesidad de hablarle a Wales, excepto para decirle que había perdido su adorno de cobre. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que debía ir. Ella y Nicky enfrentarían juntos a Wales y entre ambos tendrían fuerza para persuadirle de que descartara esa horrible, idea.

Dejó el cine y caminó las nueve cuadras hasta la casa de Wales. El corazón le latía violentamente mientras subía por las escaleras, pero no estaba realmente asustada. Antes había huido, pero estaba satisfecha de haber tenido coraje para volver.

Encontró la puerta algo abierta; tenía propensión a trabarse y alguien había omitido la precaución de cerrarla. De cualquier manera, tocó el timbre y esperó; nadie contestó.

Volvió a llamar. «Contaré hasta veinte —pensó—, y después entraré.» Miró el reloj: eran casi las veintitrés; observando el segundero trató de esperar los veinte segundos completos, pero este se movía lentamente.

Abrió la puerta y entró.

Podía ver el reflejo de las luces del vestíbulo; llamó: «Mort», pero él no contestó.

Comenzó a bajar por las escaleras lentamente y en puntas de pie; al llegar al pie de las mismas se detuvo. Una lámpara colgante de un pequeño sostén estaba encendida. Llamó suavemente: «Mort», pero no había nadie en la habitación.

Buscaré mi broche, pensó.

Atravesó el salón y se detuvo junto al diván.

Tuvo la impresión de que el retrato que Adam Kalish había hecho de ella salía del cuadro y se le acercaba. Los ojos oscuros parecieron iluminarse por el conocimiento de algún secreto; la cara, parcialmente iluminada como por la luz de la luna, parecía hacer esfuerzos por contarlo.

«Estoy divagando —pensó Wren—, es demasiado hermoso, no soy yo. Yo estoy viva y esto no es más que un cuadro, una idea de Adam.»

Se volvió lentamente y miró hacia la silla donde había estado sentada hacía unas horas. Si se le había caído el adorno, tenía que estar allí, en el suelo.

Miró, sus ojos permanecieron clavados en un mismo sitio y sintió que su corazón comenzaba a latir violentamente y que se le helaba la piel.

Comenzó a gritar, dejó escapar el sonido lentamente, gritando más fuerte después. Quería irse de allí y desahogarse gritando; lo hizo hasta que sus cuerdas vocales quedaron tensas y cansadas; entonces, en medio de su estremecimiento trató de oírse a sí misma, y se dio cuenta de que no había emitido un solo sonido. Comenzó a caminar. «No puedo irme así —pensó— antes de estar segura.»

Se aproximó a la silla cautelosamente y miró. Su zapato estaba casi rozando el pequeño revólver negro. Podía sacarlo de la mano de él con toda facilidad; hasta podía pararse sobre él, que no diría nada, ya que Mortimer Wales estaba muerto.

Debía irse a su casa. Tuvo un extraño pensamiento, se volvió hacia el retrato y le dijo:

—Yo sé lo que ocurrió: tú saliste del marco y le hablaste. Tú y Adam; lo hicisteis por mí, obligándole a suicidarse.

Se inclinó hacia adelante y sintió que estaba temblando. Una gran debilidad física se apoderó de ella. Sintió como si estuviera parada sobre fango. Se obligó a sí misma a no tocar la baranda. Llegó al salón de descanso sin mirar hacia el dormitorio; entrecerró la puerta, pues así estaba cuando ella llegó, y limpió el picaporte de bronce con su pañuelo, porque sabía que la policía investigaba los suicidios, tornando la situación incómoda para la última persona que había estado en el lugar.

Las impresiones digitales, se dijo a sí misma y se sintió sumamente inteligente.

Tomó un ómnibus para ir a su casa, y no entró en el corredor antes de asegurarse de que no había nadie. Subió de manera que nadie oyera a qué hora había llegado.

Se estaba desvistiendo cuando notó que se había olvidado por completo del adorno de cobre.

A la mañana siguiente su teléfono llamó muy temprano. Levantó el auricular y oyó la voz de Roy:

—¿Wren?

—Sí.

—Habla Roy; tengo malas noticias para ti.

—¿Qué ocurrió, Roy?

—Mortimer Wales fue asesinado anoche; la policía está investigando, y es probable que te hagan algunas preguntas.

Por unos instantes no pudo hablar; separó sus labios del receptor. Las paredes rojas de su vestíbulo parecían incendiarse, la pequeña cocina estaba lejísima, la cama y las sillas del antiguo mobiliario se balanceaban como si los estuviera viendo por un programa de televisión mal enfocado.

Volvió a acercar los labios al teléfono.

—¿Asesinado? —preguntó.

—Sí; escucha Wren, escúchame cuidadosamente, estoy acostumbrado a estas cosas. Conozco la mentalidad de la policía y cómo trabaja. No te dirán qué ha ocurrido al principio. Te preguntarán dónde estuviste anoche, qué hiciste y a quién viste. Tratarán de envolverte en sus redes; diles la verdad, pero espontáneamente no digas nada que no te pregunten. Si te ves en dificultades, niégate a contestar hasta que hayas consultado a tu abogado, que soy yo. ¿Comprendes?

Se le hizo una laguna cerebral, pero trató de recordar todas sus palabras.

—Sí, Roy, tú eres mi abogado.

—No tienes que contestar nada, si no quieres; estás en pleno derecho de negarte; si no contestas les parecerá mal y te traerá problemas, pero estás en tu derecho.

—¿Por qué habría de negarme?

—No sé; simplemente estoy tratando de solucionar un problema que se podría plantear en caso de que te resulte difícil probar dónde estuviste; o en el caso de que lo hayas visto anoche; naturalmente,

no mencionaré el hecho de que rompiste un cita conmigo.

—Gracias, Roy.

—No menciones este llamado; me disgustaría tener que admitirlo, ¿hay algo más?

—Tú dices que fue asesinado, Roy, ¿no querrás decir suicidio?

—No; asesinato, y recuerda que soy tu abogado y estoy aquí para defenderte.

Cortó la comunicación y permaneció sentada allí, algo asustada y excitada, tratando de decidirse. Asesinato; ella pensó que se trataba de un suicidio, pero había sido un crimen.

Una cosa era evidente: si ella admitía que había visto a Wales anoche la policía iba a preguntar sobre qué habían conversado y esto perjudicaría a Nicky. Pobre Nicky, amable, fatigado, con su amor a las reliquias medievales, su caballerosidad disparatada y accidental. Tenían mucho en común, ella sentía una gran simpatía hacia él. Sin importarle lo que él había hecho, ella jamás lo señalaría, jamás haría eso a Nicky.

Lo cierto era que su silencio no perjudicaría a nadie. No tenía nada que decir, no podía ayudar a nadie. Sólo le crearía dificultades a Nicky y probablemente a sí misma, pero nada más.

Se puso de pie, se miró en el espejo y alisó su oscuro cabello.

La nueva Wren no iba a tener miedo de nada. Tomó su ejemplar de «Tres Artistas Modernos», de Ives, puso una hoja de papel sobre su escritorio y comenzó con su juicio crítico.

Había garabateado un párrafo tonto cuando oyó el timbre. Fue hacia la puerta y vio que eran dos hombres; uno de ellos joven, morocho y buen mozo; el otro encorvado, de piel rústica y ojos pequeños; su cabeza semicalva era esférica y le recordó el globo terráqueo.

El más joven presentó su credencial.

—Señorita Irene Venice —expresó—. Somos del departamento de policía y necesitamos algunas informaciones.

—¿Informaciones? ¿Mías?

—Si no le molesta. —Él miró por encima del hombro de ella, que retrocedió.

—Sí —dijo—, desde luego; entren.

Los condujo a su habitación y se sentaron. Tan pronto lo hubo hecho notó que había cometido un error; había supuesto que la

entrevista sería prolongada y no debía haberlo hecho.

—Mi nombre es Lewis —dijo el más joven—, y él se llama Coyle; nos gustaría saber dónde estuvo anoche y a quién vio.

—Sí, pero, por favor…, ¿por qué quieren saberlo?

—Es costumbre; no tiene que preocuparse por nada, pero es posible que pueda ayudarnos. ¿Dónde estuvo?

—En ninguna parte; estuve en casa leyendo —sonrió; ahora que se había comprometido su tensión disminuyó.

—¿Cenó aquí? —preguntó Lewis.

—Oh, no, fui al salón de té de la esquina para ello.

—¿A qué hora regresó?

—No lo sé exactamente; alrededor de las veinte, supongo.

—¿A qué hora Volvió salir?

—No salí; estuve aquí desde esa hora.

—Qué raro —dijo Lewis—, supimos otra cosa; nos dijeron que usted había salido.

—Debe haber algún error —dijo Wren.

Lewis sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca, pero no lo encendió.

—Seamos sinceros, señorita Venice, no vinimos aquí a perder el tiempo; sabemos que vio a Mortimer Wales anoche. Supongamos que usted lo admita.

—Pero ya le dije que estuve en casa toda la noche; ¿por qué tiene tanta importancia?

—Porque Wales fue muerto de un balazo anoche.

Reaccionó lentamente, con toda intención. Dejó que sus ojos se abrieran llenos de espanto y dijo:

—Oh, ¡qué horror!

—Usted lo conocía muy bien, ¿verdad? —preguntó Lewis.

—No, no muy bien. —Tuvo intención de decir que no lo había visto desde la fiesta, pero recordó el consejo de Roy, de que no dijera nada espontáneamente.

—La había colmado de atenciones, ¿verdad?

Ella contestó enérgicamente:

—No.

El detective más joven pareció aturdido.

—Hay algo raro —dijo—. Lo que usted dice… bueno, no hay ningún inconveniente en que le digamos que tenemos una

información distinta.

—Yo le dije la verdad —dijo ella con toda la dignidad que pudo reunir.

El joven detective parecía molesto. Se sintió impulsada a decir que había visto a Wales, pensó en toda la gente que la debía haber visto y reconocido. El empleado de la planta baja, el conductor del taxi, el del ómnibus, el vendedor de entradas del cine. Un encuentro accidental en la calle, los vecinos, los niños que estaban jugando delante de la puerta de Wales.

Trató de recordar, se sintió asustada e incómoda. El detective prácticamente la estaba acusando de mentirosa. Podía ser que hasta pudiera probarlo.

Pensó otra vez en el consejo de Roy; él había dicho que la policía trataría de pescar algo, pero que ella no debía decir nada por su voluntad; pero Roy estaba equivocado, ellos sabían, de algún modo la habían descubierto.

Se llevó las manos al cuello nerviosamente. Mientras rozaba su piel con las manos, pensó en el broche de cobre. Lo había dejado en lo de Wales y la policía, desde luego, lo habría encontrado. Hubo un silencio prolongado; Coyle tomó un trozo de papel de su bolsillo, lo estudió, asintió, miró a Lewis, luego a Wren, y lo entregó a ésta. Estaba su nombre escrito en él: Irene Venice.

Lo sostuvo nerviosamente, pero no reconoció la letra.

—¿Había visto esto antes? —preguntó Coyle.

Ella movió la cabeza.

—No.

Volvió a tomarlo de las manos de ella y lo colocó cuidadosamente en un tarjetero.

—No importa —dijo él—, no se preocupe.

Lewis se puso de pie.

—¿Nos lo va a decir ahora, señorita Venice?

—¿Decirles qué?

—Dónde estuvo realmente.

—Estuve en casa leyendo un libro que tenía que revisar; éste.

Lewis lo tomó y lo hojeó.

—Arte Moderno —dijo—; no entiendo nada de esto; usted es experta en ello, ¿verdad?

—Lo he estudiado.

—Bueno, nosotros hemos estudiado el trabajo de la policía, sabemos mucho, podemos decir cuándo una persona está mintiendo.

—Entonces sabrán que estoy diciendo la verdad.

Lewis movió la cabeza negando lentamente.

—Volveremos —dijo.

Ella no habló. Permaneció serena, con la cabeza levantada, sus ojos castaños brillando suavemente y esperó que se fueran. Tan pronto hubieron cerrado la puerta, se arrojó sobre el diván, frotando la cabeza contra el tapizado rústico.

—Roy —murmuró—. Oh, Roy.

Los periódicos vespertinos trajeron las primeras noticias del asesinato. Llamaban a Mortimer Wales «Una prominente figura en el mundo del Arte», y mencionaban su reciente adquisición de una rara obra de Kalish. Decían que su mucama había descubierto el cadáver cuando entró a hacer la limpieza alrededor de las nueve, esa mañana, y lo había comunicado a la policía. Wren examinó los artículos para ver qué nombres habían aparecido, pero no halló ninguno. De acuerdo con la opinión de la policía, el revólver había sido colocado en la mano de Wales, en un torpe intento de hacer aparecer el hecho como suicidio. En realidad, había sido asesinado a puertas cerradas, pero el ángulo de la herida estableció que se trataba definitivamente de un homicidio. La policía estaba siguiendo la orientación dada por el revólver; tenían un cierto número de huellas y estaban probando varias coartadas.

Wren volvió a leer el artículo, pero éste decía tan poco… ¿Descubriría la policía que el pequeño revólver negro había sido de Janice? ¿Se enterarían de la monstruosa acusación de Wales contra Nicky? ¿Habrían encontrado su adorno de cobre? ¿Podía ser que ella lo hubiera perdido en algún otro lugar?

Dejó el diario, suspiró, y volvió a su escritorio. Leyó los párrafos que había escrito esa mañana y los tachó; trató de volver a escribirlos pero le resultaba difícil trabajar. Su mente vagaba: Janice, Pedro, Nicky, ella misma, Roy, la muerte de Mortimer Wales, su propio enredo, todo era muy difícil de creer.

Roy la llamó y la invitó a cenar. Estaban sentados a la mesa de un pequeño restaurante italiano, e inmediatamente comprendió su preocupación. La llamó «Muchacha encantadora» y le preguntó si la

policía la había investigado.

Asintió; era reconfortante hablar con él; se sentía segura y protegida.

—¿Cómo saliste del paso? —preguntó.

Ella le contó, haciendo una reseña completa de la visita policial y se sintió aliviada.

—Pero saben algo —concluyó—. No me creen.

Roy hizo una mueca, su voz era autoritaria y segura; ella se dio cuenta de que podía confiar en él.

—Están tratando de pescar algo —dijo—. La idea de ellos es hacerte creer que saben algo; si tú estás mintiendo, te asustas y lo admites; si estás diciendo la verdad te aturdes. Así que olvídalo, Wren, ya que estás a salvo.

—¿Y el papel, con mi nombre?

—Te dan el papel, tú lo tocas y luego lo mandan a la ciudad, lo analizan y aparecen tus huellas digitales. Tu nombre, tus dedos, no hay ninguna probabilidad de equivocación. Luego comparan tus huellas con las que encuentran en la casa de Wales, si es que encuentran alguna.

—¿Qué ocurre si encuentran las mías?

—Entonces debes empezar a preocuparte, y mucho.

La habitación pareció oscurecerse y Roy dejó de ser una ayuda. Su mentira, el peligro que corría Nicky, todo el peso de la muerte de Wales, estaban nuevamente sobre sus hombros, y debía soportarlo todo sola.

Roy era honesto, correcto y como la amaba quería que confiara en él, pero estaba asustada.

—¿Cómo te enteraste tan pronto?

—Di una vuelta —contestó sonriendo—; antes trabajaba como fiscal del distrito y fui a visitarlos.

Habló con naturalidad; había dado una vuelta y por eso la llamó tan temprano, a las ocho, una hora antes de que el cadáver fuera descubierto. Levantó la vista y encontró los ojos de él; por unos instantes dudó, luego sonrió con facilidad y agradecida; le gustaba. Después de todo, la había prevenido.

6

Al día siguiente, bien temprano, los detectives Lewis y Coyle hicieron su segunda visita. Entraron silenciosamente y después de un formal saludo no volvieron a hablarle. Vagaron por la habitación, buscando algo, convencidos de que lo hallarían.

—¿Qué desean? —preguntó Wren.

No contestaron; una sensación se apoderó de ella; volvió a preguntar qué querían y ellos continuaron sin contestar.

Se sentó débilmente asombrada; durante la visita anterior su problema había sido claro y simple. Tuvo que mentir acerca de la visita a la casa de Wales y la necesidad de hacerlo era dominante; había sido un momento crítico.

Pero hoy no había crisis, podían preguntarle lo que se les ocurriera; ella estaba confusa, desprevenida, debía ocultar muchas cosas: su visita a la casa de Wales, el broche, la discusión, su huida y regreso. Ayer, al pensar en Roy, tenía una fuerza extraordinaria en su mente; hoy no tenía importancia alguna.

Deseó que Janice estuviera allí, la necesitaba y quería como nunca; la había llamado por teléfono una docena de veces pero nadie contestó. Su ausencia asustó aún más a Wren, quien se sintió desorientada; le pareció que ya estaba en el banquillo de los acusados, culpable de la muerte de Mortimer Wales y que los dos detectives eran los jueces investigadores del caso. Para sentirse más segura, tenía que mirar la habitación familiar, las paredes rojas, el diván, las sillas y el pequeño escritorio de la secretaria, con los amados cuadros de Kalish colgando a ambos lados.

Lewis estudiaba uno de ellos; se adelantó mirando de soslayo, golpeando ligeramente el vidrio; Coyle terminó su investigación y se sentó cruzando las piernas. Permaneció meneando ligeramente su cabeza redonda como para asegurarse que se balanceaba firmemente sobre su eje ancho y grueso.

Después de un instante Lewis se volvió.

—¿Esta obra es de Adam Kalish?

—Sí —dijo ella—, puede ver que está firmado.

Él recibió el informe como si se tratara de la primera parte de una confesión; la miraba con una especie de goce, como miran los mecánicos una máquina nueva que sólo necesita un ajuste o un tornillo para ser puesta en movimiento.

—Me dijeron que usted es una experta en obras de Kalish —dijo él—, que solicitan su opinión antes de clasificar una obra y le pagan por ello.

Era mitad interrogación y mitad información y otra vez se preguntó cómo había ocurrido todo eso, si era realmente ella quien se encontraba en esa situación y por qué la policía continuaba llamándola experta.

Lewis la miró y dijo:

—¿No? —Ella asintió.

—El cuadro que Wales compró —dijo—. «Wren inconclusa» fue reconocido como auténtico por usted para el señor Newbaker, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto le pagó?

—No me pagó.

—¿Estaba ayudando a un amigo?

—Me pidió una opinión y se la di.

—¿Gratis?

—No mencionamos el dinero, aunque es probable que me envíe un cheque.

—Newbaker es un buen amigo suyo, y usted haría lo posible para ayudarle, ¿no es cierto?

—Yo nunca daría a una opinión deshonesta, si es eso lo que quiere decir.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Lewis—. ¿Usted piensa que alguien tomó el cuadro por falso?

—Usted piensa eso.

Lewis se volvió hacia Coyle.

—¿Yo le dije eso? —preguntó, y Coyle contestó:

—No, yo no oí decir eso.

Lewis frunció el entrecejo.

—¿Ve, señorita Venice? ¿Qué es lo que le hizo pensar eso?

—El hecho de que ustedes sean tan categóricos —dijo ella

sonriendo débilmente.

—Muy bien, seamos evidentes. ¿Cuál fue su arreglo con Newbaker para dar por auténtico ese cuadro falso?

—No es falso, es un auténtico retrato mío.

—Mucha gente no está de acuerdo con usted, señorita Venice, y uno de ellos era Mortimer Wales.

—Es imposible —dijo ella serenamente—. Lo compró por recomendación mía, yo era su consejera artística.

—¿Usted conoce todas las obras de Kalish? —preguntó Lewis.

—Creo que sí.

—No son muchas, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no? Él pintó toda su vida, ¿no es cierto?

—Destruyó la mayor parte de los que pintó; sus obras debían satisfacerlo. Pintó muchos cuadros que podrían considerarse buenos, comparados con el término medio, y que podía vender fácilmente.

—Gran parte de sus obras fueron destruidas por el fuego, ¿no?

Ella asintió. Lewis podía mirar cualquier diario para enterarse de los detalles y se preguntó por qué la molestaba con tantas preguntas.

—Sí —dijo ella—, después de la muerte de Adam hubo una exposición póstuma de sus obras. La galería se incendió y la mayor parte de su contenido fue destruido.

—¿La galería de Newbaker?

—Sí, la antigua. Después del incendio el señor Newbaker se mudó a la actual.

—¿Con el dinero del seguro? —dijo Lewis.

—No sé.

Lewis murmuró:

—¿Usted pinta, señorita Venice?

Presintió dónde quería llegar y contestó:

—Un poco.

—¿Conoce bien los métodos de Kalish?

Wren sonrió.

—Escribí artículos sobre la técnica de él. Cualquiera podría estudiarlos y saber tanto como yo.

—Usted podría imitar a Kalish, ¿verdad?

—No, no tengo su genio ni nada que se le parezca.

—¿Pero podría hacerlo usted o cualquier otro?

—No muy bien.

—Podría intentarlo y engañar a algunas personas, ¿no es cierto?

—A usted lo podrían engañar —dijo ella sonriendo.

Lewis asintió como si ella hubiera dicho exactamente lo que él quería.

—Gracias —dijo él—. Esto lo confirma. —Le hizo una seña a Coyle. Este se puso de pie—. Volveremos —dijo Lewis.

Ella no se levantó, esperó hasta oír cerrarse la puerta de calle; entonces dijo en voz alta:

—No saben nada, están tratando de pescar algo.

Estaba repitiendo simplemente las palabras de Roy Padget, pero esto no le trajo sosiego.

Los diarios vespertinos publicaron la noticia en la primera página.

Newbaker envuelto en el asesinato de Wales. Se niega a revelar el origen del cuadro en cuestión.

Sólo había una nota relativa a Wren, en el artículo que seguía y ni una sola alusión a lo que Lewis había querido decir. La policía sabía no solamente que Wales había comprado el retrato basándose en el comprobante extendido por Irene Venice, sino también que había dudado de su autenticidad más tarde. Le había hablado de sus sospechas a un gran número de personas.

La policía tenía el cuadro en el laboratorio, y lo estaban sometiendo a varias pruebas. Según ellos, era falso, y el hecho de que Newbaker se negara a revelar su origen eran dos factores en contra.

El artículo concluía con una frase: *La policía tiene una huella importante y espera arrestar pronto al culpable*.

Wren dejó el periódico; le pareció estar nuevamente en el departamento de Wales, viviendo la escena monstruosa en la que él la acusó del fraude y le propuso matrimonio, como si ambas cosas estuvieran íntimamente conectadas. Le pareció verse a sí misma, abriendo y cerrando nerviosamente el cajón de la mesa cercano a ella; volvió a oír el ruido hecho por el cajón y los objetos que él

contenía con toda facilidad: el mazo de cartas, la cuenta del limpiador, la guía y el pequeño revólver negro.

El revólver de Janice, el que ella le había dado a Wales en el estudio.

Wren se estremeció; ¡todo era tan complicado y terrible!; si decía la verdad, complicaba aún más a Nicky y ella era inocente. Tenía que mentir y no podía contar nada a nadie. Si la policía no tenía su broche de cobre, quería decir que algún otro lo había encontrado y podía demostrar la permanencia de ella en la casa de Wales; y quien lo poseía era precisamente el asesino de Mortimer Wales.

Movió la cabeza. ¿Cómo podía haberse enredado así? ¿Y cuánto tiempo podía continuar mintiendo? No sabía hacerlo y no podía seguir engañando a la policía. Además, quería ver a Janice por lo que pudiera ocurrir. ¡Tenía que verla antes!

Volvió a llamarla y continuaron sin responderle; trató de comunicarse con Kip y se extrañó al no encontrarlo; de cualquier manera, esperaba que estuviese aguardando su llamado y le asustó que no ocurriera esto.

Miró el teléfono como si fuera culpable; en ese momento estaba llamando; levantó el receptor.

—¡Hola! Wren, te habla Roy.

—Oh, Roy, ¡qué suerte que me hayas llamado! ¡Ya estaba pensando que tenía un teléfono falso sin nadie del otro lado! Roy, ¿no me invitas a cenar contigo?

—Desearía hacerlo, tal como lo tenía pensado, pero estuve con Nicky y la policía lo está presionado, podría necesitarme.

—Oh, cuánto lo siento; quédate con Nicky, desde luego; yo también deseo ayudarle. ¿Me llamarás después para decirme qué ha ocurrido? Voy a cenar y volveré de inmediato.

—Sí, pero es mejor que te lo diga ahora; si hay alguna novedad, no será buena.

Sintió deseos de llorar; en el salón de té de la esquina, donde comió completamente sola, continuó haciéndose preguntas. Todo su mundo se estaba desvaneciendo: en cuanto llegó al departamento, llamaron a la puerta; era Janice. Entró dándole un beso y un abrazo, en tal estado de excitación que le hizo pensar en confites caídos del cielo.

—Wren —dijo—, es horrible; estoy destrozada, no puedo pensar más que en esto. ¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Te molestó la policía?

—No; me hicieron algunas preguntas y se fueron. Estuve tratando de comunicarme contigo.

Janice se dejó caer en una silla, se quitó el sombrero y lo arrojó volando por la habitación.

—¡Dios santo, qué bien me hace verte! Estoy muy nerviosa, Wren; temía crear complicaciones a alguien: a ti, a Pedro o a Kip. Tenía miedo de hablar y eso les hizo sospechar, desde luego; me hicieron preguntas acerca de ti y de Mort; les dije que eran amigos y no me animé a mencionar el viaje de ustedes a mi casa; habría causado mala impresión el hecho de que ustedes dos pasaran el fin de semana juntos. Después me asusté porque no nos habíamos puesto de acuerdo previamente; temí que dijeras algo distinto y las cosas se complicaran para ambas.

—No me preguntaron nada sobre eso, Jan. ¿Qué ocurrió? ¿Dónde estuviste?

—¿Ocurrir? Estuve en un infierno, Wren; ¿no tienes un trago para ofrecerme? Luego te contaré.

—Desde luego, Jan, debí habértelo ofrecido antes.

Wren se acercó al armario del vestíbulo y tomó una botella de coñac y una de jerez. Le alcanzó a Janice un vaso pequeño de cada licor.

—Gracias —dijo Janice tomando todo el coñac y un trago de jerez después—. Realmente, Wren, ¡cuánto me alivia encontrarte bien y a salvo!

—¿Por qué no me llamaste? ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—En la cárcel —dijo Janice tristemente.

—¡Tú! —exclamó Wren—. ¡Oh, Jan!… Perdóname. Nunca se me ocurrió que tú pudieras estar enredada en esto. Quieres decir que te arrestaron realmente.

—Bueno, ellos dijeron que nos llevaban para hacernos algunas preguntas, pero nos llevaron a la misma cárcel.

—¿Por qué dices nos?

—A Pedro también; él le pegó a un agente y ellos lo golpearon, pero gracias a Dios todo terminó y Pedro ya está bien.

—¿Por qué? —preguntó Janice—. ¿Por qué te detuvieron?

Janice tomó otros dos tragos.

—Supongo que les gustaba mirarme —dijo encogiéndose de hombros—; no se me ocurre otra razón.

Hablaba sin darle mayor importancia, pero Wren se previno. Unos minutos antes Janice había estado asustada; ahora lanzaba indirectas observando el efecto que producían. El afecto y la simpatía de Wren, que se manifestó como un torrente unos minutos antes, desaparecieron súbitamente. Su corazón se endureció y se dijo que no debía confiar demasiado en Janice, ni contarle lo que sabía. No debía revelarlo jamás a nadie. Recordó un incidente que había ocurrido unos años antes, cuando Janice había discutido con su primer esposo; había ido a lo de Wren por unos días y le dijo amargamente: «Se negó a pagar mi saco nuevo y no pude hacer nada. Lloré, estaba desilusionada y él se reía. Me sentí tan humillada que pude haberlo matado. ¿No es horrible?»

Después Wren recordó que una semana antes, en el campo, Janice se tambaleaba junto al marco de la puerta y pensó: «Nos hará pagar por esto a Wales y a mí».

Janice, percibiendo el cambio operado en Wren, se sirvió otros dos vasos y encendió un cigarrillo.

—Wren —dijo secamente—, tú sabes algo; cuéntamelo.

Wren contestó, incómoda:

—Pensaba en el revólver, el que tú le entregaste a Wales en el campo.

—No era mío, sino de Nicky; lo tenía por casualidad.

—¿Se lo dijiste a la policía?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque, de lo contrario, pueden arrestar a Nicky. Si descubren que el revólver era de él, creerán que es él quien lo ha usado.

—Bueno, no era mío; ya te dije que pertenecía a Nicky.

—Lo tenías tú.

—Wren —dijo Janice súbitamente—, ¿qué te impulsa a hablar del revólver? ¿Por qué dices que Wales fue asesinado con él?

Wren contuvo la respiración y sintió que su estómago se contraía; no debía haber mencionado el revólver, sino esperar hasta que los diarios lo identificaran y descubrieran su procedencia. Ahora estaba atrapada; el pánico se apoderó de ella, movió la cabeza y dejó que sus dedos frotaran sin objeto su hombro desnudo.

—Yo no dije eso; estás tergiversando mis palabras.

—Es lo que quisiste decir, Wren; no finjas lo contrario.

—No estoy fingiendo —dijo Wren. Comenzó a recuperar su ingenio, su mente se aclaró y sus sentidos se agudizaron. Podía hablar normalmente y dar una explicación. Si hablaba mucho lo conseguiría—. Sólo se trata de una pregunta tonta y tú le estás atribuyendo una gran importancia; ví que Mort lo trajo consigo del campo; después de todo, él no tenía una colección de revólveres. Lo deben haber matado con ése.

Janice golpeó la mesa suavemente con los dedos; sus ojos azules se entrecerraron y volvió al ataque.

—¿Dónde estuviste la noche del asesinato?

—En casa —dijo Wren.

—No es verdad; yo te llamé.

—Estaba trabajando; desconecté el teléfono para que no me molestaran.

Janice se puso de pie, caminó hasta el teléfono y levantó el receptor.

—Muéstrame la campanilla —dijo—. Está construída dentro de este aparato; muéstrame cómo has hecho para desconectarla.

—¡Janice! —dijo Wren—. ¿Qué estás tratando de hacer?

—Nada, pero tú estás mintiendo; tú y todos los demás. Wren, debemos tener confianza mutua o estamos perdidos. ¿No ves que estamos todos enredados y debemos unirnos?

—¿A quiénes incluyes cuando dices todos?

—Tú, yo, Pedro, Kip, todos nosotros.

—¿Y Nicky? —preguntó Wren—. ¿Qué me dices de él?

Janice frunció el labio superior como lo hacía cada vez que estaba enojada.

—Wren —dijo—. ¿Dónde está tu pequeño broche de cobre? ¿Por qué no lo llevas puesto? No lo perdiste, ¿verdad? —y sonrió.

Wren la miró desconcertada. No había objeto para negar o protestar, ya que se trataba de una norma antigua. Una de ellas tratando de ocultar sin conseguirlo; era hostilidad, rivalidad y crueldad y a la vez, lealtad, afecto y simpatía. Todas estas cualidades estaban confundidas de tal manera que cada sensación era complementada e intensificada por la opuesta. Trama y urdimbre en direcciones opuestas que se fortalecen una a la otra y que tanto se necesitan mutuamente para formar la tela.

Durante unos instantes no hablaron. Janice terminó su jerez, mientras miraba los cuadros sobre la pared roja. Se habían herido mutuamente y ya no tenían nada que decirse, pero se necesitaban una a la otra y no podían separarse.

Sonó el teléfono y Wren atendió con premura. Habló unos instantes y luego colgó.

—Era Roy Padget —dijo—. Han arrestado a Nicky, acusado de asesinato.

Wren permaneció en el centro de la habitación. Nicky, tan amable, maravilloso, tan lleno de sabiduría y ternura, el amigo de Adam que poseía su riqueza estética. El mismo que amaba los viejos manuscritos y los cuadros religiosos medievales, y a quien tanto gustaban los pergaminos. Nicky acusado de asesinato.

Janice se puso de pie, cruzó la habitación y tomó a Wren en sus brazos; ésta vio que tenía los ojos húmedos. Wren la acarició y súbitamente ambas rompieron a llorar desconsoladamente.

Nicky, el pobre Nicky estaba preso y entre ambas lo habían mandado a la cárcel.

7

Janice volvió temprano a la tarde siguiente. Entró, besó ligeramente a Wren en una mejilla y se dejó caer en un sillón. Echó el sombrero hacia atrás y desabrochó su saco liviano de color tostado.

—Traté de ver a Nicky —dijo, pero no me dejaron; tengo que verlo, Wren.

—¿Por qué?

—Porque soy una sentimental; fue mi esposo y no tienen derecho a mantenerlo alejado de mí.

—Díselo a Roy; él lo arreglará todo.

—Al diablo con Roy.

—Jan, ¿qué es lo que ocurre, realmente?

—Nada, tengo dolor de cabeza. —Descuidadamente se quitó el sombrero y lo dejó caer en una mesa cerca de ella; su pollera le llegaba hasta las rodillas—. Hay tanta confusión… Si por lo menos no hubieras firmado ese comprobante… Eso fue el principio de todo.

—Ya sé.

—Fue por tu culpa, Wren, y yo puedo muy bien verme enredada a causa de ello.

Wren se encolerizó y se volvió hacia Janice.

—Tú has hecho algo y ahora tratas de culparme a mí. Jan, ¿qué sabes acerca de ese retrato?

Janice se encogió de hombros.

—Lo siento, Wren; no quise decir eso. Son los nervios.

—Pero tú sabes algo y por eso estás aquí; cuando me invitaste a tu casa dijiste que me necesitabas y nunca me diste una explicación. ¿Para qué era, Jan?

Janice se rió.

—Si quieres saberlo, te diré que era una treta para que tú y Mort estuvieran juntos. Pensé que era tu tipo, Wren; le hablé de ti y lo tramé todo. ¿Había algún mal en ello?

Wren movió la cabeza; no, el mal estaba en otra parte. Janice tomó un fósforo y lo destrozó.

—Cuando Pedro lo supo se enojó y tuvimos una discusión.

—Estás inventado.

Janice arrojó los trozos del fósforo y comenzó a hablar con repentina animación.

—Debiste haberte casado con Wales, Wren; lo tenía todo planeado. Él tenía la edad exacta, dos niños y muchísimo dinero y pensé que una vez en la vida no ibas a poder escaparte de un hombre en cuanto empezara a hablar seriamente. Estaba loco por ti.

—Pero yo no estaba enamorada de él.

—Tú nunca te enamorarás, Wren, porque no quieres. Tienes veintisiete años, eres hermosa y puedes conquistar a cualquier hombre, pero no lo deseas; pronto serás vieja y será demasiado tarde.

—¡Janice!

—Bueno, es hora de que alguien te lo diga y estoy contenta de haberlo hecho aunque te hiera y… ¡Oh, Wren, no me mires así! ¿No ves que deseo tu felicidad? Pero eso nunca ocurrirá porque tú no lo permites —concluyó ceñudamente. Algo la impulsó, se sentó y continuó ansiosamente—: Tú no lo deseas, Wren; realmente es eso. Kip ha estado loco por ti durante años y tú siempre huiste de él —se dejó caer hacia atrás—. Me duele la cabeza —dijo—. Hace dos días que me duele.

Wren, herida y en actitud defensiva, pero un tanto avergonzada por las primeras palabras de Janice, pareció olvidar el ataque de ésta casi inmediatamente. Janice había estado enojada, malhumorada y no fue su intención decir eso. Ahora se inclinó hacia atrás exhausta y empequeñecida, con su pollera a la altura de las rodillas y una media torcida. Wren pensó con añoranza en la antigua Janice, frívola, impetuosa y llena de optimismo, unas veces mezquina y a menudo hiriente, pero desbordante de bondad y vitalidad natural.

Había cambiado. Desde su matrimonio con Pedro estaba transformada; él la embrutecía y profundamente debió haberlo sabido, pues, ¿por qué otra razón fue tan brusca con Wren y trató de que se sintiera miserable? ¿No veía acaso Janice lo que estaba haciendo?

—Puedes salvar a Nicky —dijo Wren bruscamente. Janice se encogió de hombros y bajó su pollera.

—¿Cómo? —preguntó indiferentemente.

—Diciendo que tú tenías el revólver y se lo diste a Wales.

—Eso no le ayudaría. Ellos dirían que Nicky pudo quitárselo a Wales.

—Pero cualquiera pudo hacerlo. ¿No te das cuenta qué terrible es para él, simplemente porque es su revólver?

—Desearía tener el coraje para decirlo, Wren, pero no lo tengo y no te dejaré a ti tampoco.

Wren permaneció rígida. Janice tiene razón, pensó, no puedo decirlo porque entonces Janice dirá que mentí al decir que estuve en casa, y la policía me arrestará y me hará confesar todo; entonces Nicky estará peor que nunca.

Wren se mordió los labios manteniendo la vista fija en Janice. Su mejor amiga, que mentía, conspiraba y odiaba, pero luego se arrepentía y terminaría por hacer lo correcto. Siempre lo había hecho, y lo haría esta vez también.

Repentinamente Wren recordó las palabras que Wales le había dicho en su última entrevista: «Eres demasiado leal, Wren. Janice podría cometer un crimen y tú la defenderías».

Pero Janice no había cometido un crimen; su idea era tonta.

—Wren —dijo Janice súbitamente—. ¿Qué ocultas?

—Nada —contestó Wren quedamente—; ¿me ocultas algo tú?

—Lo mismo —respondió Janice—. De manera que alegrémonos, y ¿lo olvidamos? Podríamos salir de compras, Wren; necesito un abrigo y tú puedes venir a ayudarme a seleccionarlo. Quiero algo arrebatador, que les haga saltar los ojos a los de la policía.

—No —dijo Wren.

—Hay un buen mozo en la comisaría local; se llama Mike y creo que él es quien le pegó a Pedro, y quiero agradecérselo.

—¿Qué piensa Pedro de todo esto? —preguntó Wren.

—Pedro no piensa —dijo Janice indiferentemente—; en este momento está en casa curándose el golpe. Cuando se cure saldremos todos a divertirnos. Llevaremos a Roy Padget. ¿Has salido con él ya?

—Sí, en efecto, lo veré esta noche.

—Bueno —dijo Janice titubeando—. Wren, ¿tienes una aspirina?

Se me parte la cabeza. ¿Por qué soy tan desagradable contigo? No quiero serlo, realmente, no quiero.

Wren trajo una aspirina y un vaso de agua, y observó a Janice mientras los tomaba. Janice dejó el vaso.

—Wren —dijo—, soy tan infeliz. Quizá yo podría ayudar a Nicky; pero tengo mucho miedo. Tú no sabes qué horrible es estar detenida. ¡Oh, Wren, desearía estar muerta!

—Porque estás traicionando a Nicky.

Janice asintió.

—Supongo que será por eso.

—Entonces, díselo; no puedes simplemente permanecer sentada, sin hacer nada.

—Sí, puedo; eso es horrible. Wren, eres la única persona que sabe algo de esto; nadie tiene la más remota idea.

Wren no contestó. Permaneció sentada derecha, rígidamente, odiando a Janice por su cobardía y sin embargo comprendiéndola, pues si Janice estaba ocultando algo también ella lo hacía, y si las razones de Wren eran nobles y desinteresadas, quizá las de Janice también lo fuesen.

Nuevamente a Wren le pareció escuchar la voz de Wales, fría, arrogante y profética. «La lealtad, Wren, puede exagerarse, y tiemblo al pensar qué sucedería si algún día tienes que dividir tus lealtades; si Janice y Nicky, por ejemplo, se enemistaran».

—¿Cómo lo había sabido?

Fue demasiado para Wren; sus emociones la ahogaban, la confundían e impulsaban sin dirección. Quería desahogarse y no le importaba cómo lo hacía.

—Jan —dijo—, mejor será que aclaremos esto ahora mismo; la policía no te detuvo durante toda la noche sin una poderosa razón. ¿Cuál es?

Janice se encogió de hombros.

—Creían que Pedro lo habría hecho y nos detuvieron a los dos hasta que comprobaron su coartada.

—Tú culpaste a Nicky —dijo Wren. Las palabras se le escapaban y sabía que no debía decirlas—. Estás usando a Nicky para proteger a Pedro; harías cualquier cosa para salvarlo. No te importa nada de Nicky, y lo has utilizado para tus propios fines. Ahora te remuerde la conciencia y por eso te duele la cabeza.

Janice parecía no oírle; contemplaba el espacio como si estuviera soñando con romances a la luz de la luna. Cuando habló, su voz parecía llegar de la distancia, embrujada:

—Te diré algo que no me atrevería a decirle a nadie más en el mundo: desearía que Pedro hubiese matado a Wales de celos por mí; entonces sería feliz. Estaría segura de Pedro para siempre y tendría un dominio sobre él que nada ni nadie podría quebrar.

—¿Tanto lo quieres? —preguntó Wren horrorizada y apenas creyendo lo que acababa de oír.

—Sí. Es terrible; supongo que tengo que poseerlo, pero él no me lo permite. Es un sinvergüenza de los peores, Wren; tú no sabes.

—Sé que te castiga.

—¿Esa sola vez? No te dije por qué fue aquello, pero nunca siente celos; francamente, no existen en él, Wren.

Janice se inclinó hacia adelante y su voz se convirtió en un susurro. Frotaba nerviosamente el delgado anillo de platino que llevaba en su mano izquierda.

—Wren, te contaré algo horrible, pero prométeme que jamás dirás una palabra a nadie. Wren, a él no le interesa que yo tenga relaciones; lo sabe y no le molesta; él quiere que las tenga por que le dan derecho a tenerlas él mismo con otras mujeres. ¿No es horrible?

Wren se sintió incómoda. Durante todos los años que había conocido a Janice, siempre habían retenido un dejo de orgullo; el respeto mutuo había formado parte de su amistad. Habían cambiado confidencias pero para divertirse y con afecto, nunca para avergonzarse, y la Janice que acababa de hablar parecía una extraña.

Janice se frotó la frente lentamente.

—Wren —dijo—, la cabeza se me parte; será mejor que me vaya.

Janice se puso de pie dificultosamente y comenzó a colocarse el sombrero, pero luego, quitándoselo, se lo puso debajo del brazo.

—Es inútil —dijo—, te sientas ahí tan llena de virtudes que nadie adivinaría que estuviste allí esa noche, ¿verdad? —Janice sonrió con cansancio y tocó el hombro de Wren—. Pero no diré nada, Wren, si no me obligas a ello.

Wren no se movió hasta que la puerta se hubo cerrado. Luego se dio vuelta y apretó su cabeza contra el respaldo de la silla, cerrando

los puños, sus uñas se hundieron en las palmas de sus manos, pero no lloró. Lo que sentía era demasiado profundo y confuso para el llanto; pensó en las cosas que dijera Janice, las indirectas e insinuaciones, pero el asesinato de Mortimer Wales era demasiado complicado para el cerebro de Wren, y, de todas maneras, probablemente no había nada que ella pudiese hacer.

Se puso de pie y comenzó a ordenar la habitación. Ella y Janice se conocían tan bien que Wren continuamente recordaba la acusación de Janice: «Nunca te enamorarás, Wren; pronto serás vieja y entonces será demasiado tarde». Pensó si quizá Janice no tendría un poco de razón; su manera de actuar y el temor ante la propuesta de Wales, el modo de postergar a Roy, miedo de enamorarse, deseando que el romance llegase lenta y sosegadamente como una novia avanzando hacia el altar.

Le ocurría algo, realmente; siempre había atraído a los hombres, pero al fin ellos se daban cuenta de que era inútil esperar y se alejaban.

Recordó el primer matrimonio de Janice y cómo ésta se deleitó. «Es joven, buen mozo y rico», había dicho Janice. Luego, haciéndole una reverencia a Wren, había comenzado a bailar mientras cantaba: «Dinero, dinero, simplemente millones y millones, antes morir que poseer menos».

«¿Solamente dinero?, —había preguntado Wren— ¿Es eso todo lo que quieres?»

Janice se dirigió bailando hacia ella y le besó una mejilla. «Eres un ángel en las nubes —había dicho—, no comprendes».

Realmente, ¿le ocurría algo a Wren?

Suspiró, fue hacia el baño y se lavó la cara; luego encendió la radio, y la música le hizo bien; sacó su costura y separó las medias que debía lavar; miraba continuamente el reloj. Después de un rato se confesó que esperaba a Roy, que deseaba su calor tranquilo y dulce, deseaba que la aliviaran y consolaran, no que la molestasen. Necesitaba a Roy; demoró mucho tiempo vistiéndose, se puso un traje color mostaza, de cintura ajustada y pollera amplia y se probó tres blusas antes de decidirse por la amarilla; cuando sonó el timbre su corazón comenzó a latir rápidamente; se detuvo para mirarse en el espejo y luego fue hasta la puerta, abriéndola.

Él entró en la habitación como si hacerlo fuera una ceremonia y

un privilegio; era callado, fuerte y capaz, tenía hombros anchos y un rostro chato; nada le hacía mella.

—Mira, Wren —dijo—, vamos a salir, iremos hasta el campo en el coche, cenaremos y olvidaremos el caso Wales; vamos a dedicar la noche a ti y a mí; nos divertiremos como la semana pasada, ¿está bien?

—Sí.

—¿No mencionaremos a Wales ni a Nicky?

—No.

—¿Quieres goma de mascar?

—Sí. —Ella sonrió y extendió la mano.

Roy hizo una mueca burlona de angustia.

—Santo infierno, no tengo. ¿Qué hago ahora?

—Ayúdame a ponerme el abrigo —dijo ella—. ¿Estoy bien?

—Estás hermosa. ¿Por qué no te pones el broche de cobre de Adam? Siempre lo usas y me gusta.

—Oh, para variar —dijo ella—. Lo he usado tanto que me he cansado de él.

—Está bien —dijo Roy. Su rostro ancho, chato y bondadoso le sonrió, no había sospechas en él, pero se acobardó. Primero Janice, ahora Roy. Wren pensó en cuántas otras personas notarían que ya no usaba el reyezuelo de cobre y cuántas de ellas aceptarían sus excusas.

Pensó en lo que Adam dijera cuando se lo dio: «Es el círculo del amor, el círculo mágico con un reyezuelo dentro».

«¿Solito?», había comentado ella riendo.

Adam había asentido «Todos estamos solos, siempre».

Una vez que hubieron bajado por las escaleras, se deslizó dentro del coche y se acomodó. Roy puso el motor en marcha y dirigió el automóvil con facilidad, a través del tránsito. Se encaminó hacia el campo abierto, hacia el oeste.

—Linda tarde —dijo.

Ella asintió:

—Sí, ¿verdad?

—A tu lado es más hermosa.

Ella observó su expresión; era cálida y tolerante y por primera vez desde que Wales fuera asesinado, Wren se sintió segura. Todo el día de hoy, el de ayer y el anterior, su cabeza había estado girando,

su mente haciendo preguntas y sus nervios contestándolas. Pero ahora no tenía nervios, poseía un cuerpo largo y hermoso, sentía una tibieza en su interior y una profunda sensación de bienestar que la atravesaba y se filtraba a través de sus poros envolviendo a Roy, a los dos dentro del anillo.

«Me gusta —se dijo— su sinceridad, su manera de reír, la forma en que me trata, a veces, como si yo fuese una imbécil. Es tranquilizador, pero me pregunto si puedo confiar en él o en cualquier otro.»

Suspiró y Roy volvió la cabeza para echarle una rápida mirada de aprobación.

—¿Algo tonto que te divierte? —preguntó.

—Sí, algo muy tonto.

—Bueno —dijo él—, sigue pensando en eso; no hay nada mejor en el mundo que un agradable y benévolo idiota.

—Nadie me ha llamado idiota antes.

—Nadie te ha comprendido verdaderamente; yo veo profundamente a la verdadera Wren.

Ella sonrió con placer; él era reconfortante como un zapato viejo, pensó, ninguna tensión ni esfuerzo, ninguna necesidad de impresionar.

Entró en la carretera y el automóvil se convirtió en parte de la corriente de tránsito; ni al conducir tenía él inseguridad ni tensión; confiaba todo a su reflejo y el coche formaba parte de un ritmo con él.

Trató de pensar en un tema de conversación; ¿Janice? ¿Lewis? ¿Coyle? ¿Nicky, que estaba en la cárcel? Todos eran temas prohibidos.

Por unos minutos había encontrado paz con Roy, pero ahora la sombra de Mortimer Wales se escurrió entre ellos y no pudo deshacerse de ella. La sensación de aguijoneo volvió; nervios, culpa, preguntas, preocupaciones, ¡la paz era una mera ilusión! Hasta los últimos quince minutos habían sido falsos; Roy le había prohibido que hablara sobre el caso Wales, no quería oírlo mencionar.

Lo miró furtivamente; sabía muy poco de él; dijo que era oriundo de Maine y que se había graduado de abogado y comenzado a ejercer cuando fue reclutado. Había actuado como bombardero en Alemania y fue prisionero de guerra durante dos

años.

«Esto me convirtió en un hombre cabal —había dicho—. El ejército era juego de niños, pero estando prisionero se aprende mucho; cuando volví, una ciudad pequeña me resultaba intolerable. Conseguí emplearme en el cuerpo de abogados del distrito, el cual abandoné después de dos años y me independicé.»

Al principio le había parecido una especie de abate honesto, un hombre simple que defendía a los inocentes; sin embargo, se había enterado del crimen antes que la policía. Wren debía tenerlo presente.

—¿Dónde vamos? —preguntó súbitamente y se sintió triunfante al haber hallado un tema de conversación.

—A un lugar que da sobre el lago Amawalk —dijo él—; un paisaje muy bonito, que te gustará.

—Sí.

La miró y sonrió.

—No estés tan asustada.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En nada.

Volvió a prestar él, atención al volante. Pasados unos minutos dijo Wren:

—Amawalk, ¿no es un nombre indio?

—Desde luego —dijo Roy—; quiere decir, *el lugar del crepúsculo de amor de dos personas en el mismo lugar, y al mismo tiempo, una de las cuales se llama Alberto*.

—Es un idioma maravilloso, ¿sabes más palabras?

—Ya lo creo: Wren.

—¿Qué quiere decir?

—Es una contracción de dos palabras más largas; significa, *Adorable Tonta*.

—Oh.

Durante el resto del viaje hacia el restaurante continuaron así, por momentos conversaban y otros permanecían silenciosos. Ambos estaban pensando en Nicky, pero habían prometido no mencionar el asunto, eran carácteres firmes y mantenían su palabra.

El restaurante tenía una vieja estructura de madera, con pórticos curvos que ya estaban en desuso, los salones interiores, al igual que

la entrada, eran modestos, habían sido construidos como un hogar y no podían ser otra cosa, y era precisamente esta condición mitad hogareña y mitad restaurante la que daba encanto al lugar. Wren siempre lo recordó como, *el restaurante tranquilo*.

Se ubicaron en una mesa cercana a la ventana que daba al lago. Wren dijo:

—Roy, es encantador.

—Todo es encantador cuando tú estás conmigo.

—Gracias —dijo y no se le ocurrió nada más.

Roy frunció el entrecejo.

—Mira, somos seres humanos; sigamos preocupándonos o divirtiéndonos; pediré los copetines y no habrá más temas prohibidos.

Wren se sintió más tranquila.

—¿Qué le ocurrirá a Nicky? —preguntó inmediatamente.

—Lo citarán y luego será juzgado.

—Nicky es inocente; ¿por qué lo creen culpable si no lo es?

—Han encontrado datos del revólver —dijo Roy—; lo compró hace cinco años y tienen pruebas; creen que pueden demostrar que vendió un cuadro falso a Wales y que éste intentó entablar juicio contra él. Eso hubiera llevado a Nicky a la bancarrota y por ese motivo lo mató; todas las pruebas acumuladas en su contra son suficientes para condenarlo.

—El cuadro no era falso.

—¿Estás segura? —preguntó Roy. Clavó sus ojos en ella como absorbiéndola y aceptándola; no la estaba juzgando, más bien trataba de analizar su propio juicio para poder pensar como ella sin dudar.

—Roy —dijo ella—, pensé muy a menudo que pudiera estar equivocada; mi opinión puede ser errónea, pero todo lo que puedo hacer es decir lo que pienso. Adam pintó el cuadro.

—Sé que eres sincera Wren, no me cabe la menor duda.

—Una nunca puede estar segura. Hay cuadros famosos en todos los museos del mundo, sobre los que se duda, por ejemplo: el famoso *Bacchanal*, que es una de las obras maestras del Renacimiento veneciano. Algunos expertos creen que es de Bellini y otros afirman que es de Basaiti; hay también un Ticiano en Detroit que resultó ser una obra de Tintoretto; en Italia hay un cuadro que

se creía de Verocchio y pertenecía a Leonardo de Vinci. El autor no tiene importancia, ya que de cualquier manera son obras maestras.

—Todo parece muy complicado —dijo Roy.

—Es complicado; cuando vi *Wren inconclusa,* ¿cómo podía saber que era falso? No tengo tanta imaginación; es una obra de arte, un gran cuadro y todo el mundo lo sabe; es difícil evitar su exhibición; sin embargo, es posible que otros expertos no estén de acuerdo conmigo aun siendo honestos. Obré de acuerdo con lo que creí correcto, dije lo que pensaba y no puedo hacer más.

—Ya veo —dijo Roy—; tú quieres decir que el estilo, concepto y todo lo esencial de Kalish está en ese cuadro, y tienes que defenderlo porque lo consideras auténtico.

Wren asintió.

—Sí. No había profundizado en ello, pero veo que tienes razón; estoy convencida de que es auténtico y no tengo otro camino a seguir.

—Puede ser —dijo Roy—, pero eso no ayudará en nada durante el juicio. El mérito artístico no se discutirá; se tratará de saber simplemente si fue pintado por Adam Kalish.

—Sí, lo pintó él.

—Todo el asunto —dijo Roy—, se vuelca en ese cuadro; en estos momentos, la policía lo tiene en su laboratorio. Si no tuvieran seguridad de poder demostrar que es falso, no se atreverían a arrestar a Nicky. De modo que enfrentemos el caso, Wren: se trata de tu opinión contra la prueba de ellos.

—¿Cómo podría ser una imitación? —preguntó Wren—. El trazo rojo en el ángulo izquierdo demuestra que es el original. —Describió la escena en la cual Adam lo pintó—. ¿Ves? —concluyó—, ¿qué mejor prueba puede existir?

Roy movió la cabeza.

—Es una historia interesante Wren, pero por ejemplo, Nicky podía haberlo copiado hace doce años. ¿No era él en ese entonces el representante de Adam?

—Nicky jamás falsificaría un cuadro; en segundo lugar no pinta tan bien como para hacer una imitación, y aunque pudiera, no lo haría, pues respeta mucho a Adam.

—Los jueces —dijo Roy— son animales raros; veinticuatro oídos y todos oyen de distinta manera.

—Le preguntaré a Nicky si antes había visto el cuadro —dijo Wren—, a mí me dirá la verdad.

—Te aconsejo que no lo entrevistes —dijo Roy.

—¿Qué? ¿No ver a Nicky? ¿Por qué?

—Es cuestión de estrategia.

—Es tonto, Roy; cuando los amigos están en dificultades hay que ayudarlos. Nicky me necesita y no pienso abandonarlo.

—Soy tu abogado y te aconsejo en carácter de tal —dijo Roy—; te preguntarán cuantas veces lo viste después que fue arrestado y harán que todo parezca una confabulación; te verás en un aprieto y perderás valor como testigo.

—Pero los clientes son seres humanos y alguien tiene que ayudarlos a mantener su estado de ánimo; aunque sea una buena estrategia, puede estar equivocada.

—No lo está —dijo Roy—; palabra de honor. —Pareció molesto por algo—. No te daré más consejos, Wren, porque voy a abandonar el caso.

Wren se sintió estremecer y su mente se tornó débil, vacía, inútil, carraspeó y abrió la boca, pero lo que pudo decir fue:

—¿Qué?

—No me ocuparé más del caso de Nicky; no puedo.

—¿Por qué?

—Porque creo que mató a Wales.

—¿Por qué? —preguntó Wren—. Debes tener algún motivo; no puedes adivinar lo que ocurrió, hay alguna razón que tú me ocultas.

Roy frunció el entrecejo y a través de este gesto ella presintió su duda; las fuerzas volvieron a ella y se preguntó por qué las primeras palabras de Roy la hicieron sentir tan indefensa. Probablemente fueron éstas las que produjeron esa sensación de seguridad que sentía ahora. Nicky no podía haberlo hecho; Nicky, que no tenía más amigos que ella; Janice estaba contra él al igual que la policía y ahora también lo estaba Roy; ella era la única que creía en él.

Wren sintió una especie de satisfacción, ya que por fin podía hacer algo para ayudar a Nicky: podía hacer que Roy creyera en él. Su fe en Nicky era tan inmensa que podía convencer a cualquier persona.

Wales la había acusado en una oportunidad de ser demasiado leal, mas esto no era cierto.

—¿Por qué? —repitió en voz alta y vibrante.

—Principalmente por la forma en que Nicky se comporta; no confía en mí; hay algo que oculta. A la policía no le respondió una sola pregunta, ni sobre el asesinato, ni acerca de sus relaciones con Wales; se niega a hablar, no revela el origen del cuadro, si vio a Wales, dónde estuvo toda la tarde; lo oculta todo. No confía en mí que soy su abogado… —Roy se encogió de hombros y gesticuló con las manos.

—¿Por qué habría de confiar en ti? —preguntó Wren—, ¿acaso eres perfecto?

Roy hizo una mueca.

—Trato de ser sincero.

—Si eres tan sincero —dijo Wren—, ¿cómo te enteraste del crimen a las ocho, si la policía no lo supo hasta las nueve?

—Sabía que me dirías eso, Wren, ¿te preocupa?

—Un poco.

—No lo puedo explicar —dijo—. No tengo derecho; hay ciertas cosas que se le confían a un abogado, así como a un médico o a un sacerdote.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó bruscamente—. ¿Nicky? ¿Janice? ¿Quién?

Roy movió la cabeza lentamente.

—No, no preguntes; ya te dije…, no creo en la inocencia de Nicky.

—Pero Roy, tú no lo conoces. En cambio yo hace muchos años que soy su amiga; Nicky es gentil, amable, comprensivo y galante: vive en las nubes, es como los caballeros que aparecen en las páginas de los manuscritos medievales; lo conozco, Roy, y sé cuánto estará sufriendo separado de todo lo que ama; súbitamente lo acusan de esta monstruosidad, lo encarcelan y lógicamente teme hablar pensando que cuanto diga será usado en su contra. Necesita fe, amigos y ayuda; tú has sido su abogado, Roy, y si lo abandonas, lo matas, ya que destruirás la poca fe en sí mismo que aún posee. Tú no harás eso porque no te lo permitiré.

Roy sonrió, y ella comprendió que media batalla estaba ganada.

—¿No me dejarás? —dijo él.

—No; estuve tratando de ver los hechos como un contador, poniendo en un lado lo que está a su favor y en otro lo que está en

su contra, pensándolo después. ¿No es posible que todos hablen en su contra y que sin embargo exista una explicación completamente distinta?

—Todo es posible —dijo Roy—, pero ¿dónde está la otra explicación?

—Aún no ha aparecido y puede que no aparezca nunca, pero está el mismo Nicky que no es un asesino; ¿no se te ha ocurrido que él no habla porque no puede? Tú ocultas algo, ¿por qué no puede hacerlo él? Quizá esté protegiendo a alguien y teme hablar por no comprometer a alguna otra persona en este asunto.

Concluyó sin respiración y vio el cambio operado en Roy; lo que ninguno de los dos quería admitir aunque había estado en la mente de ambos, era la certeza de que ella estaba enredada en el caso; Wren no lo había dicho, pero las palabras estaban en el aire y se percibían tan claramente como si las hubiese pronunciado, como si sus últimas palabras hubieran sido realmente, «Por temor a envolverme a mí en este caso».

Las palabras parecían flotar entre ellos, y Wren esperó ansiosamente que surtieran efecto.

—No pensé en ello —dijo Roy serenamente.

Ella esperó un rato y luego dijo:

—¿Ves?, simplemente debes ayudarlo; te necesita, Roy; sólo nos tiene a nosotros; debes ocuparte de él y creer en su inocencia, ¿lo harás?

Roy tardó en contestar, levantó su vaso como para un brindis; ella sintió su integridad, sólida, inamovible, como una roca.

—Sí —dijo él—, creeré en él, mientras tú lo hagas. Lentamente ella levantó su vaso y tocó el de él.

—Sí —susurró ella radiante de fe y sonriendo.

Roy Padget pareció empaparse con la fe de ella; levantando su estado de ánimo, comenzó a hablar de su hogar en Maine, de los pescadores, de las trampas para cangrejos y de la banda del pueblo, de la que formaba parte.

—Revolucioné mucho el ambiente con esa banda; no tenía mucho trabajo en ella y trataba de encontrar sitios dónde introducirme para hacer grandes estrépitos. Después de un tiempo, los que me oían me señalaban cada vez que creían que había tocado bien.

Wren sonrió; gradualmente comenzó a hablar ella también sobre sus anécdotas, sobre Adam y Janice, la vieja Janice, desde luego, la que vivía con Wren antes de iniciar sus aventuras matrimoniales. Cuando Roy miró el reloj eran las diez.

—Es mejor que volvamos —dijo—, tomemos un trago afuera y emprendamos el regreso, ¿qué te parece?

Wren asintió, se pusieron de pie, y fueron hacia el bar; Roy pidió dos copetines y se retiró por un momento mientras Wren bebía pensativa. El restaurante estaba casi vacío. El mozo no atendía otros clientes, y estaba leyendo el diario lentamente.

—Se está muy bien aquí —dijo Wren.

El mozo levantó la cabeza.

—Sí, es un lugar muy bonito; vienen muchas celebridades, porque es muy tranquilo y nadie los molesta —dobló el periódico y repitió el último comentario—. Vienen muchos, los buenos, los malos, los felices y desdichados.

—Debe ser interesante —dijo Wren.

—Puede ser, pero no se puede llamar a nadie interesante hasta que le suceda algo —señaló el diario—. Por ejemplo, Mortimer Wales, que fue asesinado, vino aquí varias veces, lo recuerdo muy bien, era un individuo pequeño, siempre muy bien vestido. Vino dos veces con la misma chica, pero ¿interesante? Yo no lo llamaría así.

—¿No? —dijo Wren, tratando de disimular su interés— ¿Cómo era la chica? ¿Era interesante?

El mozo miró de soslayo e hizo una mueca.

—Se parecía a usted, señorita, con la diferencia de que tenía ojos azules y cabello más claro. Lo raro era la forma en que bebía, jerez y *cognac*, alternadamente; se me ocurre que esto la hacía interesante, ¿no?

Wren no respondió, se adelantó hacia el vaso, mientras su cartera que sostenía débilmente bajo el brazo, resbaló golpeando el suelo.

8

Roy levantó la cartera, se enderezó y al entregársela dijo:

—Toma.

Ella se volvió al oír su voz, encontrándose frente a un hombre de cara ancha y chata; un pensamiento cruzó por su mente: él me puede ayudar, es muy amable, pero…, ¿quién es?

En ese instante de confusión, las ideas que no había expresado, los temores que había alegado y las sospechas que no pudo enfrentar eran la cruda realidad. Ahora las percibía, agudas, definitivas y evidentes. El mundo exterior de los ojos y los oídos era oscuro y confuso. La había engañado y no confiaba en él.

Este fenómeno duró unos instantes; tenía la impresión de estar atravesando un bosque durante largo rato para llegar de repente a un claro. El valle de las razones y evidencias se extendía frente a ellos; no se había dado cuenta de lo empinado que se había vuelto el camino, ni de que ella había llegado tan lejos. La sorpresa era enorme, pero después de unos instantes atravesó el claro y estaba envuelta nuevamente en el bosque.

No era su mente la que había reaccionado, sino algo exterior que había influido sobre ella, dejando su huella. Posteriormente, le fue posible recordar todo y examinar cada detalle con lógica, pero en ese momento una sola cosa tenía importancia; ella sabía quién había matado a Mortimer Wales.

Pese al descubrimiento, estaba seria; miró a Roy y titubeó antes de contestar, mas su duda fue muy breve.

—Gracias, Roy —dijo—. Soy una tonta que la dejé caer. Se dirigió al toilete y se miró en espejo casi sorprendida al ver que continuaba siendo Irene Venice.

Comenzó a temblar y se preguntó cómo haría para llegar hasta el coche y enfrentar a Roy; pensó en fingir estar enferma, en rendirse a sus deseos de gritar, de desmayarse, o de llorar histéricamente.

Esto era muy tonto, tenía que continuar viviendo pese a su

descubrimiento y acostumbrarse a él. Estaba trastornada porque percibía las cosas agudamente y porque Janice había estado siempre tan cerca de ella.

Wren trató de reconstruir los motivos de su descubrimiento y volvió a pensar en ellos con la esperanza de encontrar algún punto débil; podía estar equivocada, haber construido una fantasía.

Una vez más recordó las palabras de Mortimer Wales sobre Janice y un probable asesinato «Janice podría cometer un crimen y tú la defenderías». ¿Cómo pudo anticiparse tanto al futuro? Era como si hubiese presentido su propia muerte y los disgustos que esto traería a Wren. Sus lealtades divididas entre Janice y Nicky en forma absoluta e irreconciliable.

Percibió que el enredo de Janice en un asesinato había sido siempre inevitable; su impetuosidad, sus relaciones con Wales, sus visitas secretas hasta allí, su intento de casarlo con Wren, el episodio que tuvo lugar en el campo, donde Pedro debió haber descubierto y castigado a Janice por sus amoríos con él; Wren pensó finalmente en los extraños incidentes ocurridos en el estudio de Adam Kalish; la certeza de Wales de que Janice había matado a Pedro y las extrañas palabras entre Wales y Janice cuando ésta le hizo entrega del revólver. Las relaciones desaparecidas habían comenzado allí.

Wren comprendió también por qué no le contestó nadie cuando atendió el teléfono en casa de Wales; era Janice la que llamaba, había reconocido la voz de Wren y cortado la comunicación por temor a que ésta la identificara. Janice sabía que el revólver estaba allí y que la muerte urdía su trama.

Wren tomó el lápiz labial y lo pasó lentamente sobre sus labios. Unos minutos antes se había convencido de que Janice había matado a Wales y este pensamiento había sido aterrador. Ahora que volvía a pensar en ello notó que no existía tal certeza. Había, eso sí, poderosas evidencias contra Janice, pruebas que la policía desconocía. Sin lugar a dudas, Janice estaba muy comprometida y esto era peligroso. Quería decir que Wren debía estar siempre vigilante, que debía mentir y ocultar, evitando hasta el mínimo desliz.

Si, por ejemplo, ella le hacía a Roy la menor insinuación sobre las relaciones de Janice y Wales, éste lo diría a la policía. Era su

deuda para con Nicky, a quien había prometido defender y que tanto dependía de él. Todo esto porque ella, Wren, había provocado esta situación.

Roy. Ella sintió su bondad, su fuerza y sintió deseos de llorar. Roy, ¡oh, Roy!

Tristemente dolorida porque debía volver a una situación en la cual debía fingir, guardó el lápiz labial y se miró por última vez en el espejo. Su belleza la turbó un poco y volvió a repetirse la tarea que le aguardaba: debía embeber a Roy con fuerza y resolución para probar la inocencia de Nicky; al mismo tiempo, debía proteger a Janice y defenderla, pero ¿cómo hacerlo?

Salió del *toilette* y encontró a Roy esperándola.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Sí —asintió débilmente, sonriendo.

Estaba silenciosa, insegura, mientras bajaba por las escaleras del restaurante. Dentro de algunos instantes, estaría a salvo, en el coche, protegida por la oscuridad y rumbo a casa. Por suerte no debía entretener a Roy, ya que a él no le molestaba su silencio; ella diría que no tenía voluntad de conversar y él quedaría conforme.

Mantuvo la puerta abierta hasta que Wren entró y se sentó; se sentía cansada, exangüe, y tenía la impresión de que Roy y sólo Roy podía ayudarle a recuperarse. Él podría de algún modo sustraerla del abismo en que se encontraba y volverla a la realidad reviviéndola.

Entró al coche y se escurrió detrás del volante, sin poner el motor en marcha.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él.

—¿Ocurrir? —Notó que podía hablar en el tono de voz habitual, que podía fingir, éste era un descubrimiento sorprendente y descubrió un segundo milagro, el de la claridad y esplendor de su fuero íntimo, se sintió aliviada, casi feliz—. ¿Ocurrir? —dijo ella—. Bueno, me dijo quién mató a Mortimer Wales.

Roy rió a carcajadas.

—Eres muy extraña, Wren; cuanto más cerca estoy de ti, cuando creo alcanzarte, logras huir nuevamente.

—Sí —dijo ella sorprendiéndose de su propia respuesta—. Sí, siempre huyo, Roy, ¿por qué lo permites? —Se volvió hacia él, dando con esto mayor énfasis a sus palabras.

El rostro de él, apenas visible en la semioscuridad, pareció alargarse, volviéndose más austero y solemne; había una intención premeditada y obstinada en su silencio. Ella tuvo la impresión de que la estaba llevando lentamente a un callejón sin salida; se estremeció.

—¿Qué quieres decir? —dijo él levemente.

—Sí, Roy, sí.

Puso sus manos sobre los hombros de Wren, quien se sintió estremecer agudamente. Ocurrió en ese preciso instante; era como volver a nacer, como la primera percepción, como una creación; la besó y toda ella se sintió glorificada. Luego se apartó mirándolo con sus ojos castaños brillantes.

—Es maravilloso —dijo él como si se hubiese preparado para ese momento muchas veces—. Es sinceridad, comprensión, entre dos seres; cuando vi tu retrato con el traje de baño, me dije a mí mismo: «Debo encontrarla». Cuando la encontré vi que era hermosa y la amé, sin importarme cómo, pero ahora sí me importa; debe ser con sinceridad, comprensión, así o nada, Wren; éste es el principio y debe comenzar bien.

—Sí —dijo ella—; sí, Roy, es la única palabra que sé decirte.

Había ocurrido; ahora toda su vida tenía otro sentido. Sin embargo, cuando trató de volver a besarla no se lo permitió, no podía.

—Ahora no, Roy, conduce; quiero quedarme aquí sentada y mirarte sin hablar.

—Eres extraña —dijo pensativamente—. ¿Te gustaría que te propusiera matrimonio?

—Déjame que lo haga yo —dijo ella.

—No; los Padget hacen ellos mismos estas proposiciones y todo lo que hacen sus mujeres es firmar la partida matrimonial; puedes escribir tu nombre, ¿verdad?

—Sí —contestó ella sonriendo.

—Bien; entonces no debes preocuparte de nada más.

Puso el coche en marcha y Wren permaneció muy cerca de él. Sintiéndolo a su lado, al oír su voz y pensar que pasarían el resto de su vida juntos, sintió una nueva excitación. Deseó con ahínco demostrar que lo amaba, demostrárselo a él y a sí misma. La doble personalidad que había pensado asumir unos minutos antes era ya

imposible. No tenía valor ninguno, igual que un vestido viejo que hay que tirar.

—*Roy* —dijo súbitamente— no estaba bromeando cuando te hablé del mozo.

—¿Qué información te dio?

—Roy —comenzó y se interrumpió; necesitaba su promesa de silencio y odiaba pedirla.

Él pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Nuestro secreto, Wren —dijo.

Sonrió ella para sus adentros, pensando cuán cerca estaba de él y qué maravillosa era su compresión; había allanado sus dificultades.

—Dijo que Janice y Wales solían venir juntos acá; tenían relaciones amorosas.

—¿Esas son las grandes novedades? La policía lo supo al día siguiente del crimen y por eso la detuvieron.

—¡Oh! —Wren se sintió muy tonta; el descubrimiento que la conmoviera tan profundamente era un hecho conocido al que nadie le daba mayor importancia.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó.

—Me lo dijo Pedro; él pensó que era algo intrascendente.

—¡Pedro! ¿Por qué te lo dijo?

—Somos compañeros desde hace mucho tiempo; pensé que ya te lo había dicho; estuvimos juntos en el ejército y más tarde conocí a Nicky por su intermedio.

—Odio a Pedro —dijo ella.

Roy hizo una mueca.

—Pedro es un buen muchacho y recuerda que si no lo hubiera conocido a él, no te habría encontrado a ti.

—No lo puedo soportar.

Roy la miró furtivamente.

—No quiero herir tus sentimientos, Wren, pero hace muchos años que conozco a Pedro, y sé de sus defectos; no me dejo engañar por él, pero…

—Por favor —dijo Wren—, no quiero que hables de él.

—De acuerdo, no volveré a mencionar su nombre, lo juro; pero nunca comprenderé cómo te convenciste de que tu mejor amiga cometió un crimen por el simple hecho de que el mozo pronunció

una palabra sobre el escándalo. —Roy murmuró para sí mismo—: Serás una esposa muy interesante, Wren, te lo aseguro.

Ella comenzó a reír.

—Roy, ¿te das cuenta de que casi sostuvimos la primera discusión?

Sonriendo le contestó:

—Con el tiempo podremos hacerlo mejor, Wren, si lo intentamos.

Se despertó a la mañana siguiente con la impresión apenas perceptible de que se hallaba en el estudio de Adam Kalish y que le oía moverse en el balcón; cuando abrió los ojos vio el blanco cielo raso y las ventanas que daban a las paredes de ladrillos de la casa de departamentos vecina. Estaba en su dormitorio y, por primera vez en su vida, estaba contenta de hallarse allí y de no ser ya la jovencita perdida en su sueño de Adam Kalish.

Pensó en su nuevo estado. En lo profundo de su ser percibía una fuerza impetuosa como si hubiera despertado finalmente a la felicidad, que aumentaría y la envolvería a ella, atravesando el universo.

Respiraba lenta y profundamente; se frotó los ojos sintiendo sus brazos, sus piernas y su corazón. Ya no andaría más a tientas, ni descubriría un gran vacío o una frustración al final del camino, porque esto ya había terminado.

Sus problemas ya no la atormentaban; tenía a Roy, podía confiar en él y compartirlo todo, hasta su visita a casa de Wales; le podía confiar todos los detalles.

Se preguntó cómo reaccionaría; supuso que le diría: «¿Así que lo visitaste la noche fatal?»

Le había aclarado su descubrimiento sobre Janice y quizá tuviera razón, pero Janice sabía algo que ocultaba. Se sentía asustada, culpable, se estaba castigando a sí misma y prácticamente había amenazado a Wren. Roy sabía casi todo esto y sin embargo no había tomado en serio la acusación de Wren.

Ella se preguntó por qué, dado que era tan obvio que Janice había matado a Wales o por lo menos que sabía quién lo había hecho. ¿Pedro? ¿Habría sido él?

Pedro era amigo de Roy; Wren debía tenerlo presente. Luego recordó que Roy se había enterado del asesinato antes que la policía

y se había negado a comentar el asunto. ¿Estaba protegiendo a Pedro?

Wren movió la cabeza. No, era imposible. Roy no podía permitir que Nicky fuera juzgado sin confesar lo que él sabía y que podía ayudar a aclarar su situación.

Wren trató de no pensar por qué sus pensamientos la llevaban siempre a la misma conclusión; Roy estaba complicado en este asunto. No era un simple abogado solamente con intereses profesionales; conocía a todas las personas de este caso y estaba ligado a todas ellas.

El estado de embriaguez comenzó a disiparse; se lavó, vistió y tomó el desayuno, pero las ideas continuaron martillando su cerebro. Roy sabía tanto, que había notado desde el comienzo que al dar autenticidad al cuadro acarrearía serias dificultades. Le había prevenido y tratado de detenerla. Le propuso matrimonio a la hora de conocerla, impulsivamente, como si ignorara lo que significaba el matrimonio, igual que sus padres, haciendo una prueba y esperando que saliera bien, divirtiéndose sin pensar en las consecuencias.

Era demasiado repentino y Wren sabía poco y nada de Roy; sólo que había formado parte de la banda de su pequeña ciudad, que estuvo en el ejército y que era abogado.

Él la cuidaba, pero había algo más. No debía dejar pasar por alto su primera reacción, cuando vio el retrato y el conocimiento anticipado del crimen, o sus comentarios al ver que ella no usaba el reyezuelo de cobre que pareciera tan carente de importancia la noche anterior. Era abogado de Nicky y amigo de Pedro, y toda vez que ocurriera algo Roy estaría en el medio; ella lo amaba, pero se preguntó si debía hacerlo.

Estaba trastornada; ya no podía confiar en Janice y ahora tampoco podía hacerlo en Roy. El mínimo sentido común aconsejaba no mencionar su visita a casa de Wales, o por lo menos no hacerlo hasta que Roy dijera quién lo había informado del asesinato.

Llamaron a la puerta y Wren, apartando los utensilios del desayuno, fue a abrir. Era Kip; tenía un gran paquete debajo del brazo. Kip no era astuto ni necesitaba serlo.

—Hola, Wren —dijo—. Me mandó Jan.

—¡Oh! —sonrió y se dijo a sí misma que si Kip era mensajero, debía usar uniforme; entonces vio que lo llevaba puesto.

—Entra —dijo Wren—; creo que tengo un poco de café. ¿Tomarás una taza, Kip?

—¡Cómo no! Gracias.

Entró y puso el paquete sobre la mesa del desayuno. Tomó el papel cuidadosamente para no romperlo y tuvo cuidado de no dar vuelta el álbum de discos. Cuando ella vio que se trataba de la sinfonía de César Frank, sintió una sensación desagradable.

Se volvió rápidamente y fue hacia la cocina en busca del café. Sabía lo que esto significaba: que vendría Janice. Se sentaría en el sillón grande y cómodo, tomaría jerez y coñac todo el día y le dolería la cabeza. No diría nada directamente, pero hablaría sobre sus problemas, cargándolos gradualmente sobre los hombros de ella, convirtiéndolos en problemas de Wren, hablando sin interrupción sobre Pedro, sobre ella, Nicky y Kip.

Wren volvió con el café y retiró el colador. Sirvió una taza para Kip y retiró los discos del álbum a un tiempo. Pensó en Janice, cuando los pasaba una y otra vez y en el sonido estridente de la música, al comenzar, cuando Wales encendió la luz. Enojándose súbitamente, Wren tomó los discos y los destrozó contra una esquina de la mesa.

Kip dio un salto, derramando el café.

—¡Epa! —dijo—; cuestan ocho dólares —y prosiguió—: Janice quiere hablar contigo. Está en un aprieto; no puedes abandonarla.

Wren dio un puntapié a un trozo de disco.

—¿Qué clase de aprieto? —preguntó serenamente.

Kip se encogió de hombros.

—Todos estamos envueltos en esto, ¿verdad?

Wren se sentó en el brazo del sillón; sus largas piernas colgaban y sus pies se balanceaban a una pulgada de la alfombra. Su busto se delineaba a través de la suave tela roja de su vestido. Sonrió suavemente.

—Kip —dijo—, somos viejos amigos; no debemos tratarnos de mala manera, ¿no es cierto?

—¿Cómo? ¿Rompiendo discos? —preguntó.

—Nunca me perdonarás eso, ¿verdad? Es como si hubiera roto una propiedad del gobierno.

—Es una propiedad.

—Kip, tú estabas con Pedro y Jan cuando discutieron en el campo. ¿Por qué fue?

Kip tardó largo rato en responder; sus ojos vacilaron y los desvió.

—No sé —dijo.

Wren se puso de pie tomando las manos de él entre las suyas. Al sentir que temblaba tuvo remordimientos, pero Kip sabía. Él conocía el motivo de la pelea, y Wren también debía saberlo.

—Kip —dijo—, debemos confiar mutuamente. Tú sabes lo que siento por Janice; de no ser así, ¿no crees que se lo hubiera contado a la policía hace tiempo?

Kip quedó sorprendido y asustado.

—¿Entonces tú lo viste? ¿Wales te llevó al estudio esa tarde y tú lo viste?

—Sí —dijo, y recordó que había visto a Wales parado en puerta del estudio, con una hoja de papel arrancada de un anotador. Wales la había doblado dando golpecitos suaves contra la puerta, pero ¿que sería?—. ¿El boceto? —preguntó ella.

Kip se estremeció.

—No —dijo roncamente—; prométeme no mencionarlo nunca a nadie, pero no lo esgrimas contra mí, por favor, Wren.

—¿Por qué?

—Mira, Wren, yo me voy; me trasladaron a la sucursal de Denver. Janice lo arregló todo; me voy ahora mismo, desde aquí. Lo olvidaré todo y no volveré a pensar en ello, ¿comprendes?

—¿Qué era, el boceto? —preguntó ella serenamente.

Levantó la cabeza y abriendo su boca pequeña emitió una carcajada.

—No, no lo sabes, realmente; has estado tratando de sonsacarme.

—¡Kip!

—No; estuve con la policía y ahora me voy, no debí haber venido acá; se lo dije a Jan. Mira, Wren, me voy; adiós y buena suerte.

Tomó su sombrero y en cuanto se volvió ella lo asió.

—¡Kip! —gritó— Quiero saber la verdad: ¿qué era el boceto, por qué era tan importante? ¿Quién mató a Wales?

Kip quedó paralizado y por primera vez en su vida le pegó a una mujer.

Wren yacía en el suelo, con los hombros contra la silla, Cuando oyó que la puerta se cerraba con estrépito. Durante largo rato no se movió.

Kip, que era tonto para todos, poseía la fuerza obstinada que sólo los débiles pueden tener. ¿Era a Kip, y no a Pedro, a quien Janice estaba protegiendo?

9

Wren se levantó, tomó un escobillón y una pala y recogió los trozos de los discos, los llevó al incinerador y volvió a la habitación.

—¿Qué sabía Kip, realmente? ¿Y qué había descubierto ella en resumen? No mucho, ya que en lo que se refería a Kip era ridículo pensar que estuviera envuelto en un crimen. No, Kip era solamente el hermano menor de Janice. Cuando eran niños, Janice siempre lo había utilizado; lo mandaba a hacer largas caminatas, lo acusaba cuando ella era la culpable, lo quería cuando a ella le convenía y si no, no le daba importancia. Ella era más bonita, mayor, más encantadora y él hacía siempre lo que ella ordenaba.

Las relaciones habían continuado sin cambios cuando crecieron. Unos años atrás, Janice decidió que Kip tenía figura para actuar en Wall Street y le consiguió empleo en la firma de su primer esposo. Por lo visto, aún tenía influencia allí, ya que había conseguido el traslado de Kip.

Durante mucho tiempo, Wren estuvo bajo la influencia de Janice tanto como Kip; la dominaba, ella había protegido y cuidado a Wren como una hermana mayor. En la escuela, Jan había allanado el camino y más tarde se había encargado de la carrera de Wren, presentándola a quien correspondía y construyendo su reputación. Wren siempre se había mantenido dentro de los límites trazados por Janice.

Pero Wren se había emancipado; el caso Wales lo demostraba. También era muy significativo que no le hubiera dicho nada a Janice sobre Roy. Antes, se habría apresurado a solicitar la aprobación de Janice y no se hubiese sentido cómoda no haber consultado todo con ella.

Sin embargo, Wren tenía la sensación de que no era sincera consigo misma. En realidad, una de las razones que influyó en su parquedad con respecto a Roy era el temor de que Janice tratara de robárselo. En oportunidades anteriores había ocurrido con frecuencia. En cuanto Janice veía que alguien estaba interesado en

Wren, comenzaba a coquetear, y no lo hacía por maldad; no podía controlar sus reacciones. Indudablemente, esta situación provenía desde la infancia, provocada por Adam y relacionada con el momento de la pelea y los tirones de cabellos. Adam había preferido a Wren; los celos de Janice jamás pudieron aplacarse y la dominaban inexorablemente.

Irene Venice no vio a Roy esa noche; él la llamó por teléfono para comunicarle que había ocurrido algo importante. No explicó de qué se trataba, ni ella le preguntó; Wren dijo:

—¿Mañana?

Y él contestó:

—Sí.

Eso fue todo; Wren se dijo a sí misma que no tenía importancia y que los abogados trabajaban hasta muy tarde. Tenía autos jurídicos en que pensar, ponerse en contacto con clientes y sus días no terminaban siempre a las cinco de la tarde cuando dejaban la oficina.

Sin embargo Wren estaba preocupada. Roy debía haber venido, después de lo ocurrido la noche anterior. No podía haber ningún obstáculo que lo impidiera," ya que todo lo demás carecía de importancia.

La perfección se había empañado; la comprensión estaba quebrada.

Debía esperar otras veinticuatro horas antes de volver a verlo, y eso no estaba bien.

Sus relaciones eran prematuras, su amor demasiado nuevo y ningún obstáculo debía oponerse.

Al día siguiente Wren continuaba preocupada. Janice no había venido y Roy no había llamado. Su imaginación construía fantasías de miseria o de éxtasis y pasaba de una a otra en un instante.

Pasó la tarde recorriendo galerías. Trataba de no perder ninguna exposición, porque creía que la misión más importante de un crítico era descubrir nuevos talentos y hacer que la atención del público recayera sobre ellos. Adam Kalish le había hecho comprender las dificultades que tiene un artista para abrirse camino.

«Pasan años antes de que sean bastantes buenos para que alguno les preste atención. —Acostumbraba a decir—: Le deben pagar a un representante por el privilegio de intervenir en una exposición; si

ésta termina y el representante vende, se reserva la mayor parte de la venta como recompensa por su trabajo. Es necesario ser un genio para llegar a algo. ¿Y quién diablos quiere tratar con un genio?»

Sin embargo, no vio genios esa tarde y quien más se parecía a uno de ellos era Pedro Davvo, a quien encontró vagando por la calle Cincuenta y Siete. Llevaba puesto un saco de corderoy tostado y un sombrero de lluvia color blanco; usaba un bastón grueso lleno de nudos. Wren pensó maliciosamente que lo único que le faltaba era una señal que dijera: «Artista, acepta comisiones y copetines gratis».

Cuando vio a Wren se acercó a ella y dijo:

—¡Hola! Esperaba encontrarte por aquí.

—¿A mí?

—Desde luego, a Irene Venice, la eminente crítica. —Sus pequeños ojos sonreían; Wren vio una marca en su mejilla y se dijo con qué violencia la había castigado la policía—. Terminaste tu recorrido, ¿verdad? —preguntó él.

—La mayor parte. Ahora me gustaría ir a visitar alguna exposición suburbana.

—Eso puede esperar. Quiero hablar contigo, Wren.

—¿Sobre qué?

—Sentémonos antes.

La condujo a una confitería donde él pidió un copetín y ella una taza de té. Pedro se mostraba sereno, pero sus rasgos pequeños y regulares estaban hechos para fingir, no para las emociones, y rara vez revelaban sus sentimientos.

Bebió un trago antes de hablar.

—Estoy preocupado por Janice. ¿Qué le ocurre?

—¿Ocurrirle? —dijo Wren con prudencia—. No sé.

—Ella te visita todos los días y lo hace con algún motivo; debe habértelo dicho.

—No sabía que tuviera alguna razón; después de todo, Janice y yo somos viejas amigas y en un momento como éste es lógico que nos visitemos.

—En un momento como éste nada es natural; tú sabes muy bien que Janice nunca hace nada sin motivos. ¿Qué es lo que busca con Roy, por ejemplo?

—Nada, pero recuerda que es el abogado de Nicky.

—¿Por ese motivo se vistió tan elegantemente anoche, cuando

salió con él? Mira ¡conozco todos los síntomas!

Wren carraspeó, culpándolo al té.

—Está demasiado caliente —dijo, pero su cerebro se estaba devanando. ¿Roy? ¿Anoche? ¿Por eso no la había visitado?

No podía creerlo; Roy no era de ésos; Pedro estaba mintiendo, tratando de trastornarla. No podía ser que le propusiera matrimonio una tarde y saliera con Janice a la noche siguiente.

—Si lo sabes todo —dijo Wren tratando de mantener la voz firme—, debes saber también todas las respuestas, y es muy raro que me hagas todas estas preguntas a mí.

—Dilo; tú no confías en mí, ¿verdad?

Lo hizo esperar unos minutos antes de contestar, aunque las palabras casi se escaparon de su boca, pero las contuvo y finalmente dijo:

—No del todo.

—Nosotros tenemos a Janice en común; ambos deseamos que sea feliz, ¿verdad?

—Es cierto.

—Es mi esposa —dijo Pedro—; es un poco alocada, ni siquiera me es fiel, pero no me importa; puedo vérmelas con cualquier hombre; ella puede coquetear, pero yo siempre la reconquisto. Sé todo lo de Wales, por ejemplo; podía haberle puesto fin en cualquier momento, pero pensé que debía dejar que Jan se divirtiera, ella por un lado, yo por el otro. Toda anda muy bien así. ¿Te sorprende, Wren?

—Me pregunto por qué me lo dices.

—Porque estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Por ti.

La miró como si hubiera dicho algo ingenioso y estuviera dándole tiempo para pensarlo. Lentamente sus labios dibujaron una sonrisa burlona y maliciosa. Wren trató de interpretar la sonrisa, de adivinar lo que estaba pensando, qué buscaba, pero no lo consiguió.

Tenía el bigote sucio, pensó, comió huevo en el desayuno y se le pegó en los pelos; me pregunto si lo sabe.

—Me preocupas —dijo—, no puedo imaginarme sobre qué hablan ustedes dos. ¿Qué dice Jan? Te visita todas las tardes y cuando vuelve está trastornada, sobresaltada y discutimos por todo,

somos como dos toros compartiendo el mismo pasto. Quiero saber qué tiene contra mí. Tú puedes decírmelo.

—Pedro, ¿has tratado de comprenderla? Tú estás enojado porque no te brinda toda la atención que deseas. Después de todo, Nicky es su ex esposo y está en la cárcel acusado de asesinato. ¿Cómo crees que debe reaccionar? Está con los nervios en tensión e indecisa por dos lealtades en conflicto.

—Es mi esposa y no debe lealtad a nadie más que a mí.

—Tú no eres su mundo —dijo Wren—, por eso estás tan equivocado. Tiene derecho igual que tú, tiene hasta el derecho de estar confusa y tú debes ayudarla; trata de penetrar en su pensamiento, Pedro.

—Ella no piensa —dijo él secamente.

Wren comenzó a argumentar y recordó una frase que había dicho Janice unos días antes: «Pedro no piensa», y quizás allí radicaba todo el problema: dos personas acostumbradas a ignorar los derechos de la otra se veían en la necesidad de cooperar y no podían.

Especialmente Pedro, que quería recibir y nunca dar, mandar y nunca ceder. Era testarudo e incapaz de comprender un punto de vista que no fuera el suyo. Wren se preguntó qué tipo de neurosis destructiva había llevado a Janice a los brazos inflexibles de Pedro.

—Pedro —dijo abruptamente—, te acercas a mí y sin más trámites me pides que traicione a Janice. Haces preguntas continuamente. ¿Puedo formular una yo ahora?

Él asintió.

—Seguro, adelante.

—¿Por qué le pegaste a Janice en el campo?

La expresión de Pedro se tornó pétrea; ni un solo músculo de su rostro tembló o se conmovió, traicionándolo. Sus labios pálidos y firmes, sombreados por el pequeño bigote amarillo con el resto de huevo permanecieron inmóviles. Si sentía estremecimiento, sorpresa u objeción, sus ojos lo ocultaban. Solamente mostraban las pupilas, el iris y la membrana, pero la córnea era una película ininteligible. Reflejaba la luz, sin dejar percibir nada interior. Pedro sonrió.

—Seguro; te lo diré. ¿Por qué no? A ella le gusta.

Sin pronunciar palabra, Wren tomó su guía, la colocó debajo del brazo y se fue.

Roy llegó a las 18, llamó, entró y clavó su mirada en Wren.

—Hola, Wren —dijo.

No la tomó en sus brazos; la miró desde lejos con ansias, impaciencia, tristeza y dolor. Ella esperó como si Roy estuviera por pronunciar un veredicto de vida o muerte al segundo siguiente; pero Roy no habló.

Wren se acercó lentamente, puso las manos sobre los hombros de él y dijo:

—Hola, Roy.

Él permaneció inmóvil, sin hablar y con la misma expresión de ansia y tristeza. Deseó desahogarse, sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos, levantó la cabeza y lo besó rápidamente. Él la retuvo fuertemente entre sus brazos diciendo:

—Wren, pequeña Wren, te amo.

Era suficiente; los dos días pasados ya no tenían importancia; sus dudas, preguntas y anhelos ya no contaban; lo que Pedro había dicho no era cierto. Estaba con Roy entre sus brazos.

Cuando se separaron ambos estaban emocionados.

—Ven —dijo él—; múdate de ropas.

—Haz cualquier cosa —dijo ella sonriendo—, pero no vuelvas a romper una cita conmigo.

—¿Cita? —dijo él.

Ella contuvo la respiración; todo había andado muy bien, pero ahora había ocurrido algo que los colocaba a mil millas de distancia. Una cortina de aire los separaba y no podrían cruzarla jamás.

En el restaurante la tensión continuó; eran felices, pero estaban aturdidos; había luz y oscuridad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella.

—Nada.

—¿Algo que yo hice?

—No; tú no hiciste nada; pero, Wren, yo daría mis colmillos… —se interrumpió e hizo una mueca—. ¿Qué diablos son los colmillos?

—Estos —dijo ella abriendo la boca—; los que usas para triturar los granos.

—¡Oh, oh! Mira, Wren, estoy enamorado de mi testigo más importante; no te tendrán en cuenta.

—No se atreverán.

—Wren, tendremos que atravesar el infierno; hasta que Nicky esté libre no habrá nada decente, normal o correcto. No puedo dar un paso en falso. Será condenado a menos que yo haga algo ingenioso, y yo no soy ingenioso.

—¿Quién crees que mató a Wales? —preguntó ella.

Roy la miró largamente escudriñándola y pareció descubrir la necesidad de ella. La luz desapareció, un velo cayó entre ellos y se transportaron a polos opuestos.

—No tengo la menor idea.

—La mejor coartada de Nicky es demostrar quién fue el asesino. ¿No es tonto dejar pasar esto por alto?

—No; si pensara esto sería desdichado. Es mejor aguardar los hechos.

—¿Quieres decir que estás aguardando que alguien confiese que estuvo en el departamento de Wales la noche del crimen?

—No, no es eso lo que espero; de manera que ni lo pienso.

—¿No puedes contármelo?

—A ti es la última persona a quien se lo contaría —dijo Roy.

—Oh —exclamó Wren.

Hubiera sido fácil decir: «Yo estuve allí, Roy». Él hubiera parpadeado y luego de respirar profundamente hubiera dicho: «¿Qué importancia tiene? Tú no lo mataste, Wren».

Él lo sabía, aguardaba que se lo dijera, y ella se había prometido a sí misma que así lo haría, pero no antes que Roy confiara en ella o hasta estar segura y saber exactamente hasta qué punto estaba él comprometido. Sería una tonta si contara todo lo que sabía.

¿Habría visto él a Janice la noche anterior?

—Me encontré con Pedro esta tarde. Dijo que debía hablarme, y todo lo que hizo fue tratar de sonsacarme.

—¿Sobre qué? —le preguntó él.

—Sobre la razón por la cual Janice viene a verme, y qué hablamos.

—¿Y sobre qué hablan?

—De hombres; nos contamos cómo nos divertimos y planeamos cómo nos vamos a divertir.

—Un par de tórtolas —dijo Roy sarcásticamente—, dedicadas al placer.

La hizo sentirse ridícula; no sabía cuánto la hacía sufrir. Era incapaz de presentir. Había conseguido enamorarla y ya no le interesaba. Había pronunciado hermosas palabras que no sentía; ella debía saber que todos los abogados eran iguales. Se mordió los labios, sus ojos se empañaron y sintió a Roy muy lejos. Su amabilidad era una ilusión, su fuerza estaba muy lejos. Pensó en las palabras de Adam Kalish cuando le entregó el prendedor de cobre, diciéndole: «Todos estamos solos, siempre».

Adam había tenido razón, como siempre. Se hubiera reído de ella diciéndole que estaba provocando a Roy y tratando de hacerlo suyo; esas cosas no podían ser. Si Roy era fuerte, ella también debía serlo. Si él se mantenía libre y la apartaba de su camino, ella debía emplear la misma táctica. El amor es una batalla de voluntades; cuando dos personas desean lo mismo, se unen; cuando no, se apartan. Lo mejor que se puede hacer es disfrutar la pelea.

Levantó la cabeza y le sonrió.

—Me pregunto por qué la policía detuvo a Pedro, poniéndolo en libertad después.

—Por celos; la policía pensó que había matado por celos; pero Janice y él pudieron demostrar que estuvieron en el cine. Tenían localidades numeradas, fueron a ver una película y no dejaron el cine ni un momento.

—Es asunto concluido, ¿verdad?

—Convenció a la policía; aunque personalmente pienso que cualquier persona puede presentar una buena coartada. Es facilísimo.

Sí, pensó Wren, esa coartada es tan perfecta que da lugar a dudas; pero no puedo poner el dedo en la llaga.

—Kip se fue —dijo súbitamente.

—Me enteré.

—¿Supiste por qué?

—Más o menos; está asustado porque lo interrogan; le vendió a Wales varias obras que perdieron su valor, estaba furioso contra él y lo amenazó.

—Supongo que Pedro te lo contó todo —dijo ella.

Roy hizo una mueca.

—No todo, pero me cuenta muchas cosas y me contará muchas más.

Wren no estaba segura de que Roy hablara seriamente. Ella dijo:

—Vi a Kip ayer, pero no quiso hablar acerca de la pelea que sostuvieron Janice y Pedro en el campo. Estaba muy preocupado por un boceto que Wales encontró en el estudio de Adam Kalish. Una esquina de este boceto estaba rota y Wales lo dobló guardándolo.

—¿Un boceto de Kalish? —preguntó Roy con súbito interés.

—No —dijo Wren—. Y de haberlo sido, Wales lo estropeó por la forma en que lo dobló; él no hubiera destruido algo valioso.

—No quise decir eso. ¿Podría haber sido el boceto con el que Kalish hizo más tarde un cuadro? ¿«Wren inconclusa», por ejemplo?

—No —dijo Wren—; él no trabajaba así; esto estaba contra su teoría del arte; hacía bocetos, desde luego, pero muy rudimentarios. Creaba sus cuadros en el caballete. Creía que un cuadro demasiado planeado resultaba duro y formal, y que debía nacer de un proceso de creación. Lo he visto trabajar; se concentraba tan profundamente que yo podía hacer ruidos con las ollas, contestar el teléfono o cualquier otra cosa, que él no reparaba en mi persona.

—Sin embargo —dijo Roy—, ¿tú piensas que el boceto era importante?

—Estoy segura, porque Kip se trastornó profundamente cuando le pregunté sobre él.

—¿Profundamente?

—Sí, Roy.

Permaneció pensativo, golpeando con los dedos sobre la mesa. Ella esperó unos instantes y dijo:

—¿Has visto a Nicky?

Roy asintió.

—Tuve una larga conversación con él esta tarde. No habló mucho; hay cosas que jamás diría, pero me convencí completamente de algo: es inocente.

—Oh, Roy, cuánto me alegra que lo hayas descubierto tú mismo; dime, ¿cómo está?

—Sano.

—¿Es feliz?

—¿En la cárcel?

—Debo ir a verlo, Roy.

—No.

—Todos saben que Nicky y yo éramos amigos. ¿Qué solucionamos con no vernos? Estás buscando excusas, Roy.

—Verlo es lo peor que tú podrías hacer.

—¿Por qué?

—No te puedo explicar el motivo, pero te voy a pedir algo y espero que lo comprendas.

—Si me lo dices, comprenderé.

El rostro de él se tornó austero y tuvo una visión del cabo Padget, ceñudo, decidido, inflexible, dueño de sus actos y que nunca se volvía atrás.

—Wren —dijo—, te amo, tú lo sabes, pero hubiera sido mejor que lo de anteanoche no hubiese ocurrido.

El corazón de ella sufrió un vuelco; éste no era Roy, no podía decir eso. No podía provocar esa situación, ni abrir y cerrar el amor como si fuera una canilla.

—Tendrás que esperar hasta que termine el juicio —dijo Roy tenazmente—. Cuando esto acabe tendremos una cita, el mismo joven y la misma señorita.

Wren levantó los ojos y dijo amargamente:

—¿Las mismas promesas? ¿Las mismas acciones? ¿Pronunciar algunas palabras, desdecirlas, volverlas a decir? ¿Esperas que ella sea la misma idiota? ¿O que te crea?

Roy movió la cabeza como si le hubieran golpeado.

—Lo estoy haciendo muy mal, Wren, pero la vida de un hombre depende de mí; ni soy un gran abogado, ni siquiera tengo colaboradores que me aconsejen. No tengo a nadie más que a ti; si cometo algún error, Nicky Newbaker irá a la silla eléctrica. Todo este período será falso, delicado y complicado; tendré mucho trabajo y deberé hacer cosas que me disgustan. Debo comenzar por la base, que es Janice, sin reparar en los medios. Si tengo que hacerle el amor, se lo haré; a ti no te gustará.

—Eres muy amable al prevenirme —dijo ella con toda la ironía que pudo acumular.

—Tú me pediste que interviniera en esto, y lo estoy haciendo. Quiero continuar viéndote, pero… —la boca de él estaba salvajemente contraída. Ella tuvo la impresión de que lo estaban castigando—, pero sólo como amigos, Wren; ayúdame, debe ser así.

Ella sintió calor y que enrojecía por el insulto. En ese momento

deseó estar con Janice, más que nada en el mundo. Necesitaba su consejo y afecto.

Janice no estaba allí, y aunque hubiera estado Wren ya no podía confiar en ella; la separación era demasiado profunda. ¿Sería cierto lo que le contó Pedro sobre Janice y Roy?

Wren dijo lentamente, con profunda vergüenza:

—Roy, ¿qué te dijo Nicky de mí?

La cara de Roy estaba serena, dura e inflexible, como si lo estuvieran azotando.

—Nada; te aseguro que estás a salvo.

«¿A salvo? —pensó ella—, supongo que sí, pero es como una sentencia de muerte».

10

Al principio Wren había seguido el consejo de Roy, de no visitar a Nicky, pero después de la discusión del restaurante se sentía libre. No podía confiar en Roy, él no tenía derecho a darle órdenes y ella no tenía idea de lo que le estaba contando a Nicky.

Más aún, Nicky era la única persona con quien ella podía hablar sin temor y sin perjudicar a nadie; le debía una explicación. Era Nicky y no ella o Roy quien debía decidir qué haría con respecto a su visita a casa de Wales.

Una vez que llegó a esta conclusión se sintió triunfante. Volvería a ver a Nicky, quien la conocía desde que era una niña, creía en ella y a quien Wren había querido desde el tiempo de Adam Kalish. Una tarde concurrió a la penitenciaría. Ver a Nicky era sumamente complicado y había que recorrer grandes distancias; la mandaron de un ascensor a otro, a escritorios, mostradores, teléfonos, a hablar con un ordenanza que le hizo firmar un papel en blanco, a otro ordenanza que la condujo a través de largos corredores y finalmente la llevó a una habitación y le dijo que esperara a Nicky.

La habitación estaba dividida en dos partes por una pared de vidrio que llegaba hasta el cielo raso; había tres sillas a cada lado y allí se sentaba, frente a una ventanilla. «Es como ir a comprar un boleto de ferrocarril —pensó Wren—, sólo que aquí me puedo sentar».

Esperó ansiosamente y se preguntó por qué estaba allí, si era para ayudar a Micky o para ayudarse a sí misma. Honestamente, debía admitir que era para ambos fines, pero estaba contenta de haber ido. Si ella necesitaba a Micky, él debía necesitarla también.

Micky apareció por una puerta del otro lado de la pared; llevaba un pantalón oscuro y una camisa de franela, gris. Nunca lo había visto antes sin corbata y saco; parecía desganado, como un conductor de camión y a punto de aplastar cualquier cosa pequeña y delicada.

Wren, casi de pie, gritó:

—¡Micky! —Él sonrió débilmente cuando entró, y se sentó en la silla opuesta a la de ella.

—Hola, Wren.

—Micky, hubiera venido mucho antes, pero no me dejaban; aun ahora estoy desobedeciendo órdenes.

Micky contrajo la boca en un gesto de prevención; ella miró alrededor y vio que un guarda los estaba observando.

—Oh —dijo ella en voz baja—; lo siento, no me di cuenta; me resulta extraño ser reservada contigo; siempre hemos sido sinceros uno con el otro. ¿Cómo estás Micky? ¿Cómo te tratan?

—Como a un criminal, Wren; le dije a Roy que no te dejara venir.

—Roy no puede impedírmelo; tú deseas verme, ¿verdad?

Micky no sonrió.

—Puede que sea lo mismo; la próxima vez que te vea será en el juzgado.

—No seas tonto; volveré, cientos de veces.

—No, si yo puedo evitarlo; no quiero volver a pasar por esto.

Ella quedó paralizada, éste no era Nicky; era un extraño, que se parecía a él pero que no tenía su tibieza y afecto.

—Temo no comprender —dijo ella.

Él la estudió serenamente, se inclinó y le dijo en un susurro.

—Wren, cuando firmaste ese comprobante, sabias que el cuadro era falso, ¿verdad?

—¿Piensas eso? —dijo azorada—; no es cierto, ¡lo juro! ¿Qué ha ocurrido?

Él movió la cabeza lentamente.

—Pensé mucho aquí encerrado. No alcanzo a comprender los motivos, pero sé que me has engañado. Todo lo que está ocurriendo es por tu culpa.

—¡Nicky! —dijo con voz asustada—. Tú no piensas eso, ¿por qué lo dices?

Él movió la cabeza tristemente; luego se levantó dirigiéndose hacia la puerta.

Ella se puso de pie repentinamente.

—¡Nicky! —gritó—. ¡Vuelve, Nicky!

Él continuó alejándose. Alguien le tocó el hombro, diciéndole:

—Eso es todo, señorita.

Wren contuvo un sollozo; luego con la cabeza en alto y los ojos castaños llenos de lágrimas, se dejó conducir por el guarda hasta la puerta.

Cuando llegó a su casa le resultó difícil creer que Nicky la había tratado en esa forma. Trató de encontrar una explicación que probara que no era eso lo que quiso decirle. Se había comportado así porque estaba el guarda y porque estaba enojado al ver que ella dejó pasar tanto tiempo antes de ir a visitarlo; lo visitaría de nuevo y todo se aclararía.

Pero después de unos instantes, su sentido común la hizo enfrentar con la realidad. Por más razones que tuviera Nicky, había tenido intención de echarla. Luego trató de comprenderlo, se dijo que era natural que Nicky estuviera resentido; el cuadro había sido el causante de todos sus problemas y ella le había dado autenticidad; no era raro que la acusara. Ella que era la responsable, estaba libre, viviendo cómodamente, sin problemas. Nicky debía haberse convencido así mismo de que Wren, y no él, debía estar presa. Además siempre se hiere a las personas que más se ama. Si culpándola Nicky se sentía aliviado, pues que la culpara.

Le escribió una nota, preguntándole si podía volver a verlo, él le envió un mensaje que contenía una sola palabra: *No*.

Volvió a sentirse desdichada, hasta que se dio cuenta de que con esta actitud demostraba su inocencia y este descubrimiento la hizo sentirse mejor. No era una conclusión muy lógica pero se aferró a ella. La lealtad para con sus amigos, especialmente para con Nicky, era cuanto tenía. No se permitía a sí misma tener dudas.

Además este incidente le devolvió la confianza en Roy. Él había tratado de protegerla y no debía dudar de él. Se amaban y todo se aclararía; Nicky era inocente y debía ser absuelto; lo deseaba profundamente y esperaba que el futuro cumpliera su deseo. Otro desenlace sería, tan horrible que no lo podría aceptar.

Varias veces por semana cenaba con Roy, pero él tenía la precaución de darle las buenas noches en la puerta de su casa. En los lugares públicos, restaurantes o mientras caminaban por las calles se comportaba del modo habitual; pero ella adivinaba el entendimiento mutuo, firme real y reconfortante que los unía. Mas en cuanto estaban solos en un taxi o conversando en el departamento de ella antes de salir, lo sentía distante, cauteloso.

El proceso había comenzado, Nicky había sido acusado ante el juez mucho antes y se fijó el día del juicio; Roy trabajaba sin descanso en el caso, entrevistando testigos y tratando de hallar nuevas pruebas, aunque a menudo se sentía desanimado.

—¿Descubriste algo sobre el boceto? —le preguntó Wren una tarde.

Roy movió la cabeza.

—No, parece una huella muerta. Traté de ponerme en contacto con Kip, pero no conseguí localizarlo.

—Está trabajando en la sucursal de Denver, según me dijo Janice.

—Estaba; pidió licencia y se fue.

—¡Qué raro!

—¿Estás segura de que existía tal boceto?

—Desde luego, Roy; ¿te estás volviendo contra mí?

—Tú nunca lo viste realmente, y sólo te hice una pregunta.

—Pedro y Janice —dijo Wren amargamente— te están envolviendo en sus redes.

Roy no se enojó.

—Sé que es duro para ti, Wren, pero no te culpo de que te sientas así; te aseguro que vale la pena; te sorprenderás cuando sepas lo que he descubierto.

—Si me amaras, Roy, me dirías las cosas en lugar de torturarme con insinuaciones vagas.

Él movió la cabeza y su inexpugnabilidad la enfureció.

—Me tratas como a una niña —dijo en voz baja y enojada—; debí apartarme de la persona que me propuso matrimonio a la hora de conocerme. Estaba muy mal. Tú sabías que el cuadro acarrearía problemas aun antes de verlo y por eso estabas en lo de Nicky; pero no me lo dijiste.

—No había nada que decir.

—Han ocurrido demasiadas cosas, Roy, como el hecho de haber descubierto el asesinato antes que la policía y ahora manifiestas que sabes muchísimas cosas que te ha dicho tu querido amigo Pedro, pero no me las cuentas, oh, no.

—Escucha Wren, no es fácil para mí. Un abogado… Ella lo interrumpió.

—Un abogado escucha confesiones como un médico o un

sacerdote… Ya me lo has contado, pero el amor también tiene un código y si no puedes confiar en mí, entonces no creo que me ames.

—Wren, déjame explicarte.

—No tienes nada que explicar, pero te diré lo siguiente: si Nicky es condenado, iré a la policía y diré que estabas comprometido desde el primer momento, que ocultaste lo que sabías y mantuviste en secreto las pruebas y lo menos que puede ocurrir, es que te excluyan del Foro; pero lo haré Roy, te lo aseguro.

Roy no se dio por vencido.

—Te amo, Wren, recuérdalo.

—Lo demuestras de una manera muy rara.

—Mira, Wren, supón que el fiscal del distrito te llama por teléfono mañana y te pide que vayas, ¿quieres tener en la cabeza media docena de cosas que no puedes decir? ¿Quieres colocarte en una posición en la cual, el mínimo desliz o error pueda echar a perder las posibilidades que tiene Nicky de salvarse? En eso pienso, Wren, y por eso no puedo hablar.

—Dime una sola cosa. ¿Cómo te enteraste de la muerte de Wales? ¿Quién te lo dijo?

Roy movió la cabeza.

—Lo siento Wren, no trates de sonsacarme; deja las cosas como están, ten fe y no trates de saber cosas que no puedo decirte. Si fueras mi esposa… —Se interrumpió mordiéndose los labios.

—Si fuera tu esposa —dijo ella serenamente—, adivinaría lo que estás pensando sin necesidad de preguntar.

Ya no estaba enojada; por el contrario, sentía pena por Roy. Presentía que estaba buscando a tientas algo que decir y sus esfuerzos por hallarlo. Los ojos de Roy estaban llenos de vergüenza y habló con voz seca y forzada como si le estuvieran arrancando las palabras de la garganta.

—Si fueras mi esposa, ¿qué es lo que adivinarías?

—Que tú estuviste allí la noche que Wales fue asesinado.

—¡Qué tontería! —dijo Roy bruscamente—; te estás dejando llevar por la imaginación; no eres mi esposa —pareció ahogarse y zaherirse—. Y no puedes ver dentro de mí. —Frunció el entrecejo, clavando los ojos en ella con profundidad—, de manera que —concluyó bruscamente—, te mantendrás al margen de todo esto; dirás que el cuadro era de Kalish, y eso es todo.

—Sí.

Siempre terminaban de la misma manera, ella en la convicción de que Roy era sincero, con renovado amor y confianza en él; estaba enamorada. Sólo más tarde cuando la torturaba su indiferencia y se daba cuenta de la importancia de sus actos volvían a asaltarla las dudas.

Continuaba viendo a Janice, aunque sólo las unía el resto de una amistad. Ninguna de ella se preocupaba por brindar o extraer confidencias. Wren rara vez mencionaba a Roy Padget. Por el contrario, ella y Janice únicamente hablaban del pasado, evitando el presente salvo para referirse a amigos, galerías y cuadros.

Algunas veces, Janice parecía estar a punto de rendirse y decir algo importante, pero siempre movía la cabeza conteniendo el impulso. «No sirvo para tragedias, Wren; daremos una fiesta cuando Nicky salga, ¿verdad?» Y así terminaba el peligro comenzando a planear la bienvenida de Nicky.

A medida que se acercaba el día del juicio, Wren sentía la necesidad de llegar a un completo entendimiento con Roy. Según él, el amor podía esperar hasta después del juicio, pero estaba equivocado. Esa guerra fría los estaba destruyendo a ambos. Si él la amaba realmente, debía necesitarla. De lo contrario, ella debía saberlo todo: verdad, sinceridad, comprensión. Él lo había defendido todo con ardor, y estas condiciones no podían existir a medias, eran absolutas, y además ella no podía soportar el ignorarlo todo. Cualquier cosa sería mejor que la duda y la inseguridad. Debía ver a Roy, aunque él deseara verla o no. Le diría todo cuanto sabía. Debía ponerlo a prueba y cualquier medio era bueno.

Roy vivía en una pensión. Su nombre figuraba debajo del buzón en la entrada de la planta baja.

Continuaba sintiéndose como la señora de Roy Padget; tenía derecho a estar allí aunque fueran las diez de la noche y no la esperara.

Tocó el timbre correspondiente a su departamento y luego, rápidamente, conteniendo la respiración, abrió la puerta principal y comenzó a subir los escalones. Cuando llegó al descanso del segundo piso él salió de su departamento. Tenía el cabello revuelto, llevaba una vieja camisa deportiva y no tenía corbata. Dijo:

—«¡Wren!» como si no estuviera seguro de que era ella hasta

que pronunció su nombre. Se hizo a un lado para dejarla entrar.

Era un salón de trabajo cómodo; había un gran escritorio usado entre las dos ventanas, colmado de papeles. Detrás de él se encontraba una antigua silla giratoria. Estaba tapizada en cuero negro y tenía una grieta en el respaldo que mostraba el relleno blanco; un diván anticuado se encontraba en condiciones apenas mejores. Había libros por todas partes apilados sobre la repisa, atestando las mesas, amontonado sobre el piso. En lugar de adornos, Roy tenía libros; se alejaron de la oscuridad y calentaron la habitación, pero no encendieron las luces.

—Roy, ¿no me invitas a sentarme?

Se lamió los labios y señaló el diván; ella se sentó. Ahora que estaba allí no sabía qué decir ni por dónde empezar. El solo hecho de estar con él y saber dónde vivía era suficiente por el momento.

Él cruzó la habitación y se sentó en una silla de madera; levantó una mano dejándola caer sobre su rodilla; se aclaró la garganta.

—Wren, no debiste haber venido.

—Debía hacerlo; hay varias cosas que quiero decirte.

—¿Sobre el caso?

—Sí.

—Sé todo lo que necesito saber.

—¿Cómo puedes decir eso antes de que hable?

—Puede que yo sepa lo que vas a decirme.

—Por favor, no te coloques en un plano superior.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

Se miraban como dos niños desafiantes; de pronto Wren encontró la situación muy divertida; el silencio de él era tan cómico y Roy estaba tan embarazado que sintió deseos de reír. Por el contrario, decidió permanecer sentada allí y ver qué hacía Roy. ¡Era tan maravilloso!

—Estuve trabajando —dijo él.

Ella no contestó, limitándose a mirarle.

Él volvió a lamerse los labios. Dos profundas líneas surcaban sus mejillas; parecía cansado. Se preguntó qué habría estado haciendo.

—Es mejor que te lleve a tu casa —dijo él, pero no se levantó y ella tampoco lo hizo.

Continuó observándolo; después de unos instantes, las arrugas

de sus mejillas se acentuaron más y ella descubrió una sonrisa que él reprimió muy pronto.

Roy se levantó, tomó un libro y lo abrió al azar; cruzó las piernas y comenzó a leer. Evidentemente que si ella estaba para bromas, él podía hacerlo también.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —preguntó ella súbitamente—. Dijiste que cuando me equivocara deseabas estar cerca de mí para ayudarme.

Roy cerró el libro.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, cuando apenas nos conocíamos.

Fue un golpe en pleno rostro, agudo, inesperado; ella no tenía defensa. Voy a llorar, pensó. Me voy a dar por vencida y lloraré; entonces él se acercará y me sostendrá. Le diré que lo amo; no hay en el mundo cosa tan importante como el amor.

Sintió resbalar una lágrima que enjugó con su pañuelo. Roy era una nube y apenas si podía verlo, pero lo presentía muy cerca.

Está fingiendo, pensó. Está fingiendo y eso está muy mal. Debe imperar la verdad entre nosotros; desearía no llorar con tanta facilidad. Deseo que me abrace.

—Hay cosas —dijo él como si estuviese continuando un diálogo y no cambiando de tema—, que un abogado no debería saber. A veces puede ayudar más a sus clientes ignorando algunos hechos.

¿Ignorando que lo amo?, pensó ¡Oh, por favor, Roy!

—Sí —dijo ella mansamente.

—¿Te llevo a casa ahora?

—¿A casa? —dijo ella.

Su casa estaba allí. ¿O no lo sabía? Si la llevaba a casa se sentaría junto a ella en el taxi, no en el otro extremo de la habitación.

—¿A casa? —repitió—. Bueno.

Wren se puso de pie; esperó que él se acercara, pero no lo hizo. Se levantó torpemente y esperó que ella se pusiera en marcha.

Estaba fingiendo nuevamente; temía acercarse a ella y se sentía con los nervios en tensión, reprimido. Tenía deseo de desahogarse y temor de hacerlo, igual que ella.

Roy se dirigió hacia la puerta y esperó. Ella le siguió pero no llegó hasta él. Roy se apoyó en la pared para dejarla pasar; por un

momento le pareció que se iba a desmayar, se balanceó apoyándose en el brazo del diván para reponerse; lo sintió cerca. Ahora, pensó, y se balanceó nuevamente.

Él chocó con ella golpeándole la espalda. No podía saberlo; había sido un accidente. Se tambaleó golpeando su muslo contra el borde de la mesa. El dolor la atravesó haciéndola erguir. Él mantuvo la puerta abierta y salió al corredor. Medio mareada le siguió mientras el tendón dolorido latía.

Roy bajó rápidamente. Wren se apoyó en la balaustrada; él abrió la puerta de calle permaneciendo detrás de ella. Wren la atravesó y aspiró una bocanada de aire fresco. En la acera él se mantenía a un paso o dos de distancia.

—Conseguiré un taxi en la esquina —dijo él—. ¿Quieres esperar aquí?

—No, iré contigo.

Caminaba dando largos trancos y Wren debía correr para darle alcance. De vez en cuando daba un brinco extra, aunque él no notaba si estaba caminando, brincando o volando. Estaba ensimismado en su misteriosa resolución.

Llamó un coche en la esquina y abrió la puerta. Wren no lo miró, bajó la cabeza y entró, casi cayéndose y rodando sobre el asiento.

—Ya te mejorarás —dijo él.

El taxi arrancó con una sacudida y ella golpeó contra el respaldo del asiento. Comenzó a llorar. Grandes y tibias lágrimas resbalaban por sus mejillas que ella enjugó con su pañuelo. Cuando alzó la vista vio que el chofer la estaba observando por el espejo.

Dobló en la primera esquina.

—No lo tome así, señorita, su amigo ya abonó el viaje. Este comentario la enfureció.

—Ocúpese de sus asuntos —dijo bruscamente.

—Mire, señorita —dijo el conductor—, no se enoje conmigo; yo no le hice nada, ¿verdad?

—Tampoco lo hizo él —dijo Wren; estaba tratando de protegerse.

Está situación le chocó violentamente; no debía haber hecho una escena. El juicio iba a comenzar dentro de pocos días y ella no debía aumentar las preocupaciones de Roy, que ya él tenía

bastantes. Debía aliviar su mente y no sobrecargarla.

Cuando llegó a su departamento decidió llamar a Roy para divertirse con lo ocurrido.

—Me porté como una tonta, le diría. «Sé que te agradan las tontas, pero creo que me excedí».

Algo amable que le demostrara que no estaba enojada y que aceptaba la derrota; tenía que hacerlo y con gracia.

Marcó el número y oyó que el teléfono llamaba una vez, luego oyó la contestación.

—Hola.

Wren colgó sin responder; era la voz de Janice y lo comprendió todo.

Janice y Roy: ése era el motivo.

11

Wren no se explicaba cómo sobrevivió los días que siguieron. En el primer momento pensó ir a la policía cumpliendo la amenaza que hiciera en una oportunidad. Decirles que Roy estaba comprometido y que ocultaba las pruebas; acusarle de que no defendía los intereses de Nicky.

No podía hacer eso a Roy, a menos que estuviera completamente segura, y no lo estaba. Era tan sólo una impresión. Había perdido la capacidad de pensar claramente y sólo podía presentir. Percibía los latidos de su corazón agitado, y los nervios alterados; sentía frío o rudeza, y su cerebro se extendía cual si fuera un papel en blanco. Percibía la tensión de sus nervios, miseria y celos; comprendió por primera vez por qué Janice permanecía junto a Pedro aun sabiendo quién era.

Wren apenas pudo dormir la noche en que descubrió lo de Janice y Roy. Tampoco pudo hacerlo durante las noches siguientes. Sentía la cabeza liviana y saltarina. Sus ojos no enfocaban bien, pero en cuanto los cerraba se empeñaban en permanecer abiertos. Sentía la necesidad de hacer cosas sin importancia ni finalidad: lavar un par de medias fuera de uso, comprar el último periódico, dar cuerda al reloj; todas estas nonadas la obsesionaban, convirtiéndose en el objeto de su existencia.

Se negó a ver a Roy. Se excusaba cuando la invitaba a cenar. Después del segundo día, él se dio cuenta de que trataba de evitarlo y fue a verla. Abrió la puerta y se encontró frente a ella, que huyó para arrojarse llorando sobre el diván.

Roy le preguntó una y otra vez:

—¿Qué ocurre, Wren, qué ocurre?

La tocó, pero ella se apartó sollozando. Comenzó a hablarle. Wren oía su voz, mas no sus palabras. Luego de unos instantes, comenzó a comprender el significado de las mismas. Era demasiado para ella; ya no pudo resistir. Cuando él se sentó a su lado, se arrojó en sus brazos.

—Te amo, Roy —dijo ella—. No me importa nada de nada, ni de nadie; no me interesa lo que ocurra en el juicio, ni a Nicky, ni a Janice. Dime simplemente que me amas y que quieres casarte conmigo.

La estrechó fuertemente en sus brazos calmando sus sollozos.

—Te amo, Wren, y quiero casarme contigo.

Se apartó para poder mirarlo; tenía los ojos húmedos y vio la cara de él, amable y transformada por la felicidad. Ella sonrió.

—No tienes obligación de casarte conmigo, Roy.

Apoyó sus dedos sobre los labios de ella para impedir que hablara, pero Wren no podía permanecer callada.

—Roy, ¿recuerdas que me propusiste matrimonio a la hora de conocernos?

—Y tú sugeriste que esperáramos un año. ¿Te das cuenta lo tonta que has sido?

—No me casaré contigo jamás, Roy.

—¿Quieres decir lo contrario? —dijo Roy creyéndole a medias.

—Dos personas que discuten tanto como nosotros no deben casarse, porque no daría buenos resultados.

—Uno solo de nosotros discute —dijo mirándola fijamente unos instantes, como si tratara de adivinar sus pensamientos—. Wren, sabes por qué quise que te fueras la otra noche, ¿verdad?

Ella asintió:

—Sí, lo sé.

—Este será un período muy duro. Nicky es el problema número uno y nada más debe interferir. Si me dejo llevar por mis sentimientos seré tan feliz que me olvidaré de Nicky. Es mejor dejar que los acontecimientos se sucedan y recordar que me amenazaste con ir a la policía si fallaban contra Nicky.

Wren sonrió. Roy estaba tan equivocado. Por primera vez, no había adivinado lo que ella pensaba; no sabía que había llamado la otra noche. No podía sospechar que ella sabía todo lo de él y Janice.

Él mentía con tanta desfachatez…

—¿Crees que Nicky será absuelto? —preguntó ella.

—No; puede ser que me encuentre en una situación desesperada y recurra a ciertas tretas que comúnmente no usaría. Un abogado con ética no siempre gana.

—Olvida la ética —dijo ella casi satisfecha al comprender que ésta no la preocupaba—; simplemente triunfa.

Era un acuerdo extraño entre ellos, y más extraño aún que a causa del mismo Wren se sintiera más tranquila y dispuesta a aceptar la realidad. Se dijo que, pese a todo, aún no había perdido a Roy. Tiempo atrás él le había pedido que esperara. Conocía los juicios, las probabilidades y recompensas; le había propuesto matrimonio nuevamente y otra vez le pidió que esperara.

Todavía era suyo en parte; quizá no lo hubiera perdido del todo con Janice. Por lo menos, todavía no, ya que él le había pedido que esperara hasta después del juicio.

Había fracasado cuando intentó hacerlo hablar y ahora debía obedecerlo ciegamente. Casi podía dominarse; por momentos no pensaba en él; podía congelar parte de su amor. Una vez pasada la semana siguiente podría descongelarlo y examinaría el daño causado. Quizás algo se alterara.

Además debía atravesar la peor parte; el juicio comenzaba al día siguiente. Roy le había pedido que no concurriera a los preliminares y estaba satisfecha de evitarse el esfuerzo. El jurado había sido elegido y los trámites de apertura hechos. El fiscal del distrito comentó el caso y Roy dijo al jurado lo que pensaba probar. Al día siguiente el primer testigo sería interrogado y Wren estaría muy preocupada con Nicky como para pensar en otra cosa. Esto la absorbería completamente.

Leyó el periódico del domingo. Una página entera se ocupaba del juicio. Publicaron el retrato de Nicky y de Wales, y más abajo unas fotografías más pequeñas.

Para la defensa, Roy Padget; para la acusación, el fiscal del distrito, Francis Maloney.

Se preguntó qué clase de persona sería Maloney y por qué quería encarcelar a Nicky. Escudriñó el diario y sus ojos se detuvieron en una frase:

La hoja de servicios de Maloney. La espada que castiga a la sociedad. Más que una espada un martillo.

Dejó el diario. Roy le había dicho que Nicky tenía el derecho que le otorgaba la Constitución de no aceptar actuar como testigo, y legalmente nadie podía esgrimir esto en su contra.

—De manera que no lo haré declarar —había dicho Roy—; lo que diga la ley no interesa, si él no explica su actuación en el asunto y le dice al jurado que es inocente.

—¿Qué van a pensar?

—Lo sé, Wren, pero no me atrevo a dejarlo declarar.

—¿Por qué no?

—Hazme caso, Wren; el fiscal del distrito lo descalificaría.

—Pero…

—Sé lo que hago. Desearía que no fuera así, pero el peor obstáculo que debo salvar es el mismo Nicky.

Las palabras de Roy la preocuparon y se convirtieron en nuevos motivos de angustia. Durmió mal durante la noche y ahora estaba cansada. Terminaría el día de alguna manera y por la noche se acostaría temprano, exhausta, descansaría bien. El timbre sonó con estrépito y el corazón de Wren pareció estrujarse; tenía miedo, miedo de todo. Sin embargo, debía sobreponerse. Adam siempre decía: «Cuando debas hacer algo, hazlo».

Abrió la puerta; era Pedro Davvo, con su característico saco de corderoy, su sombrero de lluvia blanco y su grueso bastón de caña, que le sonreía. Percibió el olor a alcohol y permaneció en la entrada bloqueándola, mientras esperaba que él hablara. Tardó largo rato en hacerlo; daba la impresión de considerar su visita como un triunfo. Esperaba que ella demostrara sorpresa, placer o disgusto, pero se mantuvo impasible. Sentía la boca y los músculos de su rostro totalmente contraídos.

—¿Está Janice? —preguntó él finalmente.

—No.

Hubo una larga pausa, Pedro dejó de sonreír, se irguió y se quitó el sombrero.

—¿Te molesta que entre, Wren?

Se apartó y lo dejó entrar. Pedro colocó el sombrero y el bastón sobre el diván y se sentó frotando su mejilla.

—Mi visita te parecerá extraña, pero están ocurriendo cosas muy raras.

Tuvo un presentimiento; él estaba ebrio, y no debía haberlo

hecho pasar.

La miró tímidamente, pidiéndole:

—¿Me sirves un trago, Wren?

—Ya bebiste bastante.

—No tomé una gota en toda la mañana. Me levanté y vine directamente hacia aquí; lo necesito —extendió una mano y observó cómo temblaba—. Me estoy despedazando, ¿ves? —Sonrió, se puso de pie y fue hacia el aparador; la botella de coñac de Janice estaba sobre un estante y contenía uno o dos dedos.

Wren llevó un vaso pequeño y se lo alcanzó. Bebió el licor de un sorbo y dejó el vaso al lado de la botella.

—Gracias —dijo. Parecía reconfortado—. Janice me abandonó nuevamente y debo recuperarla.

—No está aquí.

—Lo sé; la necesito, Wren: Se acerca una semana muy dura y la necesito, como ella me necesita a mí. La muy tonta…, me necesita.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Wren.

Pedro se encogió de hombros.

—Lo de costumbre: discutimos, no nos entendemos. Prácticamente nos castigamos uno al otro sin saber por qué.

Wren sonrió; en cierto modo él mismo era la causa. Pedro podía controlar a Janice y al mismo tiempo mantenerla alejada de Roy.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Wren.

—Dile que vuelva a mí, explícale todo. Tú tienes influencia sobre ella. Persigue a Roy por despecho; le digo que no me importa y se enfurece; por eso estoy convencido de tener razón. Tú conoces a Roy y a Jan, y ambos te respetan. Puedes hacerlo.

—Aunque pudiera —dijo Wren lentamente—, ¿por qué habría de hacerlo? ¿Por ti?

Pedro movió la cabeza.

—Por mí, no: yo no te pediría eso. Convengamos que es por Janice.

—No lo entiendo del todo.

Pedro se sirvió otro trago, levantó el vaso y lo dejó.

—No —dijo—. Es mejor que pongamos las cartas sobre la mesa: quiero a Janice. Parece simple, pero es muy complicado; dejemos ese asunto aparte. Puede que después del juicio todo sea distinto, pero realmente es un barco que se va a pique. Haz algo por

mantenerlo a flote. Si logras que Janice vuelva a mí, salvaré a Nicky.

Wren no se inmutó; sus esperanzas no aumentaron. Se mantuvo inconmovible, porque no creyó lo que decía Pedro.

—¿En qué forma? —preguntó ella.

—Cómo, no interesa. Puedo hacerlo.

—No te creo.

—Hay cosas que tú ignoras —dijo Pedro sombríamente. Bebió su trago esta vez, y ella vio que estaba alardeando—. Cosas —agregó vagamente—, que nadie sabe, ni siquiera Roy.

—Si sabes algo que ayudará a Nicky, debes decirlo. Pedro sonrió.

—No me mires así; me haces…

No terminó la oración.

—¿Te hago qué? —preguntó Wren.

Él hizo una mueca y tomó la botella; esta vez bebió sin molestarse en usar el vaso. La vació colocándola sobre sus rodillas.

—Llama a Roy y averigua si está allí; a mí no me escucharía.

—Temo lo que le harás a Janice.

La miró como si hubiese estado monologando y notara por primera vez que había alguien más allí. Rió a carcajadas.

—No la castigaré, Wren —volvió a pensar lo que había dicho y agregó—: No lo haré otra vez.

Ella se encogió de hombros, recordó la tarde en que Pedro la había buscado para preguntarle sobre qué hablaban ella y Janice. Había estado tan seguro de sí mismo en aquella oportunidad que lo preguntaba todo sin decir nada.

Pero había cambiado; quizá era el alcohol. Ahora se le veía débil y sucio. Profundas líneas de preocupación surcaban su rostro. Necesitaba un favor pero no le tenía simpatía a Wren y odiaba humillarse, mas Wren suponía que, dentro de su egoísmo, amaba a Janice.

—Wren —dijo súbitamente—: Roy es uno de los mejores muchachos que conozco. Ha trabajado mucho en el caso Wales en los últimos meses. Puede que a causa de ello se haga famoso, o que se arruine; pero ten la seguridad de que no ganará dinero. La única razón que lo impulsa a trabajar así eres tú.

—¿Él te pidió que me digas esto?

—No es tan hábil; pero soy su amigo, o por lo menos lo fui antes de que el caso Wales se interpusiera. Estoy seguro de eso; con su moral, no le habrá gustado relacionarse con la esposa de su amigo por el hecho de lucirse. Janice se arrojó a sus brazos y, por suerte, él es un ser humano. No te gustaría casarte con un bloque de hielo, ¿verdad? Te ama a ti, Wren; creo que te interesará ésta, mi opinión profesional, sobre el asunto.

Wren sonrió. Pedro, siempre tan pagado de sí mismo como pintor y amante, difícilmente pensaba en otras personas. Fue una sorpresa descubrir que se había ocupado de ella y Roy, y aunque no compartían el punto de vista de Pedro reconoció que había obrado por simpatía. Posiblemente era la primera vez que obraba sin egoísmo, y esto hizo que Wren lo viera distinto. Se preguntó qué le preocupaba, qué fuerza extraña lo impulsaba a crear esas relaciones tan complicadas con Janice y luego a beber para olvidarla. Cualquiera fuera la causa, sentía pena por él.

—Pedro, es mejor que vayas a tu casa a dormir. Trataré de encontrar a Janice y devolvértela, pero aún no. Duerme, higienízate y ponte presentable. Ambos deben discutir esto, y tú no estás en condiciones de hacerlo en este momento.

Él gruñó y se puso de pie.

—Tienes razón, Wren. Yo siempre le digo a Janice que tú eres la mejor amiga que tendrá en su vida —cerró un ojo y con el otro trató de enfocar a Wren—. Sí —dijo—, y puede que yo la vea también.

En cuanto se fue, ella llamó por teléfono a Roy, quien contestó casi al instante:

—Hola.

—Roy, habla Wren. ¿Está Janice contigo?

Él hizo una pausa embarazosa y luego dijo:

—No, ¿por qué?

—Pedro ha estado aquí; anoche discutieron de nuevo.

—¿Algo serio?

—¿Con Janice? No seas tonto. ¿Hay alguna novedad, Roy?

—No; irás al juzgado mañana. Wren, recuerda lo que te dije: lleva una libreta y anota todo aquello que te llame la atención. No lo olvides.

—Sí, Roy; lo recuerdo todo.

—Bien.

Wren esperó. No tenía nada más que agregar; tampoco él, pero el hecho de que estuviera del otro lado de la línea los acercaba; apretó el auricular contra la oreja.

—Bueno —dijo él—. Adiós, Wren.

—Hasta luego, Roy.

Oyó colgar el receptor en el otro extremo e hizo lo propio. Se sentía mucho mejor. Pedro la había preocupado, pero el hablar con Roy la hacía inflamarse.

No podía evitarlo; quería apartarse de él, olvidarlo y evitarse preocupaciones, pero no podía. Lo amaba y el simple hecho de hablar con él le producía una impresión tibia y estremecedora. Nicky no importaba; tampoco Janice o el mundo entero. Sólo Roy. Se desvistió y se acostó. El viernes Roy le había dicho: «Quiero que concurras al juicio toda la semana; tú puedes pescar los detalles que se me escapan, con tus intuiciones. Aún me siento como si hubiera dejado pasar algo por alto, como si hubiera perdido la llave de la cuestión. Trabajé tanto que estoy perdiendo algunas perspectivas».

«Se refiere a Janice —pensó—. ¿No la habrá encontrado aún? ¿Cómo puede ser tan reservado?».

«Después de las sesiones del juzgado —había continuado— discutiremos algunas cosas. Te diré mis planes para contigo y discutiremos mis ideas».

«Conmigo —pensó Wren—; me necesita, aunque sea sólo un poquito. Sabe que puede confiar en mí. Janice es alegre, egoísta e indigna de confianza; necesita mi apoyo; puede contar conmigo. Aún no lo he perdido».

Cerró los ojos tratando de dormir. Pensaba en su visita a casa de los Davvo con Wales. Quizá ésta fuera la clave. Quizá Roy había descubierto la causa por la cual Pedro había castigado a su esposa y por la cual Janice había soportado esa humillación.

Todo parecía tan vago, confuso y lejano… Wren consideró su situación. Wales, doblando el trozo de papel que había recogido en el estudio de Adam Kalish, aquel viejo estudio. Wales estaba vivo entonces y quería casarse con ella. Lo había planeado y urdido. Unos traman asesinatos y otros planean defensas: Wales, Adam, Roy, Janice.

Wren soñó que tenía el mejor pincel de Adam y lo usaba para

pintarse los labios; cada vez que lo levantaba, se convertía en cepillo para la ropa y ella lo usaba para limpiarse la manga. La pintura roja se transformaba en sangre y cuando más cepillaba más sangre manaba. Tenía que llamar a los bomberos para que limpiaran la pintura; oyó sonar la campana en el cuartel de bomberos y se despertó.

La campana aun estaba sonando cuando abrió los ojos; se interrumpió, comenzó nuevamente y, se dio cuenta de que se trataba de su propio llamador. Se puso su bata roja y corrió hacia la puerta. Janice sonrió fatigada:

—Estoy sin casa otra vez. Pedro se embriagó, huí y pasé la noche con los Harbergs. Tienen unos hijos tan traviesos que no puedo soportarlos.

—Oh, Janice, entra; estuve preocupada por ti.

Janice entró, irguiéndose, satisfecha de que alguien se preocupaba por ella.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Pedro estuvo aquí, vino a buscarte; aún estaba ebrio y le ordené que se fuera a su casa a dormir.

—Se despertará para comenzar a beber nuevamente; cuando bebe me asusta.

—Prometió que no lo haría. Jan, tú y Pedro debéis aclarar esta situación.

—Te agradeceré que dejes de darme órdenes.

—¿Yo? —dijo Wren sorprendida—. ¿Darte órdenes a ti?

—Lo intentas.

—No discutamos, Jan.

—Quiero discutir —dijo Janice airada—; estoy contrariada y mis nervios están alterados. No tengo dónde ir y… ¡Oh, Wren!

Se arrojó en los brazos de Wren y comenzó a llorar. Esta la condujo hacia el diván y Janice hundió su cabeza en la falda de Wren, quien le acarició el cabello, de hebras suaves, sedosas y livianas. Se sintió como una madre que consuela a un niño, diciéndole que todo está bien y no debe llorar. Pronto Janice lo olvidaría todo. Sus ojos se iluminaron; la perspicacia y bullicio habituales volverían a ella. Le diría cosas desagradables a Wren; volvería a amar la vida y diversiones, con Roy. Wren miró hacia arriba donde estaban los cuadros de Adam, colgados en la pared

roja, y frunció el entrecejo.

—¿Quién mató a Wales? —preguntó serenamente—. Es hora de que me lo digas, Jan.

Janice se sentó.

—¿Quieres que admita que lo llamé por teléfono la noche que fue asesinado?

Wren sintió erizarse sus cabellos.

—De manera que fuiste tú la que llamó.

¿Por qué?

La voz de Janice vertía hielo.

—Simplemente quería estar segura de que tú estabas allí, y estabas, Wren.

12

Los Davvo se presentaron en casa de Wren a la mañana siguiente y se encargaron de conducirla hasta el tribunal. No mencionaron la aventura del fin de semana ni las conversaciones de ambos con Wren, pero evidentemente mantenían relaciones amistosas, por lo que ella se sintió cómoda.

Roy había reservado espacio para los tres y con la ayuda del ordenanza atravesaron la muchedumbre agolpada en la puerta principal, ubicándose en la segunda fila. «Es igual que ir al teatro —pensó Wren—, tener asientos reservados en una noche de estreno mientras la gente lucha por conseguir ubicación en la galería.»

Se respiraba una atmósfera de excitación, de acción inminente que la hizo vibrar. Murmullo de voces; grupos esforzándose por atravesar la puerta principal; adentro, agentes, abogados y clientes. Las consultas de último momento se cumplían en un clima de tensión nerviosa. Un escribiente en el frente resolvía asuntos importantes, mirando de vez en cuando una hoja de papel y emitiendo una o dos palabras lacónicas; un ordenanza llenaba un tintero.

Wren no había visto un tribunal antes y lo observaba todo con sumo interés. El salón era grande, simple y sobrio; el color del cielo raso y las paredes, limpios y nuevos; los bancos de nogal brillaban como si hubieran sido lavados, secados y encerados recientemente.

El frente del salón estaba cerrado por una baranda; dominado por el elevado pupitre del juez, un mostrador de nogal grande detrás del cual se encontraba una silla de cuero. Arriba colgaba una bandera norteamericana. Un hombre estaba sentado al pie de la tarima del juez. Parecía una especie de juez auxiliar que se cobijaba en el rango de su superior.

—¿Quién es? —preguntó Wren.

—Un taquígrafo —dijo Janice.

—¡Ah!

Janice sabía todo lo que se relacionara con tribunales; había

concurrido a ellos por juicios de divorcio, daños y perjuicios, etcétera.

Los consideraba un regalo del país a los habitantes libres y creía que debían ser usados. Se acerco a Wren y le habló al oído.

—¿Ves esos dos hombres, que están mirando, sentados en ese banco, casi desocupado? —preguntó Janice—; son periodistas. Trata de aparecer bonita, Wren; dirán toda clase de cosas acerca de ti.

Wren se volvió; varias personas se hallaban en la tribuna del jurado, sentados leyendo los diarios matutinos. Wren se sintió indignada. ¿Cómo podían interesarles esas cosas cuando estaban por procesar a Nicky? Deberían sentarse serenamente con la cabeza inclinada; deberían estar orando, supuso ella.

Sonrió ante su propia candidez. Se sintió erguir por la excitación. Roy había descendido por el pasillo y atravesó el portón. Llevaba consigo un abultado portafolio que contenía sumarios. Parecía viejo y ajado. Wren deseó tener el derecho de regalarle uno, con divisiones y cerradura e iniciales grabadas a mano.

Él se sentó a la mesa y abrió el portafolio. Una mujer ordenanza se acercó y lo saludó. Él le dijo algo sonriendo que la hizo reír, se sacudió un polvo imaginario de la solapa, con un gesto coqueto y luego se retiró. Unos minutos después, volvió con un vaso y una jarra con agua.

Otros dos hombres atravesaron la puerta sentándose en la otra mesa.

Tenían grandes paquetes que desenvolvieron y dejaron en el suelo. Conversaban entre ellos, hablaban al empleado y a los ordenanzas. Saludaron a Roy, mas éste parecía solitario y abandonado.

Wren se inclinó y murmuró al oído de Janice:

—¿Cuándo comenzarán? Ya son las diez.

Janice contestó con tono de superioridad:

—Nunca empiezan a horario; creo que el juez espera la llegada de todos los actuantes y luego se sienta en su oficina privada para tomar una última taza de café. Siempre habla como si estuviera furioso. Jamás aceptan a un juez a menos que sepa impresionar al público.

—Roy no impresiona y sin embargo es un buen juez.

—¿Roy? No, por Dios.

Hubo otro alboroto y Janice dijo:

—Ese es el fiscal del distrito.

Francis Maloney atravesó la puerta y pareció envolver a todo su séquito con un saludo profundo y melodioso. Sus dos asistentes trajeron envoltorios. Roy levantó la cabeza por un instante y asintió.

Maloney era un hombre de mediana edad, de cara grande, gorda y puntiaguda. Daba la impresión de haber ganado todos los premios cuando iba a la escuela. De poder tomar la cuarta parte de una botella de *whisky* de precio, pero no poder tolerar nada barato. Su larga nariz se agitaba tratando de husmear algún indicio de irrespetuosidad, aunque era inconcebible que alguien se atreviera a desviarse de los cánones del respeto, en presencia del Gran Hombre.

Hablaba con todos; Wren apretó los puños, sintiendo un profundo resentimiento contra él en todas sus fibras. Lo odió y pensó: es un fanfarrón barato, que quiere demostrar cuán bueno es él y qué malo es Nicky; espero que Roy lo humille. ¡Oh, Roy, debes triunfar! No puedo permanecer así, esperando. No sabía que un juicio fuera así, tan lento, que demorara tanto en comenzar. Roy, quisiera estar contigo, me moriré si fracasas.

Se mordió los labios y luego trató de reírse de su ansiedad. Si Roy fracasaba no era ella quien iba a morir, sino Nicky. Se volvió para mirar a los periodistas. El recinto que les pertenecía estaba colmado y habían traído asientos auxiliares, porque los habituales no eran suficientes.

La tribuna del jurado estaba colmada también. El juicio estaba por comenzar. ¿A quién esperaban? ¿Cómo podían demorarse?

Un ordenanza abrió la puerta del fondo del salón y dio un golpe en seco. Todos se pusieron de pie, se oyó el crujido de unos zapatos y un hombre pequeño, con apariencia de duende, que vestía toga negra, atravesó la puerta ubicándose rápidamente sobre el estrado. Pareció desaparecer momentáneamente detrás del mostrador para reaparecer triunfalmente con una ancha sonrisa burlona. Se sentó en la silla de cuero e indicó que volvieran a sentarse. La mueca abandonó su rostro y se enfrascó en un libro. Ni siquiera está prestando atención, pensó Wren, es horrible.

Se abrió una puerta lateral y Wren presintió, más que oyó, el murmullo de la multitud. Apareció un agente; Wren vio que se abría

una segunda puerta de acero por la que entró Nicky. Wren comenzó a levantarse de su asiento, pero Janice la empujó hacia atrás.

—No seas tonta —murmuró.

Wren apenas la oyó; tenía los ojos clavados en Nicky, absortos en sus rasgos familiares. Estaba pálido, desencajado y había adelgazado. No demostraba ninguna emoción. Wren nunca lo había visto tan indiferente; hasta cuando se dirigió a Roy asintió brevemente, con frialdad e indiferencia, tomando asiento.

El agente que lo había acompañado murmuró algo. Tenía un revólver ajustado en el cinturón. Wren sintió un súbito resentimiento. Qué tonto, pensó; saben perfectamente que Nicky no tratará de escapar.

Hubo un silencio prolongado y expectante como si el actor que debía actuar a continuación hubiera olvidado su papel. El juez miró hacia arriba con expresión ligeramente ansiosa. Para alivio de todos los que estaban interesados hizo una seña con la cabeza. El fiscal del distrito, Maloney, se puso de pie y avanzó. Daba la impresión de estar esperando el aplauso habitual antes de decir una sola palabra. Nadie aplaudió; aclaró su garganta con un aire de importancia.

—Si a la Corte le parece bien —dijo—, y si mi honorable opositor está dispuesto, creo que podemos llamar al primer testigo.

El juez frunció el entrecejo y miró a Roy como si temiera que eligiera ese momento para echarlo todo a perder. Pero Roy estaba extrañamente inmutable; asintió lentamente.

Wren podía ver solamente la parte posterior de su cabeza; se había cortado el cabello durante el fin de semana.

—El agente James
P.
Cullen —dijo el fiscal del distrito, leyendo una hoja de papel.

Un hombre insignificante, de cara roja y cuadrada, con un mechón de cabello negro, se puso de pie entre los concurrentes y atravesó la puerta. Se acercó a la silla de los testigos, ubicándose en una plataforma baja entre el asiento del juez y la tribuna del jurado. El escribiente volvió a adelantarse y colocó la Biblia sobre la base.

—Coloque su mano derecha sobre la Biblia y preste juramento. ¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? Si así no lo hiciereis, que Dios os lo demande. ¿Cuál es su nombre y dirección, por favor?

Anotó rápidamente y le hizo una seña al agente de que se sentara en la silla de los testigos. Roy se adelantó y habló con Nicky. Wren podía ver el perfil de Roy, su nariz achatada y sus labios curvados y gruesos, Nicky escuchó pero no dio señal de haber oído. Maloney, el fiscal del distrito, se adelantó.

—Su nombre y dirección, por favor —dijo con voz fuerte y melodiosa que dominaba todo el ámbito, incluyendo los rincones y grietas, hasta rodar por el suelo.

Wren sintió una picazón en los tobillos. Cruzó las piernas frotando uno contra otro. Odiaba a Maloney, y a Cullen; estaban en su contra.

El agente contestó la primera pregunta, habló de su grado dentro del departamento de policía y describió su trabajo habitual.

—¿Recuerda la mañana del 12 de setiembre? —preguntó Maloney.

—Sí, señor.

—¿Qué estaba haciendo alrededor de las nueve de la mañana?

—Estaba de servicio en un coche patrullero, cumpliendo con mi obligación.

—¿Recibió algún llamado?

—Sí, señor; alrededor de las nueve recibí un llamado proveniente de la calle Setenta y Tres Este número 653, para ir allí a investigar. Una mujer dijo haber encontrado un cadáver.

—¿Fue allí?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró?

—Una mujer se presentó como Claire Bittner, empleada de limpieza. Me condujo a la planta baja, donde encontró el cadáver.

—Descríbalo.

—Era el cuerpo de un hombre, que yacía en un extremo de la habitación cerca de la ventana y tenía un revólver en la mano. Había recibido un disparo en la cabeza y parecía muerto.

—¿Qué hizo entonces?

—Le dije a mi compañero que parecía un homicidio y que hiciera los llamados correspondientes al distrito local, a la sección de homicidios y a la oficina de telégrafo. Se debe notificar a un grupo de personas.

—¿Qué hizo luego?

—Permanecí allí, custodiando el cadáver hasta que llegaron mis compañeros.

—¿Incluyendo representantes de la sección de homicidios?

—Sí, señor.

Maloney retrocedió.

—Eso es todo, Cullen, a menos que el señor Padget quiera interrogarlo.

Roy alzó los ojos.

—No; ninguna pregunta —dijo y Cullen abandonó la plataforma.

Wren contuvo la respiración; el juicio había comenzado; el primer testigo había prestado declaración y Roy no se había tomado la molestia de interrogarlo. Se sintió un tanto desilusionada con respecto a Roy; sin embargo, era apasionante en todos sus aspectos. Comenzó a garabatear la libreta que había traído.

El testigo siguiente era Marvin Lewis, el joven detective que la había visitado en dos oportunidades haciéndole creer que tenía en su poder el broche de cobre y que la arrestaría. Deseó que Roy lo atacara.

Lewis dijo simplemente que era un oficial de policía que había trabajado en el caso y luego dio las informaciones técnicas relativas a la identidad del cadáver. Una declaración con respecto a la señora de Cristopher Wales, la madre de Mortimer, que había reclamado el cadáver, y sobre las huellas digitales, que resultó aburrida e insustancial. En la mitad de esta declaración, Roy se puso de pie.

—Si a usía le parece bien —dijo—, la defensa admite la identidad del cadáver. Era el cuerpo de Mortimer Wales.

Maloney trató de silenciar a Roy con un gesto.

—Se debe demostrar la identidad —dijo ostensivamente.

Pero el enano que se encontraba detrás del pupitre hizo callar a Maloney. El juez hizo esto con un gesto y un movimiento de su boca, que podía ser un tic nervioso o bien una sonrisa.

—El consejo ya lo ha establecido ampliamente.

Maloney dijo:

—Gracias, usía —y luego dirigiéndose al testigo—: Está bien, Lewis, puede descender.

Wren sintió deseos de aplaudir; le pareció que Lewis había sido castigado por la forma en que la trataba y que Roy había obtenido un punto a favor. No sabía nadie el papel que había desempeñado

en el cuerpo de fiscales del distrito.

Había sido una tonta, desde luego; bajó los ojos. En su libreta vio el pequeño bosquejo hecho a lápiz de un hombre de quijada blanda, nariz largo y picuda. Apenas recordaba haberlo visto; dudó entre romperlo y mostrarlo a Roy más tarde. Janice se rió.

—Hazle un bigote, Wren; se verá más cómico aún con un gran bigote.

—¿Con guías dirigidas hacia dónde?

—Con las guías hacia abajo.

Wren lo dibujó rápidamente. Uno de los miembros del jurado la estaba observando. Quiso adoptar una expresión que reflejara que Nicky era inocente, pero no supo cómo hacerlo. Se concentró en ese pensamiento: Nicky es inocente, Nicky es inocente, y entrecerró los ojos. No creía en la telepatía, pero no perdía nada con probar.

Cuando volvió a mirar hacia el jurado, éste se había olvidado completamente de ella y observaba al nuevo testigo, que estaba prestando juramento. Se trataba del detective Walter Ivy, del departamento de homicidios, un hombre corpulento, tosco e inquieto. En cuanto comenzó a hablar, Wren vio que su testimonio era de gran valor.

Había estado a cargo del caso. Había llegado al departamento de Wales alrededor de las diez, examinando el cadáver y comenzado los trámites correspondientes. Él comprendió inmediatamente que no se trataba de un suicidio, pues no encontró señales de violencia ni una nota de suicidio. Alguien había disparado contra Wales, tratando luego de que el hecho apareciera como un suicidio, mas esto no pasó de un torpe intento. El ángulo por el cual había entrado la bala, la ausencia de deflagración de pólvora, la posición misma del revólver, demostraban que había sido colocado sobre la mano abierta y no asido por ésta. No engañaba ni a un aficionado.

Wren anotó en su libreta: Está equivocado. Una aficionada había sido engañada: Irene Venice, quien cuando vio el cadáver pensó que Wales se había suicidado.

Maloney asintió con satisfacción. Había hendido la primera uña en el féretro de Nicky y lo había hecho con eficacia. Maloney se volvió sonriendo y se dirigió a su mesa; sus asistentes lo saludaron con murmullos de aprobación.

Roy se puso de pie. Vestía un holgado traje gris. Se le veía

fuerte, sincero y natural. Tenía una hoja de papel amarillo en la mano.

—Señor Ivy —comenzó con voz serena y confiada—: usted ha dado tres razones por las cuales cree que se trata de un asesinato y no de un suicidio. ¿Estoy en lo cierto?

—Tres razones principales, sí, señor.

—¿Existen otras?

—Muchas más.

Roy pareció retroceder y tomar puntería. Durante unos instantes se enfrentaron el eminente detective y el abogado. Comparándolos, Roy parecía pequeño y delicado, pero a Wren le pareció el único y verdadero hombre. Reparó que existía una atmósfera de duda entre ellos mientras se observaban, no con hostilidad sino, por el contrario, con respeto mutuo, como dos profesionales sin antagonismos. Sintió enojo contra Roy. Deseó llamarlo e incitarlo a pelear, no sólo con su inteligencia sino también con sus sentimientos.

Trató de recordar lo que le había dicho Roy acerca de los testigos. Se puede citar a cualquier testigo y éste debe comparecer, pero sólo se le puede hacer preguntas generales sobre lo que ocurrió, vio u oyó. Preguntas como las que hacía Maloney, denominadas preguntas directas. Cuando se interrogaba a un testigo del otro abogado esto se denominaba repreguntas y las reglas que lo regían eran completamente distintas. Se podían sugerir las contestaciones supeditándolas a un sí o un no. Roy las había denominado preguntas indirectas. Al testigo del oponente se le podía sugerir; al propio, no. Después del interrogatorio del abogado oponente, el que presentaba al testigo podía darle oportunidad al mismo de agregar explicaciones. Las preguntas podían sucederse indefinidamente por una u otra parte mientras el testigo tuviera aliento.

Esperaba haber aprendido la lección; Roy le había enseñado mucho, pero todo era sumamente complicado. ¿Por qué no trataban de averiguar la verdad, en lugar de implantar tantas reglas? Roy había dicho que algunas de las reglas existían principalmente porque eran antiguas y todos estaban acostumbrados a ellas; databan del siglo catorce o quince.

Wren se inclinó hacia adelante; éste era realmente el principio

de la lucha de Roy. Se sentía helada, tenía la boca seca y unió sus manos con fuerza. Oyó la pregunta siguiente formulada por Roy y se preguntó qué se proponía hacer. Apenas podía seguirlo.

—Mencione algunas de las otras razones —dijo—, que le dan la seguridad de que no se trata de un suicidio.

Ivy trató de detenerlo.

—Pequeñas cosas —dijo—; detalles que en sí mismos carecen de importancia, pero que sumados constituyen evidencias de importancia.

—Limítese a nombrarlos —dijo Roy—; al jurado le interesará conocerlos.

Ivy se encogió de hombros.

—Bien —dijo—, el hecho de que yaciera en el suelo en vez de estar sentado.

—¿Cree que todos se sientan? —preguntó Roy.

—No, pero generalmente lo hacen en estas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—En la propia casa, en un departamento cómodo.

—¿Estuvo allí para verlo a está sólo adivinando?

—Estoy exponiendo los hechos tal cual son, de acuerdo con una larga experiencia.

—Nombre algunas razones más.

—El que no hubiera ninguna carta escrita por el suicida.

—¿Lo establece como un hecho o se trata simplemente de que usted fracasó en la búsqueda de dicha nota?

—La busqué, lo revolvimos todo y comprobamos que no había ninguna.

—¿Quiere decir que no halló ninguna?

Ivy se dio por vencido.

—No hallé ninguna.

—Tres razones —dijo Roy—: la falta de marcas de pólvora que no indicaban una herida inferida por el suicida, la forma de asir el revólver y el ángulo por el que penetró la bala hacia abajo y desde la izquierda. ¿Estoy en lo cierto?

—Prácticamente, sí.

—¿En qué aspecto estoy equivocado?

—Podría agregar algunos detalles.

—Agréguelos.

—Creo que está en lo cierto —dijo Ivy.

Roy consultó sus apuntes.

—La forma de asir el revólver y el ángulo por el cual penetró la bala son hechos reales. Que Wales fue muerto por otra persona, no es un hecho, sino una conclusión a la que usted arribó. ¿Estoy en lo cierto?

—Todos llegaron a la misma conclusión.

—Me inclino a rechazar la respuesta del testigo y solicito al tribunal que así lo haga. El testigo no puede hacer alusión a la opinión de otras personas.

—Concedido —dijo el juez—; el jurado no tomará en consideración la última respuesta.

Maloney se puso de pie.

—Con la autorización de la Corte, mi oponente se está alejando del tema y redundando en detalles; no deseo que pierda su tiempo, ni él ni el jurado. Me agradaría que mi oponente concretara.

El juez no miró al fiscal del distrito. Wren tuvo la rápida impresión de que existía una especie de acuerdo entre ellos, que Maloney interrumpía periódicamente, no porque tenían importancia, sino para evitar que el juez se aburriese.

—Las preguntas son concretas —dijo el juez Matteo, sin mirar a nadie.

Roy comenzó su interrogatorio. Wren se dijo que estaba frente a un nuevo Roy, inflexible, preciso, que no dejaba escapar detalle. Apuntaba a un blanco y nada en el mundo lo apartaba de él. Podía formular la misma pregunta miles de veces sin perturbarse. Era una máquina con un propósito determinado y lo cumplía.

Había vencido a Ivy. Poco a poco, machacando e insistiendo constantemente sobre lo mismo. Roy convertía cada afirmación en una duda. Esta comenzaba siendo pequeña, pero él la insinuaba hasta convertirla en realidad. Las marcas de pólvora demostraban que el revólver había tocado la frente de Wales en el momento de la explosión, pero esto no probaba que fuera Wales el que sostenía el revólver. Existía una duda. El recorrido de la bala podía ser el mismo en caso de suicidio; la duda persistía. La acción refleja de la mano podía haber permitido que Wales dejara escapar el revólver, en cuyo caso éste habría estado sujeto levemente. La duda continuaba.

Hasta Wren notaba cuán débil era la duda, pero existía. Veía a Roy pelear, cómo su mente penetraba en la raíz de un problema y se adhería a él como el aguijón de una avispa. Nada lo conmovía. Sus fuerzas se extendían y llenaban el ámbito del juzgado, pero ella la percibía con una sensibilidad tan enorme que por momentos le daba la impresión de tenerlo frente a sí, hablándole a un testigo, y por momentos lo sentía sentado junto a ella, rodeándola con sus brazos. Se volvía para asegurarse y veía a Janice observando con los labios entreabiertos, los ojos pequeños y la respiración entrecortada por la excitación.

—Usted afirmó —dijo Roy—, que debido al ángulo por el cual penetró la bala no podía ser Wales el que sostuviera el revólver en su mano derecha.

—Sí, señor.

—Usted afirmó también que, de acuerdo con su punto de vista, el revólver había sido colocado en la mano derecha de Wales después de haber sido asesinado, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Si Wales era zurdo, se hubiera suicidado sosteniendo el revólver con la mano izquierda, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y la herida que usted vio pudo haber sido inferida por un suicida zurdo, ¿verdad?

—No es muy probable, pero puede ser.

—Eso es todo —Roy se volvió, dirigiéndose a su asiento.

Wren percibía la excitación en el juzgado, los murmullos, la tensión falta de aliento y la expectación de cómo enfrentaría Maloney este problema. Ivy, su mejor testigo, Ivy, el experto en asesinatos, estaba vencido y prácticamente admitía que Wales podía haberse suicidado, y Roy Padget, un abogado desconocido, hacía fracasar todo el caso una hora después de iniciado el juicio. Wren se sintió orgullosa.

El pequeño juez, detrás del estrado, miró ansiosamente. No había esperado entretenerse y estaba complacido. Parecía querer saltar por la excitación.

Maloney sostuvo una consulta en voz baja con su ayudante y se dirigió al testigo.

—Señor Ivy —dijo—: usted estableció la posibilidad de que

Wales se hubiera suicidado en caso de ser zurdo, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Hizo usted una investigación específica sobre si Wales era zurdo o no?

—Sí, la hice.

—¿Cuál fue el resultado de esa investigación?

—No lo era; su mano izquierda estaba prácticamente poco desarrollada.

Maloney se volvió y sonrió a Roy.

—La defensa puede disponer del testigo.

Roy murmuró algo a Nicky y esperó la respuesta. Maloney continuaba pavoneándose. De algún modo se había enterado del plan de Roy y había preparado una celada.

Roy miró hacia arriba, su rostro parecía una máscara de madera.

—Eso es todo —dijo.

Wren hubiera llorado defraudada.

13

La sesión de la tarde fue otro desfile de policías que recitaban los detalles que habían encontrado. Un oficial de la galería fotográfica de Manhattan encabezó el mismo. Dijo que llegó al departamento de Wales alrededor de las once y que, de acuerdo con las instrucciones de Ivy, tomó fotos del cadáver, la herida y el departamento. Maloney se dirigió a su mesa y tomó unas cuantas fotografías.

—Le muestro esta fotografía —dijo Maloney— para que me diga si le resulta familiar o no.

—Sí, es una foto que tomé en el departamento de Wales la mañana del 12 de septiembre, cumpliendo mis obligaciones como oficial de la policía.

—¿Puede identificarla un poco mejor?

—Sí, la marqué ahí, al dorso.

—Ofrezco esta foto como prueba —dijo Maloney, como si hubiera vencido en parte a Roy.

El taquígrafo tomó la foto, puso un sello en un ángulo y escribió sobre éste con su lapicera fuente. Garabateó cuidadosamente como si su pluma fuera un arma desconocida para él.

—Prueba número uno —dijo—, clasificada para identificación.

Roy se puso de pie. Maloney le dijo:

—Creo que de ésta ya tiene usted una copia.

Roy la miró rápidamente, asintió y volvió a su silla. Nicky se volvió hacia el fiscal del distrito; era la primera vez que lo miraba.

El juez levantó su pequeño rostro travieso. Parecía haber tomado un interés repentino por el proceso y dijo:

—¿Qué es eso?

—La prueba número uno —dijo el taquígrafo y continuó escribiendo.

—Permítame verla —dijo el juez.

A Wren le dio la impresión de que estaba alegando hallarse en su corte, que no estaba bien hacerlo a un lado y que deseaba ser el

primero en ver todo.

Tomó la foto, la estudió ávidamente, devolviéndola luego.

—Mostradla al jurado —dijo, e inmediatamente perdió todo interés en los acontecimientos.

Había más de una docena de fotografías, cada una de las cuales fue presentada con la misma actitud ceremoniosa. «¿Por qué —pensó Wren— Maloney y Roy no se habían puesto de acuerdo previamente sobre las fotos y las entregaban al juez todas a la vez?». Y hubiera sido mucho más rápido. Luego supuso que las cosas importantes debían ser hechas de manera lenta, también de acuerdo con la tradición. Sin embargo, la tradición era muy pesada.

Un policía experto en huellas digitales prestó testimonio a continuación. Se trataba de un hombre alto y rubio que hablaba serenamente. Dio datos acerca de su experiencia en reconocimiento de impresiones digitales y describió cómo había examinado la habitación en busca de ellas y agotado todas las posibilidades. Había hallado varias, hechas por Mortimer Wales y por su mucama.

—¿Algunas otras? —preguntó el fiscal.

—Había algunas en la mesa próxima a la cual fue hallado el cadáver.

—¿Las identificó?

—Sí.

—¿A quién pertenecían?

—A Nicolás Newbaker.

Maloney había clavado otro dardo.

Había fotos de las impresiones en cuestión, ampliaciones de las de Nicky, diagramas, líneas de similitud y un informe sobre impresiones digitales. La identificación de las mismas era completa y Maloney se sentó.

Roy formuló tres preguntas.

—¿Es fácil determinar la antigüedad de una impresión digital?

—No; es muy difícil.

—¿Tiene una idea de la época de ésas, atribuidas a Nicky Newbaker?

—Sí; creo que fueron hechas dos o tres días antes de que yo las viera por primera vez.

—¿Está seguro? Podrían tener una semana de antigüedad, ¿no es así?

—Puede ser.

Luego prestó testimonio un perito médico. Dio detalles técnicos de la herida. Dijo que la muerte había sido ocasionada por una bala, que él había extraído durante la autopsia y entregado a un oficial del departamento correspondiente. Dijo que el momento de la muerte oscilaba entre las 22 y las 24 horas de la noche del 11 de septiembre.

Wren se sentía aburrida. No entendía las palabras complicadas que usaba el médico, ni su importancia. Deseaba que Roy lo derrotara, pero éste sólo formuló unas pocas preguntas acerca del momento del deceso. Las formulaba sin objeto, aparentemente. Está desalentado, pensó Wren. Se condujo maravillosamente esta mañana, hasta el momento en que Ivy dijo que Wales no era zurdo, pero ahora está completamente desalentado. Desearía poder hablarle, estar sentada junto a él y Nicky, poder ayudarles.

Pese a todo, Wren sólo era un espectador más. Formaba parte del público, y lo único que podía hacer era esperar el gran momento en que Nicky o Roy la miraran para sonreírle. Pero ninguno de ellos se tomó la molestia de hacerlo. Todo era inútil.

Miró al juez; tenía los ojos semicerrados como si estuvieran meditando pero ella tenía la sospecha de que estaba profundamente dormido.

El testigo siguiente era un detective con cara de bebé y aspecto saludable, del departamento de balística. También traía fotografías. Afirmó que la bala que causara la muerte de Wales provenía del revólver que se hallaba en la mano de éste, ya que había examinado aquélla con el microscopio. Tenía croquis, registros y documentos para demostrar contra cualquier duda y pulgada por pulgada la trayectoria de la bala desde el revólver hasta Wales y desde éste hasta el juzgado.

Uno de los asistentes de Maloney le alcanzó una caja pequeña; Maloney se dirigió al testigo. Como si hubiera estado establecido previamente, el juez se puso de pie.

—Le muestro un revólver —dijo el fiscal. Con aire de importancia lo sacó de la caja—. Un revólver negro, pequeño, calibre 22, cuyo número de serie es

7W22-2984.

Quiero saber si lo ha visto antes y lo que sabe acerca de él.

—Es el revólver que causó la muerte a Mortimer Wales.

—¿Siguió las huellas o indicios del propietario de ese revólver?

—Sí. Fue adquirido por Nicolás Newbaker el 8 de julio de 1944, y estaba registrado a su nombre.

—Lo ofrezco como prueba —dijo Maloney. Hizo un gesto de que lo iba a entregar al taquígrafo, pero cambió de idea. Abrió el revólver—. Quiero estar seguro de que no contiene balas; no me gustaría ver a nadie muerto por equivocación.

Esperó que todos rieran. Dio la impresión de adular a los doce hombres buenos y justos, de los cuales cuatro eran mujeres. Luego entregó el revólver y se dirigió a su mesa.

Roy caminó hasta la baranda del recinto y se apoyó en ella. Comenzó su interrogatorio desaprensivamente. Volvió a verificar los hechos. Formuló preguntas sobre detalles de fechas; cuándo Nicky había comprado el revólver exactamente; cuándo había sido registrado; cuándo había vencido la licencia. Wren se preguntó qué le habría sucedido a Roy. ¿No se le ocurría preguntar algo más interesante? Estaba perdiendo el tiempo. Wren no podía siquiera imaginar el objeto de sus preguntas; parecían irracionales.

Súbitamente se puso alerta. Un cambio repentino en la voz de Roy, en su expresión, la previno. Miró rápidamente alrededor; Janice estaba principalmente interesada en la tribuna del juzgado; los ojos de Pedro estaban semicerrados. Los periodistas del otro lado del salón parecían igualmente aburridos, como si los aspectos poco interesantes del juicio constituyeran un riesgo del empleo, del cual ellos hubieran aprendido a aislarse. Nadie más veía la trampa que se cerraba, nadie armonizaba con Roy tan fina y delicadamente, como Wren. Estaba tan excitada como si ella hubiera contribuido a formular la pregunta.

—Todos saben —dijo Roy—, como resultado de intensas investigaciones, que el señor Newbaker poseyó este revólver hasta el año 1945, más o menos, y que se trata del mismo que mató a Wales el 11 de septiembre de este año. Pero no tienen la mínima idea de dónde estuvo el revólver durante ese largo intervalo, ¿no es así?

El perito del departamento de balística se ruborizó.

—Tengo una idea bastante certera —dijo.

—¿Puede probar detalladamente dónde estuvo desde 1945 al 11

de septiembre último?

—Todos saben dónde estuvo.

—Me inclino a rechazar esta propuesta; el testigo sólo debe afirmar lo que sabe por sí mismo.

Maloney dijo algo que el juez interpretó.

—Concedido —dijo—; que el testigo vuelva a contestar la pregunta.

El empleado volvió a leerla. El perito dudó y Roy volvió a decir:

—¿Puede probar detalladamente dónde estuvo? Conteste a mi pregunta con un simple sí o no, sin tratar de hacerse el inteligente.

—No estoy tratando…

—¿Sí o no? —interrumpió Roy.

Maloney se puso de pie. El pequeño juez volvió la cabeza hacia un lado. Roy se dirigió al testigo diciendo:

—Bien, ¿sí o no?

—No —dijo el testigo lentamente.

Wren emitió un suspiro de alivio. De pronto, notó que Janice la estaba asiendo fuertemente y clavando sus dedos en la rodilla de Wren; se volvió, y Janice se ruborizó profundamente.

—Roy —dijo torpemente— lo está llevando muy bien, ¿verdad?

Wren no contestó; unos instantes después, luego de presentadas las evidencias policiales de rutina, el juez opinó que se levantara la sesión hasta el día siguiente. Lo sugirió tímida y ansiosamente. Cuando ambos abogados asintieron, pareció tan aliviado que Wren tuvo la seguridad de que sólo ansiaba llegar a su casa lo más pronto posible. Quizás tuviera que atender asuntos personales de gran importancia o quizás uno de sus nietos cumpliera años y quisiera cortar la torta.

Se inclinó hacia adelante, ya listo para irse, pero antes se dirigió a los miembros del jurado:

—No discutan el caso con nadie —dijo—, ni siquiera entre ustedes. Estén aquí mañana a las diez horas.

Luego sonrió y se puso de pie. Asió su toga como si se tratara de una camisa larga y se escurrió por la puerta pequeña del extremo del juzgado. Hubo murmullos de voces, ruidos de pasos. Un agente tocó el hombro de Nicky y le señaló la celda. La sesión estaba levantada; el día había llegado a su fin.

Pero Wren no había terminado aún. Llevaba todo el juzgado

consigo cuando se fue. Pedro y Janice se sentaron a su lado en el taxi que los conducía a su domicilio; pero Maloney la observaba de soslayo desde el asiento extra, el pequeño juez sonreía tonta y traviesamente a través del techo de vidrio y el jurado íntegro parecía seguirla. Ella los vio en otros taxis, coches y ómnibus, vagando por las calles, sobrios, siniestros, con la fuerza de la muerte, con ella en sus corazones y con el derecho de matar.

—Bueno —comentó Pedro—, parece que todo anda muy bien, hasta el momento —continuó—. Roy no podía hacer mucho, pero se desempeñó bien cuando se presentó la oportunidad.

—Trabajó mucho —dijo Wren—; sabe que Nicky no lo hizo.

—Olvidemos el asunto —dijo Janice—, o moriremos todos jóvenes por la preocupación; salgamos esta noche a divertirnos; ¿vendrás con nosotros, Wren?

—No, ni soñando.

—No seas tan solemne; realmente debes salir y divertirte.

—¿Como tú? —dijo Wren sabiendo que si lo deseara podría…

Wren se interrumpió; Pedro estaba allí y no podía hablar en su presencia. Le sorprendió que Pedro hubiera estado con ella y Janice todo el día sin apartarse un instante y que Janice estuviera conforme.

—No me dejes sola con Wren —le habría dicho con seguridad por la mañana.

Wren se dio por vencida.

—Lo siento —dijo serenamente—, pero no puedo salir mientras Nicky se encuentre en esta situación.

—No le ayudarás quedándote en casa, cavilando —comentó Janice.

—¿Cavilando? —dijo Wren—. ¡Qué pensamiento tonto!

Cuando llegó a su casa notó lo cansada que estaba. Había enfrentado a cada testigo y sufrido con cada palabra dicha por ellos; tenía los nervios extenuados. Descansó un rato, luego tomó un baño caliente y se vistió.

No importaba el tiempo que había descansado o si se había recuperado totalmente, ya que no podía olvidar el testimonio del perito en balística, ni cuán fácilmente ella podía haberlo contradicho. Había visto a Janice con ese revólver, en el campo; recordaba el momento en que ella se lo dio a Wales, diciéndole: «es

algo que tuve durante mucho tiempo».

Pero si Wren mencionaba eso, Janice se vengaría. Colocaría a Wren en la escena del crimen, convirtiéndola en testigo policial y tendría que declarar contra Nicky. No podía evitarlo, debería callarlo.

Roy llegó a las 19:30. Ella había comenzado a dudar si él vendría o no; corrió a abrir la puerta. Era una alegría enorme verlo allí sonriente, fuerte, sereno y poderoso.

—Roy —dijo excitadamente—, estuviste maravilloso.

Él sonrió.

—Hoy se trataba solamente de una guerrilla preliminar. Mira, Wren, vayamos a un buen restaurante, a uno de esos lugares tranquilos, donde hasta los mozos hablan en voz baja, tomemos un trago y descansemos. Todo lo que deseo es sentarme y ver una carita linda, alimentar mi alma y mi cuerpo, ¿qué te parece?

—Yo pensaba —dijo ella— que eras maravilloso, y compruebo que lo eres.

—Halagos —dijo él—, caviar, sopa suave, espuma de los labios de un pájaro; vamos Wren, tengo hambre.

Por un instante olvidó a Nicky; Roy necesitaba que lo distrajeran y ella hizo lo posible por lograrlo. Hablaba sin preocuparse de lo que decía, aunque observando la cara de Roy y viéndole alegrarse, disolverse sus preocupaciones y levantar su espíritu. Estaba enamorada de él y no podía cambiar. Después del juicio ocurriría algo, quizá terrible o maravilloso, pero eso no importaba ahora. Estaba con Roy.

Él comenzó a hablar del juicio a los postres.

—Maloney llevó muy bien el asunto de la mano izquierda de Wales —dijo—. Ivy es un policía íntegro y yo sabía que me estaba tirando un lance, pero no esperaba verme vencido tan duramente.

—El juicio no podrá con nosotros, Roy; simplemente, no podrá.

Roy se encogió de hombros.

—Lo que ocurrió hoy no tiene importancia; mañana comienza; la mañana será decisiva.

—¿Por qué?

—Declara la mucama. Si admite que no limpió bien la mesa y que las impresiones digitales datan del día de la fiesta, comenzaré a tener esperanzas. Pero si afirma que no fueron marcadas en ese

momento…, entonces veremos.

—¿Por qué depende tanto de ella?

—¿Por qué? —dijo Roy—. Hablé con cuarenta y tres personas que estuvieron en la fiesta y ninguna de ellas vio a Nicky cerca de la mesa en la cual fueron halladas sus impresiones digitales.

El corazón de Wren latió apresuradamente. Roy pareció alejarse pero luego lo sintió más cerca de ella que nunca, desde la tarde que estuvieron en Amawalk. Percibió su confianza y fe en ella, como si le colocara la mano sobre el hombro u oprimiera su mejilla contra la de ella. Actuaban de la misma manera sus corazones, sus mentes. Ya no existían abismos entre ellos. Wren ya no podía ocultar nada.

—Roy —dijo—: vi a Mortimer Wales la noche que fue asesinado. Entré allí.

Roy enrojeció.

—Mira —dijo bruscamente—; jamás se lo digas a nadie. No lo enredes o insinúes, ni lo confieses a ti misma. ¿Comprendes? Dite a ti misma que nunca estuviste allí. No hay pruebas, no ocurrió y si te lo preguntan, niégalo, ¿entiendes?

—Sí —respondió ella tímidamente—; siento haberte preocupado, traté de decírtelo antes, pensé que si sabías lo del prendedor de cobre, esto te ayudaría.

—¿Ayudar? —dijo él—, por el contrario; ¿pensaste que era tan tonto para no adivinarlo? ¿En qué puede ayudar eso?

Ella movió la cabeza.

—No sé, pero no creí que te enojaras así y no comprendo por qué te enfureces. Sólo trato de decirte la verdad.

Cerró los labios, aún enojado, pero tuvo bastante sentido común como para pasarlo por alto.

—Bien —dijo—, ya que has dicho tanto, continúa con el resto; ahora ya no tiene importancia; ¿qué ocurrió, Wren?

—Vi a Wales esa tarde, alrededor de las veinte horas —dijo ella —; me dijo que se iba a ver con Nicky y me acusó de conspirar con él cuando di autenticidad al cuadro. Dijo que entablaría juicio contra Nicky y me intimó diciendo que yo y nadie más que yo podía salvarlo.

—¿Cómo?

—Casándome con él, aunque quizá dijo eso, pero sólo quería que fuera su amante. Nunca estuve segura; huí, Roy. Estaba

trastornada y huí. Luego descubrí que había perdido mi prendedor de cobre, me refiero al que había hecho Adam para mí.

—No veo qué importancia tiene.

—Volví —dijo Wren— pensé que Nicky estaría allí y que podía recuperar mi adorno, de manera que regresé, y Wales estaba muerto.

Los ojos de Roy destellaron y pareció huir. No le prestaba ninguna atención a ella. Tenía un nuevo hecho, un nuevo problema y estaba tratando de resolverlo.

—¿Encontraste tu prendedor? —preguntó él.

—No, y nunca supe si lo perdí allí; me asusté tanto que me olvidé de buscarlo.

—Si alguien lo tomó es porque tenía un motivo, y si lo conserva es por ese mismo motivo. ¿Por eso no querías decírmelo?

—No —dijo ella. Le dolió la forma en que él le formuló la pregunta. ¿No se daba cuenta de que ya no se preocupaba de sí misma? ¿No notaba que haría cualquier cosa por Nicky?

—Dijiste que estuviste allí y viste el cadáver. ¿Lo examinaste?

—Sí, quería asegurarme de que estaba muerto.

—¿Oíste el testimonio del policía en el juzgado hoy? ¿Describieron todo tal cual tú lo viste? —preguntó Roy. ¿Coinciden los detalles?

—Creo que sí.

—¿Cómo entraste?

—La puerta de entrada no estaba cerrada del todo; generalmente se atrancaba, a menos que uno la cerrara con fuerza.

Roy hizo una mueca y frunció los labios. Su enredo, sus problemas y su esfuerzo por contárselo todo, no significaba nada para él, absolutamente nada.

—¿No había nada más? —dijo él—. ¿Algo más que quieras contarme?

Pensó en el revólver; Janice lo había tenido. Janice podía probar que no había estado en poder de Nicky y su testimonio sería decisivo. Este era el momento en que Wren podía hablar y acusar.

Trató de decirle, pero las palabras no llegaron a sus labios. Estaba asustada, era incapaz de discutir sobre Janice; Roy podría zafarse, defender a Janice o admitir sus relaciones con ella.

Wren se estremeció ante el riesgo de oírlo; la amenaza a su

seguridad era demasiado grande. Se odió por su cobardía, sentía desprecio por sí misma por la forma en que evitaba los ojos de Roy y fingía pensar antes de contestar su pregunta.

—No —dijo ella—; no hay nada más.

La nube volvió a formarse separándola de Roy; la bruma, la niebla, la barrera, la tensión.

14

Wren se sentó en el juzgado a la mañana siguiente y esperó. Esperaba que el jurado tomara asiento, que llegara Roy, apareciera Nicky y que el pequeño juez Matteo se precipitara dentro del salón.

Tenía la impresión de que el tiempo permanecía inmóvil, que toda su vida había presenciado juicios y que estaba condenada a ellos para siempre. El día anterior pasó tantas horas allí, y se había concentrado tanto en el salón, la gente y la ceremonia, que ya constituía una fase completa de su existencia. Era extraño pensar que hasta ayer nunca había estado en un juzgado.

Sin embargo el estremecimiento ante cualquier incidente continuaba latente. La llegada del taquígrafo, los dos asistentes de Maloney con sus grandes portafolios color marrón, de Roy, del fiscal y finalmente la aparición teatral del juez que saludó al público con un movimiento de cabeza y se instaló nuevamente en su vida secreta detrás del escritorio.

Nicky fue introducido por los guardias. Un silencio absoluto dominó el ámbito, Maloney se puso de pie y aclaró su garganta. El segundo día había comenzado.

—Claire Bittner —dijo el fiscal, y la mucama de Wales hizo su aparición.

Era una mujer delgada, activa, de rasgos tan cortantes como un vidrio roto. Vestía un traje de lana oscuro y llevaba el cabello recogido de una manera simple y severa; estaba echado hacia atrás con decisión y certeza como si ella misma se negara a aceptarlo. Cuando prestó juramento golpeó con su mano sobre la Biblia y asintió vigorosamente.

Wren clavó los ojos en Roy; estaba reclinado en su silla y observaba con divertido interés. A Wren se le ocurrió que cuanto más preocupado estaba, cuando sus temores y tensiones eran mayores, él se recostaba indolentemente tratando de aparecer desinteresado. Trató de recordar si en alguna otra oportunidad le había visto con una apariencia tan perezosa.

Las primeras preguntas de Maloney fueron superficiales: nombre, dirección, ocupación. Claire Bittner limpiaba varios departamentos en el mismo edificio; tenía su propia llave; había llegado alrededor de las nueve y en cuanto vio el cadáver llamó a la policía; dio algunos detalles.

—¿Con qué frecuencia limpiaba el departamento de Wales?

—Todos los días, excepto los domingos. Una limpieza superficial todas las mañanas y una limpieza a fondo los jueves.

—Describa qué entiende usted por limpieza a fondo.

Ella contestó como si estuviera informando sobre sus cualidades para conseguir un empleo.

—Sacudir el polvo y limpiar los armarios y muebles en general, con un trapo húmedo. Quitar el polvo con la aspiradora a la tapicería, alfombras y pisos; limpiar y encerar las mesas, limpiar todo lo que necesita ser lavado: limpieza a fondo.

—¿Cuándo hizo todas esas cosas por última vez?

—El jueves anterior al que fuera asesinado; había ofrecido una fiesta el día antes y el departamento era un desorden completo; había puntas de cigarrillos y cenizas por todas partes, vasos sucios sobre las mesas y bibliotecas, licor derramado; realmente asustaba. —Miró belicosamente a Maloney como si fuera el culpable.

Él hizo una mueca amable y le dijo:

—Le muestro esta fotografía —se volvió a Roy, esperó a que este se adelantara y exhibió la foto. Luego Maloney volvió a su testigo—. En esta fotografía le señalo una mesa pequeña, la que está cerca de la ventana vecina a un sillón. ¿Recuerda esta mesa?

Asintió enfáticamente.

—Caoba sólida y manijas de bronce cincelado en los cajones.

—Le pregunto si usted limpió esa mesa el jueves siguiente a la fiesta.

—La limpié y lustré a fondo.

—Le pregunto si tiene una idea exacta de haberlo hecho.

—Exacta y precisa.

—¿Es posible que usted haya dejado una parte, sin lustrar de manera que una huella digital, por ejemplo, haya subsistido?

Roy se puso de pie dispuesto a objetar, aun antes que la señora Bittner contestara.

Wren se sintió orgullosa de él, de su inteligencia, de su estado de

alerta, los argumentos claros e irreplicables con los que discutía. Estaba diciendo que la testigo ignoraba todo lo que se refería a impresiones digitales; no podía decir en qué condiciones una impresión digital podía subsistir o no.

Maloney admitió su derrota y volvió a formular la pregunta, pero la situación era aún tensa. Un tizne, dijo él, una impresión digital común como las que ella había visto ciento de veces, pero ¿pudo haber dejado pasar por alto una marca de ese tipo?

Claire Bittner levantó la cabeza y clavó sus ojos en Nicky. Hundió su dardo con alegría y entusiasmo.

—Por cierto que no —dijo ella. Maloney se sentó.

Hoy se adelantó lentamente.

—Señora Bittner —dijo—: ¿discutió usted esta declaración que acaba de prestar con alguien en otro momento?

—Sí. ¿Por qué no habría de hacerlo? No es un pecado decir la verdad.

—¿La comentó con el señor Maloney?

—Le dije lo que sabía.

—¿La ensayó?

—Depende de lo que usted quiera insinuar.

—¿La ensayó? —volvió a preguntar Roy.

Claire Bittner miró a Maloney, éste hizo un gesto y ella asintió con la cabeza.

—Sí —dijo.

—¿Y le dijo él que le haría señas de ese tipo, si necesitaba consejos, mientras yo la estaba interrogando?

Maloney se puso de pie.

—Me opongo a esa pregunta y a esas insinuaciones, tendientes a deformar y a tergiversar los hechos y solicito a usía que prevenga a la defensa al respecto.

El pequeño juez frunció el entrecejo pero Wren se dijo que se estaba divirtiendo y que nada le complacía tanto como un altercado entre dos abogados. Frunció el entrecejo y murmuró:

—La defensa puede formular la pregunta y el testigo contestarla.

Roy permaneció en su posición favorita, descansando, recostado contra la balaustrada con una mano en el bolsillo. Había dicho que la declaración de Claire Bittner sería decisiva pero no demostraba ninguna tensión. Él hizo una seña para que prosiguiera.

—Nadie me hizo seña —dijo ella— y si lo hubiera hecho, lo hubiera puesto en su lugar.

El auditorio rió. El jurado dio unas risotadas tontas y el juez Matteo levantó una mano, restregando sus labios con delicadeza. Roy esperaba pacientemente y Wren esperaba con él. Formuló la pregunta siguiente:

—¿Le dijo el señor Maloney que su testimonio era sumamente importante?

—Lo es —replicó ella.

—¿Es eso lo que él le dijo?

—No tuve necesidad; tengo bastante inteligencia como para darme cuenta.

—Estoy seguro de que tiene suficiente —dijo con cortesía Roy—, pero no le estoy preguntando eso ni si su testimonio es importante o no; eso lo decidirá el tribunal, simplemente le estoy preguntando si Maloney le dijo que lo era.

—¿Y qué hay si lo dijo?

—¿Lo dijo? —preguntó Roy gentilmente.

—Él dijo que yo era la testigo que determinaría su suerte —proclamó ella.

—¿Le ofreció alguna recompensa por su declaración?

Maloney se puso de pie para objetar, pero luego lo pensó mejor, permaneciendo de pie vigilante y listo para entrar en acción.

Claire Bittner sonrió.

—De ninguna manera —contestó—. El cumplir con un deber ya es una recompensa.

—Por ejemplo, ¿no pagó la cuenta del taxi que la llevó hasta su oficina?

—Eso se debió simplemente a que me trata como a una dama.

—Yo hubiera hecho lo mismo —dijo Roy.

Maloney comentó:

—Somos muy galantes, ¿no es cierto? —y se sentó.

—Cuando llegó aquella mañana —dijo Roy— ¿abrió la puerta con su llave?

—Sí.

—¿La puerta estaba cerrada con llave?

—Sí.

—¿Intentó abrirla antes de usar la llave?

—No, no tuve necesidad, estaba cerrada.

—Usted sabrá que algunas veces se atranca sin cerrarse completamente, ¿verdad?

—Sí, a veces ocurre.

—¿La empujó antes, para asegurarse de que estaba bien cerrada?

—No, ¿por qué había de hacerlo?

—Si no lo hizo, usted no puede asegurar que estaba con llave, ¿no es así?

Claire Bittner trató de evitar una respuesta directa, pero Roy la abatió, la avergonzó y confundió. Wren sintió profundo orgullo y satisfacción. Lo había ayudado; sin la información que ella le había proporcionado la noche anterior, no contaría con ese punto a favor.

—Roy, cuando trabajamos juntos, cuando confiamos el uno en el otro, todo anda sobre rieles; Roy, debes confiar en mí y no debes dudar jamás.

Durante algunos instantes, Wren vio a Roy y a sí misma, tomados de la mano, caminando por un corredor largo y angosto, cubierto por la niebla. En cada alto que hacían había luz y esplendor. Podía haber peligro alrededor de ellos, pero no donde ellos estaban, mientras permanecieran tomados de la mano. Le pareció oír un quejido en la lejanía similar a la respiración de un animal. Se volvió lentamente y percibió la respiración de Janice, regular y firme. Una sombra pareció envolver a Wren, la luz se debilitó, la bruma se hizo más oscura. Estaba nuevamente en el juzgado. Roy interrogaba a Claire Bittner y la vencía con las preguntas de cada detalle.

De repente Wren se acordó de su prendedor de cobre. ¿Qué ocurriría si lo había recogido la señora Bittner? ¿Qué sería de ella si esa mujer delgada, de rasgos agudos, que estaba prestando declaración, lo había guardado y estaba a punto de mencionarle en ese momento, delante de toda la corte?

Janice tocó el hombro de Wren.

—¿Qué te ocurre, Wren?

Wren respondió:

—Nada, ¿por qué?

—Estás muy agitada; tus labios tiemblan y pareces temerosa.

Wren se volvió y dijo disgustada:

—¿No lo estás tú?

—*Shh*; escucha —dijo Janice.

Roy estaba acusando a la señora Bittner de no avisar a la policía inmediatamente. Él continuaba preguntando si había tocado algo, guardado algún dinero. Maloney continuaba haciendo objeciones y el juez previniendo a Roy una y otra vez, pero él cada vez atacaba con más fuerza. Maloney temblaba de rabia, pero Roy no le prestaba atención y hacía exactamente lo que le parecía. La disputa entre ellos se tornaba amarga y personal.

Roy se apartó súbitamente del tema y comenzó a formular preguntas acerca de la mesa. ¿La había limpiado la señora Bittner pulgada por pulgada tal como lo declaró? ¿Estaba segura? ¿Qué podía decir de los otros muebles? ¿Estaba segura de que los había limpiado todos? ¿O solamente esa mesa? La condujo de afirmación en afirmación hasta que finalmente resumió todo en una pregunta avasalladora.

—¿De manera que usted lustró docenas de mesas, cientos de veces, y recuerda claramente haber lustrado cada pulgada cuadrada de cada mesa en todas las oportunidades? ¿Nunca dejó pasar por alto la más mínima área? ¿Y lo jura?

—Estoy absolutamente segura —replicó ella molesta.

Roy se volvió y se encaminó a su asiento. Ya no actuaba de manera indiferente, caminaba con energía, con sus hombros erguidos y los labios curvados con gesto severo y osado.

Pero a Wren le daba la impresión de que su seguridad era superficial y que aun habiendo obtenido un éxito parcial, Maloney inmediatamente lo destruiría. Con unas pocas palabras bien dirigidas, él había demostrado que la señora Bittner era una mujer sincera y que no la habían sobornado, asesorado o aleccionado y que no ensayaron nada previamente. Luego demostró que ella recordaba la mesa de caoba especialmente porque se había derramado licor sobre ella y por la mancha en forma de anillo. Había tenido que lustrarla vigorosa y completamente.

Roy había llevado el interrogatorio hasta ese punto y por lo que Wren podía observar parecía contento. Lo había seguido tan de cerca y durante tanto tiempo, que esto desarrolló en ella un sexto sentido. Percibía sus sentimientos con la misma precisión que si fueran ondas radiales y ella el receptor. Por momentos, le parecía

saber hasta sus pensamientos.

Comprendió su comportamiento con respecto a la declaración de la señora Claire Bittner. La había hecho aparecer demasiado certera y con una memoria demasiado exacta. Al final del juicio, cuando lo resumiera ante el juzgado lo traería a colación con efecto ruinoso. Wren percibía claramente que había elegido ese método de ataque porque no tenía otro.

Maloney condujo sin tropiezos al testigo siguiente. Se trataba de un contador del banco oficial que hablaba de las finanzas de Nicky. Este necesitaba dinero en efectivo urgentemente. Tenía varios cientos de dólares invertidos en su colección medioeval de la cual no podía vender nada. Necesitaba dinero para abonar réditos y gastos comunes. El cheque que Wales le había extendido lo sacó de un aprieto. La mente de Wren vagaba. Los libros de contabilidad significaban muy poco para ella; no lo podía considerar algo real, ni que tuvieran alguna influencia en la muerte de Mortimer Wales.

Se preguntó si ella y Nicky volverían a ser amigos después del juicio. Él había cambiado, desde luego. Acusado de un asesinato que no había cometido, interrogado por la policía, por Maloney, encerrado en su celda durante dos meses. Todo eso debió haberlo amargado; el mundo se había vuelto contra él y ya no confiaría en nadie; ella debería conquistarlo como si fuera un niño al que le han quitado un caramelo.

También perdería su galería; esto era evidente, de acuerdo con la declaración que Wren apenas escuchaba. Habían citado a un perito en quiebras; la galería ya no pertenecía a Nicky.

Después del escándalo publicitario, su reputación estaba arruinada. Jamás podría reiniciar sus negocios.

Se preguntó qué haría Nicky y comenzó a hacer planes para él. Era toda una autoridad en materia de arte medieval. Quizás algún museo contrataría sus servicios y él sería feliz, viviendo entre reliquias del siglo doce y trece. Podría apartarse del mundo.

Pensó en las personas que conocía en los museos. Ella raramente pedía favores; por lo tanto podría insistir en ese pedido. Nadie se atrevería a negárselo, ella no se lo permitiría; el único problema residía en que Nicky continuaría en esas condiciones hasta atrapar al asesino.

Janice se le acercó y murmuró:

—Qué aburrido, Wren, no entiendo una sola palabra, ¿y tú?

Wren trató de eludirla.

—No —dijo.

Por la tarde, Maloney presentó a dos conocidos comisionistas de obras de arte. Sucesivamente presentaron sus credenciales y manifestaron estar familiarizados con el estilo de Adam Kalish y declararon que podían identificar sus obras.

Maloney se volvió hacia sus ayudantes y les hizo una seña; uno de ellos colocó su mano en una oreja en forma de pantalla para oírle mejor. Maloney asintió sonriendo, colocó sus manos en los bolsillos volviéndose con suficiencia para que el juzgado viera su sonrisa amplia y maligna.

Los dos ayudantes tomaron una gran caja rectangular de debajo de la mesa y la desenvolvieron. Extrajeron de ella el cuadro conocido como *Wren inconclusa*. Hubo murmullos en todo el salón.

Wren se ruborizó; sentía que la gente la miraba al notar el parecido murmurando entre sí: «Allí está, es Irene Venice. En la segunda fila, junto a la chica vestida de verde».

Wren pensó en la última vez que había visto el cuadro, colgando en una pared del gran vestíbulo de Wales. Cómo lo observaba, mientras tenía junto a sí el cadáver de Mortimer Wales, aún tibio. Había tenido la impresión de que el cuadro quería salir del marco, tratando de decirle algo. Ese cuadro había presenciado el crimen, oído el disparo, observado a Wales caer y morir.

Recordó el terrible momento durante el cual ella permaneció parada ante el cuadro, platicando con él. Entrecerró los ojos tratando de revivir la escena y descubrir por qué le encontraba una identidad tan extraña con el cuadro pintado por Adam.

La voz de Maloney la llamó a la realidad. El tiempo estaba afirmando que sin lugar a dudas el cuadro que tenía frente a él, era una imitación del de Adam Kalish.

El testimonio de los dos peritos fue casi idéntico. El cuadro era falso; la parte posterior del marco había sido coloreada recientemente. No se admitía que Kalish tuviera un marco manchado. El propósito del coloreado era el darle antigüedad al cuadro.

Maloney preguntó a sus testigos sobre el trazo rojo en el ángulo, y sus respuestas volvieron a coincidir.

Adam Kalish, dijeron ellos, era un perfeccionista. Cada uno de sus trazos tenía significado. Ninguna de sus obras incluía un solo detalle sin sentido. Esa mancha de pintura roja había sido hecha descuidadamente y no tenía relación con el resto del cuadro.

El nuevo interrogatorio formulado por Roy fue largo y pesado. Trató de envolverlos con sus palabras. ¿Estaban familiarizados con el estudio de Kalish? Sí. ¿Cómo era? Era algo que se presentía. ¿De qué forma? ¿Se presentían las líneas, el color, la forma, el tono? Palabras todas similares. ¿Qué era la línea, el color, la forma, y el tono? Era algo que se presentía.

Roy sorprendió a Wren con sus conocimientos de arte. «Podía haber sido pintor», se dijo. Discutía de igual a igual con los peritos, obligándolos a admitir que, auténticamente o no, *Wren inconclusa* era una obra de mérito. Roy les hizo hacer un papel tonto y ridículo. Wren estudió al jurado y se preguntó si ellos pensarían también que los expertos eran dos vejetes.

El juez escuchaba con profunda atención. Era un tema desconocido para él. Nunca le había preocupado mucho la pintura, y estaba aprendiendo algo en su propia corte. Interrumpía muy a menudo con preguntas personales, tratando de extraer conocimientos; el juez Matteo estaba impresionado con el arte.

Roy se acercó con cautela al tema de la mancha roja.

—Usted afirmó que fue dibujada con un pincel, ¿no es verdad?

—Sí, las marcas hablan por sí mismas.

—¿No es probable que hayan sido incluidas por accidente o alguna otra razón, posteriormente?

—No, el color es exactamente el mismo que se usó para el cuadro. Forma parte del cuadro que en ese ángulo está borroneado.

Roy pareció dudar, inseguro de sí mismo; se lamió los labios.

«Está fingiendo», pensó Wren. Los está sacando del tema deliberadamente y haciéndoles decir cosas que él podrá desmentir más tarde. Su corazón latió más aprisa. Súbitamente temió que Roy formulara muchas preguntas, y que los testigos dieran contestaciones inteligentes.

—¿Usted afirma que Kalish no pudo haber pintado el cuadro —preguntó Roy que parecía desalentado— a cau sa de la torpeza con que fue dibujado ese trazo?

—Adam Kalish era un genio, sus trazos eran seguros, certeros.

De haber querido incluir rojo en ese ángulo, y había buenas razones para hacerlo, hubiera pintado un objeto que cuadrara. Nunca habría dibujado un trazo como experimento. Otros pintores lo habrían hecho, pero no Adam Kalish.

—Es solamente su opinión —dijo Roy.

—Es mi convicción absoluta.

Wren estaba excitadísima. De todos los concurrentes, solamente ella estaba al tanto de lo que había hecho Roy exactamente. Todos pensaban que estaba perdiendo el tiempo, que un perito lo había derrotado; sólo ella sabía que les había tendido una celada. Más tarde hablarían al respecto.

Unos minutos después, Maloney disparó su tiro más certero y Wren se preguntó si la trampa sería de alguna utilidad. John Sandwich, el experto del museo, tomó asiento y comenzó a hablar sobre rayos X, cámaras y pruebas químicas. Dijo que había efectuado un intenso examen de laboratorio. La pintura era fresca. Estaba seco sólo superficialmente, pero el aceite aún no había penetrado en la tela. Tomaba de tres meses a un año hacerlo; dependía del volumen de la pintura. La tela de *Wren inconclusa* estaba apenas cubierta de aceite. A juzgar por la elasticidad de la tela, la pintura había sido aplicada dos o tres meses antes del examen, no después.

Hasta Wren estaba impresionada. Sandwich hablaba con autoridad y con la evidencia de la ciencia en sus manos. Había confirmado prácticamente que el cuadro era nuevo, y Wren se preguntó cómo podían sus palabras y su débil memoria humana contradecirlo. Sólo contaba con su mente para combatir contra los instrumentos de él. Se sintió malhumorada, desalentada. Ni Roy podría disminuir las fuerzas de las afirmaciones de Sandwich.

Roy comenzó su interrogatorio en la forma habitual, serenamente y sin dar indicios de que tenía algo premeditado, sino profunda consideración hacia el testigo. Wren trató de adivinar qué fin perseguía, pero su primera pregunta la sorprendió.

—Usted fue contratado con el propósito de demostrar que el cuadro era falso, ¿no es así?

—Bien, así es.

Luego Roy consideró el tipo de examen que había hecho Sandwich, pero esto no tenía puntos flojos. Wren escuchaba con un

sentimiento de desdicha. Roy estaría cansado, su cerebro no trabajaba. Se estaba haciendo tarde y esperó que tuviera bastante sentido común para solicitar que se levantara la sesión. Mañana podría hacerlo mejor, ya que estaría fresco y alerta.

A Roy no se le ocurrió hacerlo; formulaba preguntas sin objeto. De vez en cuando Maloney formulaba algo a sus asistentes y parecía complacido.

Roy se dirigió a su mesa y buscó entre sus fotografías; eligió una y la entregó al testigo.

—Le muestro esta foto del cuadro —dijo— para que marque con tinta las partes que afirma haber examinado.

John Sandwich estudió la foto, y la garabateó con su pluma fuente; Maloney se adelantó a mirar y el juez bajó del asiento con el mismo propósito. Parecía incómodo y un poco disgustado porque nadie se ocupaba de él. Un testigo estaba marcando una fotografía y no se la mostraba. El juez frunció el entrecejo, miró el reloj y preguntó a Roy cuánto demoraría. Este respondió que sólo deseaba que el testigo indicara las áreas exactas que había examinado; el juez esperó impacientemente.

Cuando levantó la sesión se mostró como siempre complacido, aunque por muy poco tiempo. Su figura vestida con la toga negra parecía inclinada y vencida cuando abandonó el juzgado atravesando la pequeña puerta.

Con un suspiro, Wren se puso de pie y comenzó a colocarse el saco. La gente hacía comentarios a su alrededor y ella trató de no oírlos. Se trataba de las personas que habían ido a presenciar el drama de Newbaker, a verlo a Nicky, a ella, y la discusión entre Roy y Maloney. Perezosamente observó cómo atravesaban la puerta principal.

De pronto lo vio a Kip. Llevaba un saco oscuro y el sombrero con el ala baja; se encontraba a considerable distancia. Lo había reconocido accidentalmente. Dio la casualidad de que lo estaba observando en el momento en que se volvía rápidamente, rezongando como si alguien le hubiera pisado el pie o lo hubiera empujado. Por un momento vio con claridad su cara enojada, pero luego se volvió y la multitud obstruyó su visual.

Wren sacudió el brazo de Janice.

—¡Jan, mira! Allí está Kip.

Janice carraspeó.

—¿Donde?

—Acaba de salir; ya se fue, yo lo vi. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué no está con nosotros?

Janice colocó su mano con aire protector sobre el hombro de Wren.

—Debes haber visto alguno que se le parece; Kip no está aquí.

—Pero yo lo vi.

—Wren, querida, si Kip estuviera en Nueva York yo lo sabría, ¿no te parece?

Wren asintió lentamente.

—Sí, dijo en voz baja —desde luego; creo que me equivoqué.

—Mas no era así; estaba convencida de que había visto a Kip e igualmente segura de que Janice sabía que él se encontraba allí.

«¿Por qué? —Wren continuó preguntándoselo a sí misma— ¿Por qué, si Kip estaba en Nueva York, tenía necesidad de ocultarse? ¿Por qué extraña razón?»

Debía darse por vencida. «No lo sé, pensó. Es demasiado para mí, Nicky y Roy; nos están venciendo. Es demasiado para nosotros».

15

Si el segundo día fue malo, el tercero fue una pesadilla.

Wren no estaba al tanto de si Roy tendría argumentos para salir del paso.

La tarde del segundo día, Roy, comentó con Wren la declaración de los peritos artísticos, pero no hizo alusión a lo que ocurría.

Wren le contó lo de Kip.

—Janice lo negó —dijo ella—, pero estoy segura de haberlo visto, y es extraño que no se haya puesto al habla con nadie.

—Sumamente extraño —dijo Roy—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Buscarlo y hablar con él.

—Seguro —dijo Roy—; dejaré de lado el caso de Newbaker y comenzaré a buscar a Kip; como la ciudad es pequeña, tardaré solamente unos años.

—Díselo a la policía; ellos pueden encontrarlo.

—La policía no está interesada en Kip; ¿para qué lo quieren? Y después de todo, ¿para qué lo quiero yo?

Ella no sabía qué contestar; movió la cabeza rápidamente, turbada, porque presintió que Roy estaba cometiendo un error. Estaba muy sobrio y práctico esa tarde; apenas sonreía. Nunca lo había sentido tan lejano ni se había ido tan pronto.

—Debo ver a Janice —dijo él—. Tengo que decidir algo importante con ella.

Era la primera vez que admitía su amistad con Janice, y Wren se sintió aniquilada. Su desaliento persistía a la mañana siguiente.

El juzgado parecía hostil, el fiscal rencoroso, y el juez daba la impresión de estar contra Roy. Ella casi podía sentir el desaliento de Roy. Le faltaba la entereza que había demostrado hasta ese momento.

Antes de que la sesión comenzara, Wren se estableció en la puerta principal con la esperanza de ver a Kip. Durante el cuarto intermedio se puso de pie e inspeccionó el salón. No lo vio; estaba segura de que Janice le había prevenido que no se acercara al

juzgado.

Wren tuvo poco tiempo para pensar en Kip. El día comenzó monótonamente, con las declaraciones de nuevos coleccionistas de arte. Wales había convencido a varios de que Nicky comerciaba con cuadros falsos y los había estafado en oportunidades anteriores. Algunos de ellos llegaron a acusar a Nicky, pero él no lo negó ni se defendió. Dijo que si no estaban satisfechos podían devolverlos y en su reemplazo les daría lo más selecto de su galería hasta cubrir el monto de sus compras.

Roy hizo un examen breve y Wren se preguntó si no estaría turbado por lo que ella le había dicho la noche anterior, o sea, que Wales estaba convencido de que el cuadro era falso.

Momentos más tarde la asaltaron nuevas preocupaciones. Un hombre ronco de apariencia robusta, que llevaba un distintivo de chofer en la solapa estaba prestando juramento. Maloney estaba clavando una de sus puñaladas finales y con mayor profundidad y fuerza que en oportunidades anteriores.

—¿Su nombre? —preguntó Maloney.

—John Grekko.

—¿Ocupación?

—Conductor de taxi.

—¿Recuerda la noche del 11 de septiembre?

—Sí, por cierto.

——¿Por dónde andaba a las 23 horas?

—Llevé un pasajero a la calle 73. Este número 653.

—¿Está ese pasajero en el salón, en este momento?

—Sí.

—Señálelo, para que el jurado lo vea.

—Es ése —Grekko estaba señalando a Nicky.

Se sabía que Nicky había estado allí. Maloney lo había ubicado sin lugar a dudas en la escena del crimen.

Wren luchó contra su propia convicción. Se sentía enferma, mareada. Hasta el final de sus días vería al conductor rechoncho levantarse de su silla y señalar: «Es ése».

Veía con claridad que todos los hechos, todos los razonamientos, señalaban directamente a Nicky como culpable. Maloney había llevado el asunto con sumo cuidado. Nicky estaba derrotado; Roy estaba vencido. ¿Qué esperanza quedaba?

Wren no dudaba en absoluto que Grekko estaba diciendo la verdad. Había llevado a Nicky a ese lugar. A las 23 horas, Wales estaba muerto, y Nicky había encontrado el cadáver. Probablemente habría llamado a Roy inmediatamente y éste quizá fue a casa de Wales a comprobarlo. De cualquier manera, Wren sabía por fin, por qué razón Roy la había llamado a las 8 de la mañana del día siguiente para anticiparle la visita policial.

Roy debía estar preparado para enfrentar al conductor del taxi. Pero ¿cómo?; ¿qué evidencia podía presentar Roy para enfrentar una verdad?

Maloney terminó con el interrogatorio. El fiscal se restregó las manos y lamió los labios como si tuvieran gusto a sangre. Hervía de confianza en sí mismo. Se volvió a Roy y le dijo, soslayándolo con una mirada:

—La defensa puede interrogar al testigo.

Roy se puso de pie lentamente y avanzó.

Wren se dio cuenta de que era el momento decisivo del juicio, que era el gran momento. Debía tener algo proyectado. A menos que venciera a John Grekko, el caso estaba perdido. Los diarios lo condenarían también. Wren se imaginaba los títulos de los periódicos y a los periodistas narrando el hecho.

Roy se adelantó con indiferencia, con una apariencia de serenidad que le hizo comprender a Wren que estaba fingiendo: ella apretó los dientes porque sabía de su lucha, que no iba a ceder un paso ni a pedido. Supo instintivamente que él no tenía argumentos para enfrentar a Grekko. Roy debía lograr que el jurado no creyera la verdad. Debía conducirlos al resultado cierto, pero por caminos falsos. «Roy, Roy, pensó, no es culpa tuya, pero no abandones a Nicky. Me puedes abandonar a mí por Janice, ya que ella es encantadora, excitante e inteligente; lo comprendo perfectamente, pues ya ha ocurrido antes y no puedo culparte. Me hiere profundamente, mas no es culpa tuya. Sólo te pido que no abandones a Nicky. Haré cualquier cosa, Roy, si lo logras.»

Se dio cuenta de cuán importante era la identificación. Era la única prueba que faltaba para confirmar la acusación. Con la sola presentación de un testigo ocular del crimen, Maloney tenía todas las pruebas a su favor. ¿Qué podía hacer Roy?

—Señor Grekko: usted afirma que vio al acusado, Nicholas

Newbaker, la noche del 11 de septiembre. ¿En qué circunstancias lo vio?

—Estaba en mi coche.

—¿Sentado en la parte posterior?

Grekko pareció henchirse; sabía que su declaración era cierta y se sentía extremadamente confiado.

—Desde luego —dijo.

—¿Lo vio por el espejo?

—Por cierto.

—¿Había luz en la parte posterior del coche? —No.

—Sin embargo lo vio claramente, como para hacer una identificación positiva, aun sabiendo que la misma puede llevarlo a la silla eléctrica.

Maloney se puso de pie bruscamente.

—Objeto esa pregunta en su última parte, usía. El testigo está exponiendo los hechos y no es responsable de las consecuencias, como sabe bien la defensa. Me inclino a rechazar la parte de la pregunta que sigue a la palabra identificación.

Roy asintió.

—Estoy de acuerdo, usía.

El juez parecía complacido.

—Concedido —dijo—; dejemos que el testigo conteste la pregunta.

Grekko estaba satisfecho por la atención que se le brindaba.

—Sí —dijo—. Lo vi claramente.

Roy meneó la cabeza.

—¿Usted afirma que el espejo reflejaba íntegramente al pasajero y que la parte posterior del coche estaba suficientemente iluminada como para identificarlo sin titubeo?

—Lo vi cuando bajó.

—Limítese a contestar mi pregunta, ¿sí o no?

—Por el espejo no alcancé a verlo con claridad.

—¿Y cuándo lo vio?

—Cuando bajó.

—¿Le pagó la tarifa exacta?

—No recuerdo.

—Sin embargo, ¿recuerda haberlo mirado directamente a la cara en lugar de ocuparse del billete que le entregó?

Grekko dudó:

—Miré ambas cosas.

—¿Ambas cosas a la vez?

—No, primero una y luego la otra.

—¿Recuerda el billete?

—No recuerdo cómo me pagó.

—Acaba de afirmar que lo recuerda.

—A él lo vi.

—Usted dijo que miró el billete y luego a él.

—Sí.

—Y ahora dice que no recuerda el billete.

—Lo que no recuerdo es cómo me pagó.

—Usted dijo que recordaba, ahora dice que no, ¿cuándo mintió?

Maloney hizo una objeción. Grekko comenzó a incomodarse y dijo:

—Ocurrió hace mucho tiempo.

Roy continuó machacando. Preguntó el color del traje, de la corbata y del sombrero de Nicky. Hacía tropezar a Grekko con los detalles. No eran detalles importantes, pero a fuerza de insistir, espolear y regañar estaba logrando su propósito.

Cambió bruscamente de tema. Le preguntó a Grekko por qué se había ocupado de identificar a Nicky solamente tres semanas después del asesinato. Roy aludió al hecho de que Grekko había visto el retrato del acusado en los periódicos desde el primer momento. Luego volvió al tema anterior.

—¿Usted afirma que condujo a esa persona, que según usted era Nicolás Newbaker, a la calle Setenta y Tres Este número 653?

—O a una de las casas vecinas. Son casi todas iguales.

—¿Usted vio que se dirigía al número 653?

—Sí, señor.

—Ahora trate de pensar cuidadosamente. ¿Usted se alejó en seguida o permaneció algunos instantes observando al hombre?

—Esperé unos segundos, pero no estoy muy seguro.

—¿Alcanzó a ver a la mujer que salía en el momento que él entró?

Maloney se puso de pie gritando. La pregunta era inadecuada; aludió a que no existían pruebas acerca de la intervención de ninguna mujer y que la defensa estaba tratando de interponer cosas

que no existían. La pregunta debía ser rechazada y el abogado defensor prevenido sobre esa clase de tácticas.

Roy permaneció con las manos en los bolsillos, apoyado contra la balaustrada mientras se insinuaba una sonrisa en sus labios.

Wren se dio cuenta de lo que pensaba hacer. Planteó en la mente de los miembros del jurado la posibilidad de que existiera una mujer a la que Nicky protegía. Roy volvería a insinuarlo, haciéndola aparecer como la razón por la cual Nicky se había negado a declarar.

Roy había introducido el problema hábilmente: era el primer avance de su contraataque.

No insistió con la misma pregunta. La dejó de lado y daba la impresión de estar buscando la manera adecuada de plantear sus informaciones.

—¿Vio usted —preguntó suavemente— qué hizo este hombre una vez que abandonó el coche?

—No; me alejé.

—¿Oyó que alguien gritaba?

—No.

—¿Notó si alguna mujer…?

Maloney volvió a ponerse de pie, haciendo objeciones. Roy se ruborizó, dirigiéndose luego a su mesa. Se inclinó y sostuvo una consulta corta, en voz baja con Nicky. A continuación se irguió y dio unos pasos hacia el testigo, estudiándolo. Roy suspiró y se lamió los labios, dándose luego por vencido.

—Eso es todo —dijo, pero se las ingenió para despertar sospechas. Su pantomima había introducido una nueva posibilidad, otra insinuación y con esto había concluido su interrogatorio.

Maloney llamó al testigo siguiente:

—John Pastorini —dijo.

A Wren se le levantó el ánimo en parte, con una sensación de orgullo; vio que el anciano se ponía de pie, dirigiéndose al estrado. Recordó las veces que había ido a la tienda de Nicky y observó a Pastorini. Había sido dorador, esterillador y fabricante de marcos. Durante un tiempo, había llevado hasta los libros de Nicky. Trabajó con él por espacio de veinte años y tenía el mismo amor que él por las cosas antiguas y bonitas. Después de las horas de trabajo, Pastorini y Wren habían ido a menudo a las galerías privadas de

Nicky, a deleitarse con el magnetismo que emanaban sus maravillosas antigüedades. Recordó el sentimiento casi religioso con que Pastorini tocaba esos antiguos tesoros.

«En otros tiempos» acostumbraba decir «eran verdaderos artesanos, sin frivolidades. No hacían nada descuidadamente, sino todo lo mejor posible, sin importarles nada más».

Wren lo observó mientras prestaba juramento solemne y se sentaba en la silla de los testigos. Nicky estaba por fin en buenas manos; Pastorini lo quería y consideraba un amigo y su rectitud era tan sólida como un árbol.

Maloney comenzó a interrogarlo. Pastorini habló de su experiencia, de sus largos años de trabajo. Estaba familiarizado con todos los aspectos del negocio. Estuvo a cargo de las exigencias durante algún tiempo, y siempre había tenido libre acceso a los libros de contabilidad de Nicky. Durante la época del incendio, que había destruido la mayor parte de las obras de Adam Kalish, y durante la última exposición en la galería de Nicky, había estado con él.

—Después del incendio —dijo Maloney—, ¿los representantes de la compañía de seguros hicieron alguna investigación?

—Así es.

Roy comenzó a ponerse de pie, Nicky murmuró algo y Roy se sentó nuevamente.

—¿Usted habló con dichos representantes en esa oportunidad?

—Sí, señor.

—Relate al jurado la conversación que mantuvo con ellos.

—Dijeron que sospechaban que el incendio había sido premeditado; les contesté que era ridículo, que nadie podía saberlo mejor que nosotros, sus empleados, si hubiera sido así. La compañía de seguros abandonó la investigación después de hablar conmigo y con los otros muchachos. Nosotros sabemos todo.

Wren no alcanzaba a ver la cara de Maloney, pero podía imaginársela. Había tratado de pescar algo. Esperaba que John Pastorini ensuciara a Nicky, pero John no lo hizo; no tenía malicia.

Maloney entró en detalles de la prolongada permanencia de Pastorini con Nicky y de la clase de negocios que hacía. Maloney comentó especialmente el hecho de que Nicky jamás vendía implementos artísticos, como telas, pinturas o pinceles.

—¿Acostumbraba comprar el señor Newbaker, telas para artistas?

—Sí.

—¿Puede informar sobre las características de esas compras?

—Hace más o menos dos años, compró un rollo del número 10, de tela virgen que provenía de una casa mayorista: Ledyard Brothers. Eran telas poco comunes.

—¿Qué entiende usted por poco comunes?

—Pues eran un tanto diferentes de las que emplea la mayor parte de los pintores. Tenían una tonalidad amarilla. La urdimbre era de lino y yute.

—¿Le dio el señor Newbaker orden de utilizar esas telas?

—Sí, me dijo que cortara un pedazo y lo clavara en el dilatador. Me dio las medidas exactas para que hiciera un marco. Una vez que coloqué la tela en el dilatador…

Maloney lo interrumpió:

—Explique al jurado qué son los dilatadores.

—¿Dilatadores? —dijo Pastorini—. Son los soportes; se debe clavar la tela en un marco de madera rígido, que se llama dilatador; se colocan a lo largo y tienen muescas en las esquinas; se ubican en las ranuras y se aseguran clavando cuñas.

—¿Sí?

—Coloqué la tela en el dilatador; el señor Newbaker la miró y dijo que parecía demasiado nueva; que debía ser decolorada, y hablamos sobre el tipo de decoloración que necesitaba. Como tenía una terminación cereza decidimos usar anilinas; me dijo que lo llevara a cabo y así lo hice. Cuando terminé se la veía bonita y antigua.

—¿Qué dijo el señor Newbaker cuando colocó la tela?

—Me dijo que la mandara al estudio de Davvo, de Pedro Davvo, el artista.

Wren carraspeó, se volvió para mirar a Janice que estaba observando atentamente hacia adelante. Sus labios, fuertemente apretados, parecían temblar por momentos y luego cerrarse nuevamente. Junto a ella, estaba sentado Pedro con la cabeza inclinada. Lucía una sonrisa permanente como si quisiera proclamar que no le importaba lo que dijera, ya que mentían. Se restregó la nariz con fuerza.

—¿Volvió a ver esa tela?

—Sí; volvió un mes más tarde, convertida en un cuadro que olía a pintura fresca y estaba firmando por Winslow Homer.

—¿Está vivo Winslow Homer?

—Murió en el año 1910.

—¿Ocurrieron hechos similares, que pueda recordar?

—Sí, muchísimos; coloqué trozos de tela virgen número diez en los dilatadores ocho o diez veces en los últimos dos años. En cada oportunidad el señor Newbaker me indicaba la medida para que hiciera el marco. En todas las circunstancias la tela era enviada al estudio Davvo y volvía convertida en un cuadro.

—Esos cuadros que usted menciona ¿estaban barnizados recientemente?

—En general, sí.

—¿Notó usted alguna vez si olían a pintura fresca? —Sí.

—¿Qué solía hacer usted con esos cuadros después que volvían del estudio de Davvo?

—Los conservaba en la galería durante un tiempo y luego los enviaba a la planta baja.

—¿Sabe usted un nombre o epígrafe que identifique este tipo de pintura?

—Los llamamos cuadros realistas.

El interrogatorio continuó: uno a uno los empleados de Nicky se pusieron de pie, para contar lo mismo.

Wren temblaba y apenas podía creer lo que estaba oyendo, de labios de los empleados de Nicky. Ellos querían a Nicky, eran artesanos orgullosos de su trabajo y no podían mentir. Sin embargo estaban mintiendo. Debía ser así, ya que daban a entender que Nicky tenía costumbre de vender cuadros falsificados, lo que hacía desde dos años atrás; que solía ir a la galería y pedirles que prepararan telas de una medida determinada, decoloraran los marcos y las colocaran en ellos. Había ordenado la construcción de un marco de la medida exacta de *Wren inconclusa*. Uno de los empleados había reparado en una leve imperfección en el marco y la señaló también allí en el juzgado.

—Es el mismo marco —dijo.

Maloney conducía todos los interrogatorios sin dejar lugar a dudas. Relató la historia de «Wren inconclusa». Cuando llegó a la

galería, Pastorini había apoyado un dedo sobre la tela.

—Si se toma un cuadro viejo —informó, contestando a la pregunta formulada por Maloney— pintado cinco años antes, la tela está más o menos endurecida y el cuadro se rompe si se aprieta el dedo contra la parte posterior del mismo. En cambio, con un cuadro nuevo ocurre lo contrario. Se puede apretar su parte posterior, sin dañarlo en absoluto.

Maloney tomó el cuadro y Pastorini hizo su demostración. La tela de *Wren inconclusa* era elástica, flexible.

Nicky escuchaba sin alterarse en absoluto. Wren podía ver la parte posterior de su cabeza. Se preguntó si las palabras le producirían el mismo efecto que a ella y las recibiría como puntadas en el estómago, o puñaladas en el corazón, como una sentencia de muerte.

Se preguntó cómo haría ella para declarar después de eso. ¿Nicky la habría engañado? ¿Le habría tendido una trampa, haciéndole firmar un comprobante, sabiendo que el cuadro era recién pintado?

Sin embargo, no podía ser nuevo, y contener cada detalle, tal como ella lo recordaba. Él trazo rojo en el lugar que Adam lo había dibujado, la misma pincelada, «observa el resultado» había dicho él; «¿ves?»

Debía haber una explicación; lo imaginó por la forma en que Roy condujo su interrogatorio. Lo conocía tan bien, era tan rápida para captar todos sus pensamientos…

Con horror y asombro, vio que Roy permanecía en su asiento, recostado y decía serenamente:

—No tengo nada que preguntar.

Estaba estupefacta. Todos los empleados del negocio de Nicky lo hacían pasar por falsificador y Roy no se tomaba la molestia de formular una sola pregunta de defensa o explicación. No podía entenderlo; quiso ponerse de pie y gritar. «¿En qué estaba pensando Roy? ¿Habría perdido el sentido común?»

De pronto se le ocurrió que esto formaba parte de la conspiración entre Janice y Roy. Lo hacía para proteger a Janice, desde luego. Sin embargo, Wren no lo podía creer. No podían sacrificar a Nicky, tan fría y alevosamente. Pero se habrían visto la noche anterior y algo habría ocurrido. Roy había dicho que tenía

algo importante que decidir con Janice. ¿Habían cambiado por completo la estrategia de la defensa sin decirle nada a Wren?

Sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos y los enjugó sin reparo; alguien tenía que llorar por Nicky. Alguien debía condolerse de la traición. Estaba sentada serenamente; no pudo ver lo que ocurrió a continuación. Lo único que podía hacer era pensar en los empleados de Nicky, los hombres que él quería, los esterilladores, doradores y ebanistas, que, de acuerdo con la vieja tradición, sentían respeto y amor por las cosas delicadas y hermosas. Todos ellos desfilaron en el juzgado y dieron el mismo testimonio solemne contra Nicky: era un falsificador.

El efecto fue abrumador. Cuatro hombres que habían trabajado con Nicky, durante largos años y que, según ella pensaba, apoyarían a Nicky; eran prácticos, dejaban todo a un lado. Uno a uno se pusieron de pie y casi admitieron que habían coadyuvado a forjar un sistema completo de falsificación, que lo sabían y que intervinieron en él, considerándolo algo sin importancia; todas sus declaraciones parecían el fruto de una honestidad que los libraba de compromiso, pero sus declaraciones habían colocado a Nicky fuera de la esfera de la simpatía. A los ojos del jurado era deshonesto, indigno de confianza, tramposo. En primer lugar, fullero y más tarde asesino. ¿Y qué ocurría con Roy? En cada oportunidad se reclinaba contra su silla y no hacía el mínimo intento para reprobar las declaraciones que estaba escuchando. En todas las circunstancias emitía serenamente las mismas palabras increíbles:

—No tengo nada que preguntar.

El juez parpadeaba como si no pudiera comprender. Roy estaba cometiendo una equivocación tremenda y esto confundía a todos los presentes. Wren vio a uno de los periodistas mientras sonriendo pasaba lentamente el canto de su mano por el cuello. Una vez que el último empleado de Nicky concluyó con su declaración, hubo una pausa momentánea. Maloney murmuró algo a sus asistentes, se adelantó y dijo con aire triunfante:

—Su Señoría, solicito un cuarto intermedio.

En todo el salón se oían murmullos. La primera parte del juicio había concluido. Gracias al increíble error de Roy, el veredicto de «culpable» era una conclusión conocida de antemano. En cuanto el juez abandonó el salón, Wren se abrió camino hacia el pasillo, se

deslizó a través de la puerta de madera que daba a los espectadores y corrió hacia Roy.

—Roy —dijo, tocándole el brazo—, ¿puedo hablarte un momento?

—Sí. —La condujo al otro extremo del salón, donde nadie podía oírlos—. ¿Qué ocurre?

—Roy —dijo furiosa—, ¿cómo puedes permitir que Pastorini y los otros se fueran sin preguntarles nada?

—Hablaremos al respecto durante la cena.

—No, ahora. No te comprendo; pensé en más de doce preguntas que pudiste haber formulado. O por lo menos les hubieras dicho que dieran una explicación; estoy segura de que podían hacerlo.

Roy bajó la voz:

—Por favor —dijo—; no hablemos aquí.

—Pero ellos podían dar una explicación, estoy segura. Especialmente Pastorini; yo lo conozco y confío en él. No le diste oportunidad de defender a Nicky.

Roy la sostuvo por las muñecas.

—Mira, Wren: soy yo quien está a cargo del caso y sé lo que hago. Deja todo esto para después.

—No; jamás habrá un después.

—Confía un poco en mí, Wren; puedes hacerlo, ¿verdad?

—Dime que existe algún motivo y estaré satisfecha.

—Tengo un motivo.

—¿Que ayudará a Nicky?

Le soltó las muñecas.

—¡Cuidado! —murmuró.

Se volvió y vio que uno de los asistentes de Maloney se acercaba a Roy. Se mordió los labios, alejándose del salón sin volverse una vez más.

16

Irene Venice evitó escuchar las excusas de Roy esa noche. Temía que su decisión se debilitara, y hasta perdonarlo, despreciándose luego a sí misma por haberlo hecho. Se negó a verlo y pasó la noche con unos amigos. La consolaron y trataron de aliviarle el «*shock*». Dijeron que Roy había tenido la valentía de enfrentar la realidad. Él habría perdido el respeto del jurado, si trataba de desmentir el testimonio de Pastorini, ya que se trataba de una verdad obvia e inexpugnable y Roy habría hecho bien en pasarla por alto. Después de todo la falsificación y el asesinato eran dos cosas distintas.

Wren prestó atención y comprendió cuán cierto era lo que estaba escuchando. «Sí, pensó, pero ¿qué le ocurriría a Nicky? Lo he conocido durante tanto tiempo, desde que era una niña. Exceptuando a Adam, es la persona que más respeto siempre. En cierto modo él es Adam. No puedo estar equivocada. Nicky no puede ser un falsificador o un criminal. De ser así, lo hubiera sabido o presentido. Todo lo que recuerdo en él es amabilidad, tolerancia y amor. Amor a la gente, a las tradiciones, a las cosas bonitas. ¿Puedo estar equivocada? No puede ser, de ninguna manera».

Recordó que al principio, Roy había dudado de la inocencia de Nicky y cómo ella lo había convencido con su propia fe. Ella confiaba en sus intuiciones, ya que eran todo lo que tenía, y sus intuiciones le decían que Roy no podía traicionar a Nicky. A pesar de las apariencias existía una explicación. El mismo Roy había afirmado que así era.

De pronto se dio cuenta de que lo estaba defendiendo apasionadamente, sospechando que su fracaso en interrogar a Pastorini era una estratagema brillante que se descubriría más tarde. Hablaba seria, sinceramente. Deseaba tanto creer lo que estaba diciendo, que casi se convenció a sí misma.

Pero tan pronto llegó a su casa, volvió a sentirse desdichada. La conducta de Roy era traicionera, no había excusa posible. Estaba satisfecha de no haberlo visto esa noche.

Se acostó, pero no pudo dormir. Se movía como si estuviera agonizando físicamente. Pensó en todas las preguntas que pudo haber formulado y en las respuestas que hubiera obtenido. Pero siempre llegaba a la misma verdad desnuda: Roy y Pastorini, los dos amigos de Nicky, lo habían traicionado. No podía entenderlo, no podía creerlo, estaba enferma de preocupación.

Súbitamente se volvió y saltó de la cama. Si no se animaba a llamar a Roy, por lo menos llamaría a John Pastorini, quizá lo convenciera.

Encontró su número en la libreta que usaba con ese fin y lo marcó rápidamente. Oyó sonar su teléfono y luego su voz, pesada por el sueño.

—John —dijo ella—; le habla Irene Venice.

—Bien —repuso él—; me lo imaginé. ¿Qué es lo que deseas a las dos de la mañana?

—John, estoy tan trastornada por lo que dijo hoy… ¿Cómo pudo hacerlo?

—¿Cómo pude hacer qué?

—Llamar a Nicky falsificador.

Su risa retumbó sin convicción.

—¿Lo llamé falsificador? ¿Usé esa palabra?

—Lo dio a entender.

—Me limité a contestar las preguntas, jovencita, recuerda eso.

—Fue horrible; pensé que usted defendería a Nicky y no lo hizo; usted… usted… —comenzó a sollozar y no pudo seguir hablando.

La voz de Pastorini sonó solemne:

—Estás trastornada, Irene —dijo—. Estás llorando.

—Claro que estoy llorando.

—Siempre te aprecié; sostuvimos buenas charlas los dos, ¿no es cierto?

—Sí; entonces, por favor, por Nicky…

—¡No me vengas con por *Nicky*! No necesito que me digan lo que está bien y lo que está mal y te confiaré un secreto. Quizá no debería hacerlo, pero te repetiré lo que me dijo Padget que hiciera. «Limítese a contestar las preguntas. Simplemente diga al fiscal lo que él desee saber, y no se preocupe por el efecto que produzca. Extenderé una citación y antes del fin del juicio volveré a llamarlo. Tendrá oportunidad de dar explicaciones y decir la verdad sobre

Nicky, pero no ahora. Pastorini, ahora limítese a contestar preguntas; tengo motivos para esperar».

—¿Roy dijo eso? —preguntó ella sorprendida.

—Sí; exactamente eso, así que es mejor que te acuestes y duermas, jovencita y permitas que yo haga lo mismo; ya estoy algo viejo.

Pastorini cortó la comunicación y Wren permaneció sentada allí disfrutando de la dicha que la embargaba gradual y suavemente hasta que una canción llegó a su corazón. Luego suspiró profundamente, se fue a la cama y apagó la luz.

Durmió profunda y serenamente; soñó que ella y Roy estaban solos frente al mundo; lo necesitaba tanto, su fuerza, su solidez, su confianza en ella. Si él vacilaba, ella no podría seguir.

No lo vio hasta la mañana siguiente en la corte. Él le sonrió breve y ansiosamente, desde su mesa de abogado, donde estaba estudiando una pila de papeles. Le estaba pidiendo que lo perdonara y ella le contestó con otra sonrisa.

Se acomodó en el asiento habitual de la segunda fila. Cuando Janice llegó, le dio unos golpecitos en la mano, saludándola. Uno de los ordenanzas dio un golpe seco en la pequeña puerta que conducía a las cámaras del juez; la audiencia se puso de pie y el juez se dirigió hacia su asiento. Dio los buenos días con un movimiento de cabeza; las preliminares habían concluido.

Roy se puso de pie:

—Señorita Irene Venice —dijo.

Un estremecimiento le atravesó la columna vertebral. Pensó: «no puedo, simplemente, no puedo, me desmayaré antes de llegar allí; mis piernas no me sostendrán».

Se puso de pie; estaba nerviosa, mientras se abría camino hacia el pasillo y atravesaba la puerta. Un ordenanza la abrió para que ella pasara. Oía las conversaciones entrecortadas, los murmullos y cuchicheos. Se detuvo junto a la silla de los testigos; el empleado sostuvo la Biblia diciendo que colocara la mano izquierda sobre ella y levantara la derecha. Sintió que se balanceaba; estaba a dos pasos de la silla de testigos.

Continuó pensando en Nicky; un momento después se sentaría y podría mirarlo. Hasta ese momento solamente lo había visto entrar o salir de la corte. Había alcanzado a observar la parte posterior de

su cabeza y muy raramente, cuando él se volvía, su perfil, pero no lo había enfrentado desde aquella desdichada entrevista durante la cual hablaron a través de la pared de vidrio.

El empleado murmuró algo y Wren dijo: «Sí, juro», en voz baja e insegura. Luego subió a la plataforma, se sentó y miró directamente a Nicky.

«Sus ojos, pensó. ¿Qué le ha ocurrido? Sus ojos están sombríos y velados, como si él no estuviera aquí. Apenas parece conocerme. Sus ojos…»

Le dirigió una mirada seria y prolongada diciéndole con toda el alma y voluntad que estaba allí para ayudarlo, que quería verlo sonreír, que le hiciera alguna señal, o que estableciera alguna explicación. «Soy Wren, continuó pensando; Nicky, soy Wren, ¿no me conoces?»

No podía penetrar en él; parecía una madera o una imagen pintada. Este no era el Nicky que ella conocía, por el cual ella había peleado. Este Nicky si podía matar; estaba extraño, remoto, cambiado, ella no lo reconocía. Tenía la expresión de una persona capaz de falsificar; quizá fuera culpable, ya no estaba segura.

La voz de Roy la volvió a la realidad. Le estaba preguntando su nombre. Ella contestó en voz baja y mientras lo hacía se olvidó de Nicky. Él ya no era importante; lo único que contaba era Roy, y lo que ella pudiera hacer por él. Sinceridad, verdad y comprensión. La rapidez con la cual ella seguía sus pensamientos. Se dio cuenta de que éste podía ser el fin entre ellos, que jamás podría estar tan cerca de él, ni tan absortos el uno en el otro. Ella podría ver su cara, observar sus manos y su cuerpo, pero jamás le vería así. Esto era personal y privado, pese al hecho de que cientos de personas los estaban observando, o quizá a causa de ello… Súbitamente, la sorprendió con gran fuerza el tipo de experiencia que estaba viviendo. Por un momento se encerró en este pensamiento y Roy tuvo que repetir la pregunta. Maquinalmente dio su domicilio, pero continuó pensando que estaban viviendo algo íntimo, como si estuvieran en la iglesia y todos los observaban. Era su casamiento.

«Sí, pensó, sí, acepto, Roy, para siempre». Con su consentimiento pareció animarse; se sintió transportada de felicidad y satisfecha por su concesión.

Ya no estaba asustada. Su voz se tornó calma y firme, ella misma

se sentía serena, segura de sí misma; estaba hablando con Roy y no veía al juez, al jurado, ni a Nicky. No pensaba ya en lo que habían hecho Nicky, Pedro o Janice; sólo percibía su afinidad con Roy y su deseo de complacerlo. Estaba contestando a sus preguntas, hablándole de sí misma, de su niñez, de sus visitas al estudio de Adam y su amistad con él, que la había introducido en su vida artística, compartiéndola con ella, enseñándole y discutiendo todos sus trabajos.

—Le muestro este cuadro —dijo Roy, sosteniendo el cuadro de manera que ambos, ella y el jurado pudieran verlo y señaló un trazo rojo en un ángulo—; quiero que me diga si usted lo ve.

—Sí —dijo ella.

—¿Sabe por qué razón está ese trazo ahí?

—Sí; lo sé.

—¿Quiere relatarlo al jurado?

Wren se volvió hacia la tribuna del jurado, contándoles cuanto sabía. Podía percibir el interés y simpatía de todos los miembros. Ella y Roy parecían uno solo.

Ella terminó su relato. Roy dijo:

—¿Le pregunto si en su opinión, este cuadro llamado *Wren inconclusa* es el mismo que pintó Adam Kalish y en el cual él dibujó este trazo rojo?

—Sí —dijo ella—; es el mismo.

Explicó sus puntos de vista e hizo algunos comentarios acerca del estilo. Evitaba las palabras complejas y abstractas que habían usado los peritos que declararon anteriormente.

—Elijo solamente estos pocos detalles —concluyó—, aunque existen muchos más. El más importante es el hecho de que yo vi el cuadro colocado en su caballete.

Roy asintió. Estaba satisfecho; pensaba que ella había declarado correctamente.

—Gracias, señorita Venice —dijo y se sentó.

Maloney se acercó a ella con una sonrisa afectada; la estaba escudriñando y tratando de hacerla sentir incómoda. «Es un lobo, pensó ella, y quiere asustarme, pero no sabe que estoy enamorada de Roy y que no puede hacerme nada.»

—Señorita Venice —comenzó—: usted conoce al acusado Nicolás Newbaker, ¿no es verdad?

—Sí.
—¿Es un amigo íntimo?
—Era.
—¿Ya no lo es?
—Lo vi una sola vez desde que fue arrestado.
—¿Por consejo de su abogado?
—No.
—Pero sus sentimientos hacia él, ¿son los mismos o no?
Pensó la pregunta.
—No estoy segura de mis sentimientos hacia él, pero sé con certeza que no le deseo ningún mal.
—Le gustaría que lo absolvieran, ¿verdad?
—Así es, siempre que sea inocente.
—Limítese a contestar mis preguntas, señorita Venice, sí o no; no necesita dar explicaciones. Si hay que declarar algo, estoy seguro de que su abogado lo hará saber posteriormente. También es amiga de él, ¿verdad?
—Sí.
—¿Amigos íntimos?
—Sí.
—¿Lo ayudó a preparar el caso?
—En parte.
Los ojos de Maloney destellaron como si de pronto hubiera adivinado la verdad.
—Haría cualquier cosa por él, ¿no es así?
—Cualquier cosa honesta.
Maloney dejó de lado ese punto, como si fuera una papa caliente.
—En cuanto al cuadro… usted dice que lo vio inmediatamente después de terminado, y que no lo volvio a ver hasta hace unos pocos meses, ¿estoy en lo cierto?
—No.
La cháchara de Maloney cedió.
—¿Lo vio durante ese intervalo?
—Lo vi unas cuantas veces después de terminado.
El fiscal parecía feliz nuevamente.
—Pero transcurrió un período de aproximadamente doce años, ¿no es cierto?

—Sí.

—Usted pensó que había sido destruido, ¿verdad?

—No sabía nada de eso.

—Por lo general usted sabía cómo y dónde disponía él de sus cuadros, ¿estoy en lo cierto?

—No.

—Pensé que dijo al jurado que compartía su vida creativa, ¿o no era así?

—Sí.

—¿Y no sabe lo que hizo con ese cuadro?

—La venta no formaba parte de su vida creativa.

—¿No está en un plano suficientemente elevado? Roy se puso de pie.

—Objeto a esa pregunta, Su Señoría, ya que exige una conclusión y la testigo no está habilitada para actuar como experta en ética.

La voz del juez llegó tranquilizadora a oídos de Wren.

—La objeción está acordada.

Maloney hizo una mueca burlona, como si estuviera muy divertido.

—Adam Kalish destruyó todo cuanto no le satisfacía, ¿no es verdad?

—No podría decirlo.

—¿Conoce otros trabajos de él, sin terminar?

—Sí.

—Mencione dos.

—No tienen nombre, pero tengo dos colgados en una pared del vestíbulo de mi casa.

—¿Alguien más en el mundo tiene una obra inconclusa de Kalish?

Roy se puso nuevamente de pie:

—Objeción —dijo—; ¿cómo puede la testigo contestar esa pregunta a menos que sea omnisciente?

—Volveré a formularla —dijo Maloney—: ¿Sabe con certeza si existen otras obras de Kalish sin terminar?

—Sí —dijo Wren. Maloney no había hecho distinción entre óleos inconclusos de los cuales no había ninguno y bocetos inconclusos, que había muchos.

Wren se sintió satisfecha.

—Kalish le dijo que había destruido el cuadro «Wren inconclusa», ¿no es así?

—No.

—Pero usted pensó que lo había hecho, ¿verdad?

—No pensé en eso.

—¿Nunca pensó en ese cuadro y lo recuerda tan bien después de doce años?

—Ya lo creo que pensé en él, pero sin preguntarme si, habría sido destruido. Eso no era…

—Limítese a contestar mis preguntas, señorita Venice, sin elaborarlas. Estoy seguro de que puede hacerlo.

—Gracias —dijo ella.

—¿Le preguntó alguna vez qué había ocurrido con el cuadro, durante ese largo intervalo?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Nada, tengo la impresión de que…

—Su impresión no interesa; cuando usted vio el cuadro nuevamente en la galería de Newbaker le dio autenticidad, ¿es así?

—Sí.

—¿En presencia de quién?

—Del señor Newbaker y del señor Padget.

—¿Una especie de negocio amistoso?

Roy interrumpió.

—Objeción; opino que la pregunta es inadecuada e imposible de contestar.

—Pido al fiscal que cambie la forma de la pregunta —dijo el juez.

—Haré algo mejor; la retiro; ahora, señorita Venice, cuando usted vio el cuadro en la galería de Newbaker, ¿cómo pudo identificarlo como el mismo cuadro y no como una copia perfecta?

—Me pareció auténtico, creo que ya lo expliqué.

—¿Vio algún punto, rasguño u otra marca que hiciera posible la identificación?

—Sólo el trazo rojo.

—¿Examinó el cuadro para determinar la época en que fue pintado?

—A simple vista.

—¿Se puede determinar la época en que fue pintado?

—Dentro de ciertos límites.

—¿Tocó el cuadro con un alfiler para ver si estaba fresco?

—No.

—¿Conoce algún método científico para determinar la antigüedad de una pintura?

—Sí.

—¿Qué métodos conoce?

—Los que el señor Sandwich describió aquí ayer.

Maloney reía; trataba de hacer notar que Wren personalmente era deliciosa, pero que él no iba a perder más tiempo con ella; dio media vuelta y se alejó.

El empleado le hizo una seña para que bajara.

Wren pasó junto a Roy y éste la miró. La mirada era cálida, amistosa, comprensiva. «Ha sido muy fácil, pensó, casi demasiado fácil.»

Cuando se dirigía de vuelta a su asiento pasó junto a Janice, quien se disponía a prestar declaración; se tocaron las manos por un instante.

—Wren —dijo Janice—. Estuviste maravillosa.

Wren se sentó junto a Pedro.

La declaración de Janice fue breve. Dijo que fue esposa de Nicky y que había conocido a Mortimer Wales. Una semana antes de su muerte, Wales había visitado el departamento de los Davvo y había sostenido una conversación con él.

—Relate esa conversación —dijo Roy.

Janice sonrió; sabía que era el foco de atención, que era atractiva, inteligente y elegante. Esto era una gloria para ella y le encantaba.

—Hablamos sobre alguno de los cuadros de Wales; eran valiosos y temía que se los robaran. Dijo que no se sentía a salvo viviendo en un departamento de la planta baja, que quería tener un revólver y no sabía cómo conseguirlo. Le dije que tenía uno en casa y que me agradaría deshacerme de él.

—¿Qué clase de revólver era ése? —preguntó Roy.

—Era uno que pertenecía al señor Newbaker. Cuando nos separamos lo llevé conmigo y lo conservé.

—¿Puede identificar ese revólver en alguna forma?

—Sí, era calibre veintidós, de mango negro; el mango tiene una ficha pequeña y una mancha de pintura verde.

Roy se dirigió a la mesa del escribiente y tomó el revólver que había matado a Mortimer Wales.

—Le muestro este revólver para que usted me diga si es el mismo que le dio a Mortimer Wales una semana antes de su muerte.

Janice lo tomó y examinó de cerca.

—Sí —dijo—. Es el mismo revólver.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su poder?

—Desde el momento que dejé al señor Newbaker y hasta que se lo entregué al señor Wales.

Roy se sentó y Wren frunció el entrecejo. Janice estaba ofreciendo la prueba esencial que demostraba que Nicky no había tenido el revólver en su poder y otras personas habían tenido igual acceso, pero mentía en lo referente a detalles. Su testimonio era importante y hacía añicos el punto básico que se refería a la posesión del revólver por parte de Nicky, pero había tenido cuidado de no mencionar el accidente ocurrido en el estudio de Adam Kalish.

Wren se preguntó por qué. ¿Era porque no quería admitir que Pedro la había castigado? ¿Cómo la habría persuadido Roy para que hablara del revólver?

Maloney, durante su interrogatorio, repitió hechos obvios. Janice no sabía qué había ocurrido con el revólver después que se lo había dado a Wales. La posibilidad de que Nicky hubiera tomado el revólver en el departamento de Wales subsistía. La situación de Nicky aún no estaba aclarada, pero quedaba descartada la conclusión de que él y sólo él tenía el revólver. Cualquiera podía habérselo quitado a Wales y usarlo. Una de las deducciones de Maloney había sido anulada. Jardee volvió a su asiento y Roy llamó a Pedro Davvo. Pedro se levantó dirigiéndose a la silla destinada a los testigos. Se le veía confiado, seguro.

Por las primeras preguntas de Roy, Wren se dio cuenta de que algo importante flotaba en el aire. Presentía que todo el juzgado estaba expectante mientras Pedro pronunciaba su respuesta. Hablaba perezosa aunque altivamente, prestando atención al efecto causado. De pronto recordó lo que le había dicho Pedro el día antes

de que se iniciara el juicio. Estaba ebrio y no le creyó, pero lo recordaba ahora. «Salvaré a Nicky… Hay cosas que nadie sabe».

Comenzó a hablar con calma, serenamente, seguro de sí mismo.

—¿Mi ocupación? —dijo—. Artista.

—¿Puede dar más detalles al jurado acerca de su trabajo?

—Por cierto. Pinto originales y me especializo en acuarelas. También estudio técnica, soy copista y reparador.

—¿Qué hace un copista? —preguntó Roy.

—Copia las obras de otros pintores. Un buen copista hace un estudio completo de la técnica de la pintura que va a duplicar y luego la copia. Desde luego, usa los mismos materiales, témpera, aceite, etcétera. Trata de mezclar los colores de la misma forma y con las mismas bases. La mayor parte de la gente no puede distinguir una buena copia del original.

—¿Estudió alguna vez los trabajos de Adam Kalish, con intención de copiarlos?

Roy hizo una pausa significativa. Era una respuesta que no esperaba. Luego continuó serenamente, dispuesto a seguir hasta el fin.

—¿Copió alguna vez obras de Kalish? —preguntó.

—Sí.

—¿Fue una de ellas, *Wren inconclusa*?

El auditorio carraspeó, Maloney se inclinó hacia adelante lamiéndose los labios, el taquígrafo miró para arriba ansioso, hasta Micky pareció volver a la vida.

Pedro disfrutaba a cada instante. Deliberadamente tardaba en responder. Tosió, sacó su pañuelo, se sonó la nariz, y por fin, conteniendo una sonrisa, contestó:

—No.

Wren se reclinó en su asiento con un suspiro de alivio. Pedro estaba dramatizando y Roy sabía cada respuesta antes que la emitiera.

Luego Wren se preguntó por qué había estado tan asustada. ¿Cómo podía Pedro haber copiado el cuadro a menos que dispusiera del original?

Roy se alejó de Pedro y se apoyó en la balaustrada, con una mano en el bolsillo. En la otra tenía sus apuntes.

—¿Estuvo *Wren inconclusa* en su poder, en algún momento,

antes de ser vendido?

—Sí, estuvo varios meses en mi estudio.

—¿Con qué propósito?

—Para restauración y transporte.

—¿Quiere explicar al jurado qué entiende usted por restauración y transporte?

—Por cierto; el pigmento en algunos cuadros cambia con el tiempo. El rojo, por ejemplo, puede desaparecer por completo, a menos que esté protegido con barniz. El rojo ocre puede oscurecerse, algunos verdes cambian de tono y uno de ellos, el cadmio claro, puede tornarse púrpura. Se suele llamar a un reparador para que vuelva dichos colores al estado original. A veces se debe agregar pinturas, con algunos toques, o colocar un pigmento más durable sobre el antiguo.

—¿Qué más?

—Un cuadro puede quebrarse a menudo debido a diversas causas: el uso de poca cantidad de aceite, por ejemplo, el encolado inadecuado, el no permitir que el encolado se seque antes de desparramar la pintura, o las distintas acciones de la pintura y el barniz, entre ellas.

—¿Qué hace usted, en su carácter de restaurador, cuando ocurre eso?

—Lleno de grietas con masilla. A veces, cuando las grietas son anchas, tengo que pintar sobre ellas. Un cuadro que ha sido expuesto a la humedad, al calor o al cambio brusco de temperatura, por ejemplo, se puede quebrar por completo.

—Usted habló de transporte —dijo Roy—. ¿Qué es eso?

—Es trasladar un cuadro a una nueva tela. A veces la tela original se enmohece o desintegra, a causa de la mala calidad, o porque ha sido dejada sobre una base húmeda, ubicada directamente sobre un radiador o dejada en un viejo desván. Lo que queda simplemente es la capa de pintura sin nada que lo soporte.

—¿Qué se debe hacer entonces?

—Es un proceso difícil y no entraré en detalles. Hay ciertos secretos profesionales que creé yo mismo y no me interesa revelarlos aquí. En general el trabajo consiste en quitar la tela vieja y reemplazarla por una nueva. Para hacerlo, la pintura se pone boca abajo sobre una superficie ligada o pegada a la misma. Se colocan

entre ellas gruesas capas de papel. Los restos de la tela que quedan en la parte posterior se fijan raspándolos o frotándolos. Luego se encola una nueva tela, se le pasa una plancha caliente y se adhiere mediante presión. Después de un tiempo la adhesión se torna sólida, los soportes previamente colocados en la parte anterior de la pintura se quitan y ya se tiene el cuadro original montado en una nueva tela.

—¿Este proceso es poco común?

—En América no se hace muy a menudo, y no existen muchas personas que sepan hacerlo. Pero hace siglos que se sigue este procedimiento y apenas si hay una obra vieja que no haya requerido gran cuidado para evitar que cayera a pedazos.

—¿Hizo esta operación para el señor Newbaker en alguna oportunidad?

—Sí.

—¿A menudo?

—Quizá unas doce veces.

—¿A partir de cuándo?

—De dos años atrás.

—¿Qué cuadros?

—Los dos de Homer que nombró John Pastorini. En realidad todos los cuadros que mencionó.

—¿Le proporcionó el señor Newbaker las telas y dilatadores para ese fin?

—Sí.

—¿Algún tipo especial de tela?

—Sí, tela virgen número diez, urdida con lino y yute. Le pedí que guardara una provisión para mí, ya que es adecuada para mis propósitos; le dije que podía comprarla en la casa Ledyard Brothers.

Wren quería gritar de alegría; esto era lo que había querido decir Roy y el motivo de su comportamiento, por otra parte, reivindicaba a Pastorini. Cada palabra del testimonio del día anterior, cada detalle que parecía demostrar las falsificaciones, estaban derribados. Esto resultaba más eficaz porque Pastorini no había sido interrogado por segunda vez.

Wren estaba radiante y asió la mano de Janice. Esta se volvió y sonrieron; tenían esperanzas otra vez.

Mientras tanto, Roy continuaba sereno.

—¿Cuál es el procedimiento que se adopta en general —preguntó— con respecto al transporte de cuadros que usted mencionó?

—El señor Newbaker solía decirme que tenía un cuadro en malas condiciones y que quería que lo restaurara y transportara, o que hiciera lo que fuera necesario. Combinábamos esto con Pastorini. Él medía, cortaba y montaba las telas con precisión. Hacía aparecer los dilatadores como antiguos, ya que hubiera parecido extraño que una pintura vieja tuviera un dilatador nuevo. Ordenaba a los doradores que hicieran un marco adecuado y luego enviaban la tela a mi estudio donde yo completaba el trabajo. Una vez listo, la devolvía. Por lo general olían a barniz y a veces había áreas que en realidad estaban recién pintadas. Los muchachos en la galería hacían bromas al respecto y titulaban los cuadros realistas. En todo lo posible evitaba retocarlos, limitándome a raspar la parte dañada y dejaba que el original hablara por sí mismo.

—Usted afirmó que transportó y restauró *Wren Inconclusa*. Le entrego esta fotografía que un testigo anterior marcó con unas equis, para que me diga si las mismas tienen algún significado para usted.

—Sí; ha marcado los lugares exactos que yo retoqué y donde agregué pintura.

—¿Extendió la pintura?

—No, simplemente le di unos toques donde era imprescindible. No quería manosear un trabajo de Adam Kalish.

—Gracias —dijo Roy, y se sentó. Los cuadros realistas estaban explicados y la fidelidad de Pastorini demostrada. El móvil que podía haber impulsado a Nicky, ya no existía.

Sin embargo, Wren sentía una duda curiosa e ilógica. ¿Por qué motivo nadie estaba enterado de esto? ¿Por qué Nicky y Pedro lo mantuvieron en secreto? Si Nicky lo hubiera explicado cuando lo arrestaron, le hubieran dejado en libertad. Su silencio no era lógico.

«Se aproxima algo más, pensó ella. Pedro tiene una razón. Nicky y Roy las suyas, pero son todas distintas. Si Maloney es inteligente lo descubrirá, le preguntará a Pedro por qué no habló antes. ¿Qué contestará Pedro? ¿Por qué no habló?»

¡Porque Pedro es el asesino!

Wren volvió a recapacitar. Lo había pensado anteriormente, lo

había esperado muchas veces, pero siempre concluía en la coartada de Pedro, había estado en el cine. Podía explicar dónde había estado y la policía no dudaba de él, ya que habían hecho las averiguaciones, confirmándose sus palabras.

El cerebro de Wren era un remolino. Si Pedro no había sido, entonces la culpable era Janice, pero ésta tenía la misma coartada. Entonces, si ni Janice ni Pedro lo habían hecho, el asesino era Nicky.

No, no podía ser, era una confusión tan grande, y sin embargo personas más capaces que ella dudaban de Pedro.

Se volvió a Janice y murmuró:

—¿Por qué no habló antes?

Janice replicó con rapidez:

—Porque Roy no se lo permitía.

Eso no explica nada. Wren miró nuevamente hacia arriba observando a Pedro. Estaba ansiosa, esperaba, de un momento a otro, que declarara algo que lo delatara. El día que ella y Wales habían ido al campo, Pedro le había pegado a Janice. Según dijeron ambos, a causa de Wren, pero eso era ridículo.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y qué intervención tenía Kip en el asunto?

Maloney se puso de pie lentamente, aproximándose al testigo. Se le veía solemne y cauteloso cuando comenzó el interrogatorio. Demostró en primer término que las restauraciones eran un secreto entre Pedro y Nicky. Pedro lo admitió al instante diciendo que lo hacían porque muchas personas tenían prejuicios con cuadros que habían sido sometidos a ese proceso, pero que estos prejuicios eran fruto de la ignorancia.

Maloney cambió de tema.

—¿Los cuadros que le hacía reparar el señor Newbaker eran auténticos, según él?

Roy objetó:

—Creo que el fiscal debería referirse a un determinado cuadro. No debe generalizar.

El fiscal estuvo de acuerdo.

—Con respecto al cuadro titulado *Wren inconclusa*, ¿afirmó el señor Newbaker que era una obra auténtica de Adam Kalish?

—No hizo ningún comentario.

—Diga al jurado qué le dijo cuando le entregó el cuadro para su

restauración.

—No me lo entregó él. Lo encontré yo en el desván de Adam Kalish.

Wren vio que el pequeño juez levantaba la cabeza rápidamente, como dudando de lo que oía. Maloney retrocedió y miró a sus asistentes; parecía aturdido. Durante el prolongado silencio la gente comenzó a hablar y murmurar en voz baja. El juez golpeó para imponer orden.

—Silencio —dijo—. Silencio, por favor.

Wren notó con súbito regocijo lo que acababa de ocurrir. Pedro le había dado autenticidad al cuadro. Había revelado su origen y establecido que no era una falsificación sin lugar a dudas, a menos que Maloney demostrara lo contrario.

Pero Pedro estaba mintiendo; no podía haber hallado el cuadro en el desván de Adam. Después de su muerte, Wren había revisado las dos casas palmo a palmo, los desvanes, armarios y dependencias accesorias. Había hallado bocetos, pero cuadros no. Y desde luego no podía haber dejado pasar por alto algo tan voluminoso como un cuadro. ¿Habría algún lugar que se había olvidado de revisar? Simplemente, era imposible.

La desconfianza que sentía hacia Pedro se pronunció con más fuerzas pero no sabía con qué conectarlo; estaba equivocada. Conocía a las personas, las presentía, sus intuiciones eran agudas y exactas, pero no era realmente inteligente; no podía deducir nada; meneó levemente la cabeza y observó a Maloney.

Él debía haber notado lo tremendo de su error con mayor agudeza y amargura que nadie. Hablaba con un tono de voz que vertía sarcasmo y que demostraba que no creía una sola palabra de lo que Pedro decía.

—¿En qué momento —dijo— alega usted haber descubierto ese tesoro perdido?

Roy se puso de pie con un salto. La pregunta era inadecuada. Maloney había introducido material nuevo y ya no podía contradecirlo. Ambos abogados discutieron tercamente. Se trataba de técnica legal y Wren no entendía una sola palabra, pero percibía algo importante. Maloney trató de demostrar que Pedro estaba mintiendo y Roy quería impedir las preguntas. Los dos abogados discutieron mientras el pequeño juez escuchaba benignamente y

terminó por dar la razón a Roy.

Maloney permaneció de pie temblando de ira por el contratiempo. Atravesó por la emoción del hombre convencido de que Pedro estaba mintiendo pero imposibilitado de hacer nada al respecto; su cuerpo temblaba por el disgusto, y la expresión de su rostro lo demostraba claramente al jurado. Luego se encogió de hombros, resignado ante su impotencia, ya que la corte estaba en su contra. Dijo con voz apagada:

—Eso es todo; mi oponente puede continuar con el interrogatorio.

Roy se puso de pie con las manos en los bolsillos. Dijo dramática y serenamente, como si los ojos de todo el mundo estuvieran fijos en él:

—Su Señoría: la defensa solicita cuarto intermedio.

17

A Wren le parecía todo irreal. Habían estado juzgando a Nicky y de pronto nadie se ocupó más de él. Otro elemento había captado la atención general. Un aspecto legal al que por lo visto consideraban más importante que Nicky. Wren tenía la impresión de que el juez Matteo era el verdadero culpable. Estaba cansado del caso, quería divertirse y habría comprometido a todo el mundo en su juego.

La gente conversaba excitadamente, reunida en pequeños grupos, pero nadie mencionaba a Nicky. El fiscal estaba enojado y trastornado, y se vengaba con sus asistentes. Les ordenaba y criticaba por la forma que envolvían sus paquetes, porque eran lerdos, porque eran demasiado rápidos, pero no pensaba en Nicky. Estaba ocupado con su actuación y la impresión causada. Le preocupaba qué diría la gente, no la justicia.

Roy sonreía abiertamente y parecía satisfecho. Estaba conversando con tres o cuatro señores, asentía y sonreía como si le agradaran las alabanzas, pero Nicky no había sido absuelto.

El juez se había dirigido a su oficina privada y probablemente había echado mano de sus libros legales y los leía de prisa en un loco intento de descubrir si había actuado bien o no. Había hecho algo osado y se preocupaba por su reputación judicial; si Nicky era inocente o culpable, ni siquiera lo pensó. Un aspecto legal era más excitante y mucho más interesante que si un hombre o no era sentenciado a muerte.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Wren.

Janice contestó excitada:

—Desde el punto de vista legal no lo sé exactamente. Roy estuvo maravilloso.

—Así es —dijo Wren—, pero ¿qué ocurrió?

—No lo sé; preguntémosle a Pedro. Pedro… ¡Pedro!

Wren se mantuvo junto a los Davvo y continuó formulando la misma pregunta.

—Pedro, ¿qué ocurrió?

Roy lo tomó de sorpresa y Maloney se quemó completamente.

—Sí —dijo Wren—, pero ¿qué ocurrió?

Pedro no pudo o no quiso contestar. Wren vio que se acercaba uno de los subalternos de la corte.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella.

Sonrió con amplitud.

—Nunca vi nada igual —dijo—; estuve durante años en esta corte y nunca vi a nadie aprovechar como Padget una oportunidad.

Un grupo de periodistas trataron de pasar junto a ella, y Wren detuvo a uno de ellos. Los periodistas iban a relatar el caso, ellos debían saber.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

El periodista dibujó una sonrisa burlona.

—Adivino que lo está pasando muy bien, señorita Venice, y produjo una impresión muy agradable en el banco de testigos.

—Sí —dijo ella—, pero ¿qué ocurrió?

—Maloney no puede dudar de la palabra de su propio testigo —dijo el periodista—. Todo el mundo lo sabe; disculpe, señorita Venice, pero tengo que relatar la historia completa.

La dejó boquiabierta. Escuchó una conversación cerca de ella. Dos señores que parecían abogados estaban discutiendo el incidente.

—Está ese capítulo del código de procedimiento civil —estaba diciendo uno de ellos—, pero Maloney debe probar aún que el testigo era hostil y no veo cómo podrá hacerlo. Padget lo interrumpió demasiado pronto; no le dio un solo segundo de tiempo.

Wren dijo:

—Disculpe: me gustaría que me lo explicasen.

—Desde luego —dijo uno de los abogados—. La ley común establece que no se puede contradecir al propio testigo. Maloney hizo de Davvo su propio testigo e impidió así que contradijera sus afirmaciones anteriores. Padget objetó y eso fue todo.

—Sí —dijo ella—, pero ¿qué ocurrió?

El abogado la miró como si estuviera loca.

—Ya se lo dije. Lo que ocurrió es que Roy Padget es un abogado muy inteligente.

Wren se volvió. Roy se lo diría, el mundo entero parecía estar

contra ella, pero Roy se lo diría todo.

Atravesó la puerta, y dando un rodeo consiguió acercarse a él. Le tocó la manga.

—¿Qué ocurrió? —dijo ella—. No entiendo.

Roy consiguió mirar a hurtadillas a través de los que lo rodeaban.

—¿Ocurrir? —contestó él—. Todo ha terminado, o por lo menos, la presentación de las pruebas.

—Sí —dijo Wren—. Pero ¿qué ocurrió? ¿Quién ganó?

Roy rió.

—Todavía no ganó nadie. Mira, Wren, ¿no podéis tú y los Davvo, ir a mi oficina y esperarme allí?; es muy importante.

Wren asintió. Luego oyó la voz profunda y resonante de Maloney, diciendo:

—¿Padget? Me gustaría hablar un momento con usted.

Wren se alejó mientras continuaba preguntándose qué había ocurrido. No quiero esperar. No quiero permanecer sentada mientras le dicen a Roy lo bien que actuó.

Volvió a reunirse con los Davvo y les dijo que Roy los esperaba a los tres en su oficina. Salieron en fila; pequeños grupos comentaban aún el incidente. Estaban reunidos en el juzgado, y se demoraban en salir por los corredores; otros hacían comentarios en el ascensor.

Wren daba la impresión de vivir en una atmósfera remota, apartada de todo. La forma en que conducía el chofer del taxi, los diseños blancos y verdes del mismo, la aparatosidad de las personas reunidas en el vestíbulo del edificio en el que estaba la oficina de Roy, y hasta el nombre de él en la puerta del estudio.

La señorita que se puso de pie cuando entraron debía ser su secretaria. Saludó a Pedro y Janice, y esta última dijo:

—Señorita Jacobs, le presento a Irene Venice.

Wren miró a la secretaria de Roy; era gordita, de cara ansiosa y linda. Wren decidió tenerle simpatía.

—Encantada de conocerla —dijo Wren mientras le estrechaba las manos—. El señor Padget vendrá más tarde, y nos dijo que viniéramos y le esperáramos aquí.

—¿Cómo anduvo el juicio? —preguntó la señorita Jacobs.

Wren movió la cabeza.

—Me gustaría saberlo; puedo repetir cada una de las palabras

que pronunciaron, pero no entiendo nada; quizá usted pueda explicarlo.

Wren le contó lo ocurrido; tenía la impresión de estar viviendo la escena otra vez. La respuesta de Pedro, la conmoción en el juzgado, el juez pidiendo silencio, el sarcasmo de Maloney, la voz penetrante de Roy reclamando una decisión y el dramático final. Luego Roy con las manos en los bolsillos, poniéndose de pie mientras decía serenamente, con una sonrisa apenas contenida: «La defensa solicita cuarto intermedio».

—Pero no entiendo —concluyó Wren—; estaba allí y no comprendo qué ocurrió en definitiva.

La señorita Jacobs frunció el entrecejo.

—Creo que puedo explicarlo —dijo. Cuando un abogado cita a un testigo, y le hace prestar declaración, de hecho da crédito a sus palabras, mejor dicho a su honestidad. No importa lo que diga, el abogado no puede demostrar que su propio testigo está mintiendo.

—¿Si? —dijo Wren.

—Desde luego el otro abogado, el opositor, puede hacerlo. Ese es el objeto del nuevo interrogatorio; demostrar que el testigo del otro abogado está equivocado, confuso, o que miente. Durante el transcurso del mismo sólo se pueden hacer preguntas en tomo a las que el abogado que presenta al testigo ya formuló. Si se introducen otros aspectos, el jurado considera que el testigo es del abogado que lo está interrogando, y éste debe aceptar como ciertas todas las respuestas relativas a estos nuevos aspectos. Cuando el señor Davvo dijo que el cuadro provenía del desván de Kalish, introdujo material nuevo: Roy no lo había interrogado al respecto. El fiscal aceptó la respuesta y trató de profundizar, convirtiendo al señor Davvo en su propio testigo, en lo que a esa materia se refiere. Esto demostró que el señor Newbaker carecía de móvil, destruyó la mitad de las pruebas en su contra y el fiscal no pudo hacer nada para evitarlo —la señorita Jacobs sonrió—. El señor Padget fue muy sagaz levantando la sesión en ese momento, mientras las impresiones se mantenían frescas en las mentes de los miembros del jurado. El efecto debe haber sido formidable.

—¡Oh, creo que comprendo! —dijo Wren.

Pedro dijo con tono sarcástico:

—¿Qué es eso de que el testigo estaba mintiendo? La señorita

Jacobs se ruborizó.

—Estaba tratando de darle una explicación a la señorita Venice —dijo—. ¿No prefieren esperar en la oficina del señor Padget?, es mucho más cómoda.

Abrió la puerta y la dejó así.

Wren entró primero. Era un salón largo y angosto, con una ventana y un escritorio en el extremo más alejado. Una de las paredes estaba cubierta de libros. Sintió deseos de correr hacia ellos y tocarlos uno por uno. Formaban parte de Roy, eran los libros que él usaba y en los que confiaba. Sintió una extraña gratitud hacia ellos. Son sus sirvientes, pensó, yo también lo soy, si él así lo quiere.

Pedro se sentó en el diván opuesto a las repisas.

—Tiene audacia —dijo—. ¡Sugerir que yo mentía!

—¿Quién? —preguntó Wren ausente.

—El adefesio que está afuera —dijo Pedro, con voz suficientemente alta para que se oyera en el otro salón.

Wren se volvió y clavó los ojos en él. Pedro el artista, elegante, pagado de sí mismo, el que había castigado a Janice.

—Tú, mentiste —dijo Wren—; a mí no puedes engañarme.

Pedro sonrió.

—Qué tontería —dijo.

Y así terminó la conversación.

En la otra sala sonó el teléfono. Se oyó la voz de la señorita Jacobs que contestó, discutiendo una escritura con alguien; cortó la comunicación. Se oyó crujir una mesa y luego los golpes característicos de la máquina de escribir. Pedro, Janice y Wren se mantenían en silencio.

El teléfono llamó nuevamente. Esta vez la señorita Jacobs se limitó a escuchar respondiendo «sí» algunas veces; luego colgó, pero no volvió a escribir a máquina.

—Me pregunto cuánto tiempo tendremos que esperar —dijo Pedro—. Roy tendría que estar aquí trabajando; después de todo, mañana es el día más importante ya que debe presentar su informe al jurado.

Wren pensó nuevamente algunos detalles que la asustaron. Pedro había mentido con respecto al cuadro; Janice respecto al revólver y, en cierto modo ella también había mentido manteniendo en secreto su visita al departamento de Wales. Sin embargo, los tres

lo habían hecho para ayudar a Nicky. Y entonces, ¿por qué estaban tan celosos y desconfiados uno del otro? Janice y Pedro sentados en el diván, con miedo de mirarse, sobresaltándose cada vez que llamaba el teléfono, molestos y fumando sin interrupción. ¿Se preocupaban realmente por Nicky? ¿Y por qué actuaba de una manera tan…, bueno, extraña?

—¡Qué raro —dijo Wren—; pensar que nosotros somos los únicos defensores de Nicky! Yo dije que el cuadro era auténtico, Janice que no tenía el revólver en su poder y Pedro que no era un falsificador.

—Y lo más extraño —dijo Pedro— es que ninguno de nosotros afirmó nada. Roy nos tomó de sorpresa y nos usó para desbaratar el estado en que se encontraba el caso al principio. Pero dado que Wales pensaba que el cuadro era falso, podía enjuiciar a Nicky y arruinarlo. De modo que el móvil de Nicky subsiste y sin considerar si Nicky llevó el revólver consigo o lo encontró allí, pudo haber matado a Wales; y sin considerar si es un falsificador o no, pudo haber matado a Wales de cualquier modo. El jurado tiene ambas impresiones digitales en su poder, el testimonio del conductor del taxi, el revólver, el móvil.

El teléfono volvió a llamar. La señorita Jacobs respondió y luego fue hacia la puerta.

—Era el señor Padget —dijo—, se demoró y vendrá dentro de un rato, pero le agradaría que lo esperasen. Creo que mandaré a buscar unos sándwiches y café para no morirnos de hambre. ¿Qué les gustaría comer?

Comieron en la oficina; Wren descubrió que tenía un apetito voraz, pero asimismo estaba preocupada. Roy debía estar allí hacía rato pues al día siguiente tenía que resumir todas las pruebas del juicio. Debería estar ahora trabajando, organizando los pormenores y preparando su informe.

¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué su sexto sentido le decía a Wren que iba a ocurrir algo? Presentía la tensión que flotaba en la habitación, la sombra del asesinato de Wales, los nervios de Pedro y Janice, ese algo que había entre ellos, la culpa.

Wren se volvió hacia la señorita Jacobs, quien se hallaba en la otra habitación. Estaba leyendo un libro y volvía las páginas periódicamente. Ella no había mentido, no tenía preocupaciones y

no permanecía sentada allí, conociendo la vida y el pasado de dos personas en las que no confiaba.

¿Dónde estaba Roy?

Wren recordó nuevamente la tarde en que ella y Wales habían ido en coche al estudio; todo había comenzado allí. Ella lo había presentido, sin motivos, lógica o pruebas, de la misma forma que presentía la culpa interior de Janice Davvo.

Todo había comenzado cuando Pedro castigó a Janice y huyó. Wren tenía la impresión de estar viendo a Janice como aquella noche, tambaleante junto a la puerta, mientras enfrentaba a su mejor amiga y a su amante. Janice vacilante, mareada, envuelta en un torbellino por algo que sabía y la atormentaba. Janice tenía el revólver en el bolsillo.

¿Por qué no declaró que le había entregado el revólver a Wales allí en el estudio?; ¿y por qué la había castigado Pedro? La explicación de ella y Pedro coincidía, pero no habían confesado el verdadero motivo. Y Kip… ¿lo sabría?

La puerta del vestíbulo se abrió y Wren se sobresaltó. Oyó voces y a la señorita Jacobs que movía su silla hacia atrás. Luego entró Roy.

—¡Hola! —dijo él—; siento haberlos hecho esperar tanto pero no pude evitarlo. Maloney está muy alborotado. ¿Han comido algo?

—Comimos un sándwich —dijo Pedro—; pero no se le puede llamar cena.

—Ha sido por mi culpa —dijo Roy—; hay un buen restaurante en este edificio, ¿por qué no bajan? Tengo algo que hacer y me gustaría conversar con Wren. Si nosotros no bajamos, vuelvan a subir, que estaremos aquí.

—Muy bien —dijo Pedro—; tengo bastante apetito.

Salió, Janice dudó por unos instantes; luego le siguió y cerró la puerta.

El corazón de Wren comenzó a latir apresuradamente con temor y esperanza a la vez. Miró a Roy; su rostro ceñudo reflejaba severidad. Se había encerrado en sí mismo; del Roy con el que había conversado por la mañana y con el que se había comprometido espiritualmente, no quedaban rastros. La miraba como si fuera un dolor de cabeza adicional, con el que tenía que vérselas.

Lenta y milagrosamente, pareció suavizarse. Durante uno o dos segundos, su coraza se desintegró, y le dirigió una mirada suplicante que parecía decirle que ella, solamente ella podría salvarle. Wren oyó sonar unas campanas y una orquesta que tocaba a la distancia y su corazón se henchió con la música suave y maravillosa.

Esto perduró sólo un instante; luego la mirada dura volvió a sus ojos. Roy sacó un objeto de su bolsillo y se lo entregó:

—Acabo de ver a Nicky —dijo—; te envía esto.

Wren observó que Roy sostenía el prendedor de cobre, el anillo de amor que rodeaba la simbólica figura de un reyezuelo.

—Gracias —dijo ella. Lo tomó colocándolo en su blusa; Roy continuaba mirándola, sus ojos se llenaron de lágrimas y la imagen de Roy se tomó borrosa; ya no podía soportar su expresión. No se dio cuenta de sus movimientos hasta que sintió que sus brazos la rodearon y buscó a tientas la mejilla. Sintió deseos de reír de felicidad.

—Nos fue muy bien, ¿verdad? —dijo Roy—; nos comportamos muy bien.

—¡Roy, oh, Roy!

La sostenía con suavidad.

—Pequeña Wren —dijo él—, hemos esperado mucho tiempo; tenía que ser así; sólo esperaba que me comprendieras.

—No muy bien —dijo Wren.

—Wren… Wren, yo también me sentía muy desdichado, pero todo ha terminado. A partir de este momento sólo contamos tú y yo, unidos.

—Sí —dijo ella—; juntos.

Su brazo se endureció y la separó.

—No tenemos mucho tiempo y quiero hablar contigo. Acabo de dejar a Nicky; está muy desanimado; si lo abandono, confesará, sólo para terminar con esta situación.

Wren retrocedió.

—¿Qué? —dijo incrédula. Tocó el prendedor de cobre, como si fuera un amuleto.

—Nicky dijo que entenderías lo del círculo —comentó Roy— ¿Qué quiso decir?

—No estoy segura —respondió Wren—, supongo que quiso decir

que él sabía que estuve en el departamento de Wales. Roy, ¿piensas que Nicky cree que yo?…

No pudo terminar la frase, miró a Roy, esperando ayuda.

—Sí —dijo él—, Nicky fue a lo de Wales esa noche y encontró el cadáver y el prendedor; movió el revólver y vino a pedirme consejo. Dijo que tú habías estado allí y que lo más importante era protegerte.

—¿Por qué no me lo dijiste, Roy? ¿Por qué provocaste todas nuestras discusiones en lugar de contarme toda la verdad?

—Porque te conozco; hubieras ido directamente a ver a Nicky para impedir que cargara con la culpa en tu lugar. La policía lo hubiera escuchado, desde luego, y una hora más tarde el fiscal te hubiera citado en su oficina para declarar, hubieras pasado la noche en la cárcel, tú nombre habría aparecido en primera plana y quizá hubieras cargado con el crimen. No podía arriesgarme, Wren, era mejor que te enojaras.

—¿Nicky pensó que yo maté a Mort?

Roy asintió:

—Sí; nunca lo dijo directamente, pero lo pensó. Una vez que me di cuenta, supe que era inocente. No podía pensar que lo habías matado tú, si lo hubiera matado él.

Wren sólo dijo:

—¡Oh!

Nicky había estado protegiéndola todo el tiempo y por eso se había negado a hablar, porque si hablaba podía denunciarla. Por eso no había podido enfrentarla y la había tratado con tanta violencia, cuando lo visitó en la cárcel. Ahora había perdido las esperanzas y no tenía nada, ni galería artística, ni reputación, ni amigos, nada, sólo desesperación. Quería terminar con todo, los más pronto posible.

—De manera que —dijo Roy— el gran problema subsiste: si no lo mató Nicky, ni lo mataste tú, ¿quién fue?

—Janice lo sabe —dijo Wren—. Te lo dije desde el primer momento; lo sabe y está protegiendo a alguien, a Pedro o quizá a Kip.

—¿Kip? —dijo Roy—. Haría cualquier cosa por ella. Janice ha luchado por él más duramente que por sí misma. Créeme, sé que ha luchado, pasé con ella mucho tiempo, Wren, y cada instante lo

empleé para descubrir algo. El resultado fue… ¡cero!

—Kip —dijo Wren muy excitada— ni siquiera tiene coartada.

Roy se encogió de hombros.

—No sabemos si la tiene o no, nadie se lo preguntó; de cualquier manera, ya te dije que no creo en coartadas, especialmente en la antigua frase gastada de haber estado en el cine. Los Davvo dijeron que ni siquiera dejaron los asientos del cine y la policía les creyó.

—Janice dejó su asiento —dijo Wren—; llamó a lo de Wales, mientras yo estaba allí y contesté el llamado.

—¿Hablaste con ella?

—No —respondió Wren—; reconoció mi voz y cortó sin decir nada.

Roy movió la cabeza ante la negativa.

—¿Otra vez tus intuiciones?

—No —dijo Wren—, mucho más que eso. Janice lo admitió y me amenazó. —Le contó todo a Roy, éste le escuchó atentamente.

—Si ella llamó a Wales —dijo él—, ésa es la primera falla de su coartada.

Wren se frotó la frente.

—Roy, estoy tan confundida, que cada vez que trato de explicarlo, parece absurdo y complicado, pero en cuanto dejo de hablar, mi mente cristaliza y me dice lo mismo. No puedo indicar las razones, no soy versada en lógica, pero sin embargo lo sé, realmente: Janice lo sabe, se siente culpable y está protegiendo a alguien que debe ser Kip o Pedro. No puede ser otra persona, ¿verdad?

Ella miró a Roy, y éste comenzó a reír.

—¿Qué? —dijo ella— ¿qué es lo que te divierte tanto?

—Tu expresión; pareces la misma chiquilla torpe con el traje de baño azul y blanco.

—¿Azul? —dijo Wren—; lo has dicho muy a menudo, pero ¿domo supiste que era azul, por la fotografía?

—Era una foto en colores —dijo Roy.

Los ojos de Wren se agrandaron.

—Kip —dijo agitada—, Kip la sacó; siempre estaba tomando fotos de todo; no recuerdo que haya usado película de color.

—¿Otra vez Kip?

—Desde luego; tenía también un proyector. ¿Viste alguna vez

una película de color proyectada sobre una pantalla? Es perfecta.

—¡Oh! —dijo Roy.

Se miraron uno al otro y no tuvieron necesidad de hablar; ambos pensaron lo mismo: solos no somos nada, pero juntos los dos somos todo.

Ella se puso de pie y se acercó a él, que la besó.

—Todos mis libros de leyes —dijo Roy—, todas las bibliotecas en las que estudié, el trabajo, la preparación, no significan nada; tú tienes una intuición y me das la clave. Sin trabajo y sin esfuerzo, simplemente, se te ocurre.

Ella sonrió y no contestó, pero pensó en el esfuerzo que había realizado, en la desesperación y los anhelos de sus sentimientos, nuevos y agonizantes. ¿Sin esfuerzo? Ella sonrió suavemente.

Roy dijo:

—Wren, das la impresión de tener la sabiduría de los ancianos.

«La tengo, pensó, la tengo pero no es fácil.»

Él volvió a tomarla en sus brazos. Wren recordó cómo en una oportunidad había deseado serenidad, paz y tranquilidad. Esa era una paz distinta, era una serenidad que, de faltarle, la haría sentir desolada.

Roy la soltó y dijo:

—Creo que ya llegan; es mejor que vayamos.

Lo primero que notó Janice fue el prendedor de cobre.

—¿Cómo, Wren? —dijo—. ¿Está otra vez en tu poder? ¿Cómo lo recibiste?

—Roy lo trajo —dijo Wren sin dudar un instante—; estaba en lo del joyero, para que le compusiera el broche. Me hace feliz tenerlo de nuevo.

La respuesta de Janice fue una mirada airada que revelaba que no iba a perder el tiempo en un asunto que no era de vital importancia.

Roy se sentó a su escritorio.

—Esta tarde, temprano, vi a Maloney —dijo—; parece un perro rabioso. Habla del escandaloso fracaso de la justicia y parece decirlo seriamente. Hará cualquier cosa para contrariar tus afirmaciones, Pedro, y si no consigue hacerlo, apelará. Yo sé lo que hará: insinuará al jurado que Micky se negó a declarar porque temía que Maloney lo atrapara con indirectas, porque de acuerdo con lo

que dispone la ley, no tiene derecho a hacer comentarios sobre el asunto, pero lo hará; predispondrá al jurado y deberé solicitar la nulidad del juicio, la cual será otorgada; si Nicky vuelve a ser enjuiciado, será vencido. De eso no tengas la menor duda.

—¿Por qué? —dijo Janice.

—Por el simple hecho de que la única estrategia mía consistió en insinuar que Nicky estaba protegiendo a una mujer desconocida; en segundo lugar, quería dejar que Maloney se explayara más de lo necesario en ofrecer evidencias, que yo podría contradecir posteriormente. Si se plantea otro juicio, Maloney no expondrá nada que yo pueda contradecir. No puedo comprobar la inexistencia de la creencia de Wales de que Nicky lo había estafado y esto constituye el móvil. Yo no puedo hacer desaparecer las impresiones digitales de Nicky o negar que tuvo oportunidad de disparar el revólver; por otra parte, no puedo evitar que el conductor del taxi lo identifique, ¿me entiendes?

Los tres asintieron y Roy continuó:

—De manera que todo depende de tus declaraciones, acerca de que encontraste el cuadro en el desván y lo reparaste. Maloney te está buscando, toda la policía seguirá tus rastros y no podrás moverte a una milla de tu casa. Si Maloney te atrapa, hará que digas todo lo que él quiera o bien te arrestará acusándote de falso testimonio.

—¿A mí? —dijo Pedro—, ¿por qué? ¡El gran necio! Puedo comprobar que encontré el cuadro en el desván.

Roy se alisó el cabello hacia atrás; parecía cansado, pero asimismo daba la impresión de poder continuar cansado durante los seis meses siguientes sin descansar, sin darse por vencido y sin perder la mínima pista que lo condujera a su meta.

—¿Quieres que llame a Maloney —dijo Roy— y que le diga eso?

Pedro sonrió.

—Déjale que se preocupe un rato; si estás defendiendo a Nicky, no tienes por qué facilitarle las cosas a Maloney. Te prometo no volverme atrás en mi declaración. ¡Encontré el cuadro en el desván!

—No es cierto —dijo Wren.

Pedro se volvió hacia ella.

—¿Qué sabes tú acerca de esto?

—Después de la muerte de Adam —dijo ella—, busqué por todo

el desván. Revisé las dos casas y sus respectivos sótanos y armarios, no encontrando nada.

—Debes haberlo dejado pasar por alto.

—No —dijo Wren.

Pedro se encogió de hombros.

—Estás haciendo el ridículo, Wren; ¿en qué forma puedes demostrar que no dejaste pasar nada por alto?

Roy se recostó.

—No tiene necesidad de probarlo —dijo él—. Hay una forma más convincente para demostrar la procedencia del cuadro.

—¿Una forma mejor? —dijo Pedro frunciendo el entrecejo—; ¿cómo?

—Las fotografías —dijo Roy serenamente—; las fotografías de color que tomó Kip de las obras de Kalish. De una de ellas, *Wren inconclusa* tú copiaste el cuadro.

—Es ridículo —dijo Janice.

—Kip tomó una foto de *Wren inconclusa* unos años atrás, antes de que fuera destruido. Kip y Pedro hicieron un boceto o diagrama y Pedro pintó el cuadro nuevamente. Wales encontró el diagrama y lo conservó. Era una prueba irrefutable de que el cuadro era falso, y debía ser asesinado.

—Es una idea fantástica —dijo Pedro.

Roy se encogió de hombros.

—Puede ser, pero es tuya, no mía. Dentro de pocos minutos se extenderá un auto decretando el arresto de Kip y confesará. Se encuentra acá, en la ciudad.

Pedro miró a Janice.

—Tu hermano —dijo—, ¡qué feliz ocurrencia confiar en él!

—Fue idea tuya —dijo ella—; tú le enseñaste, tú le obligaste, tú…

Pedro se puso de pie y miró a Janice. Ella pareció disminuirse. Se deslizó lentamente hasta el borde de la silla y ella también se puso de pie, como para interponer la silla entre ella y Pedro. Súbitamente, Pedro la golpeó. Le pegó con la palma de la mano y ella retrocedió tambaleando. Gritó y se llevó las manos a la cabeza.

—¡No, no, Pedro…, por favor…, no! —Luego gritó histérica—: Te previne… te dije… que si volvías a ponerme las manos encima…

Pedro se acercó a ella, pero Roy se apresuró y lo contuvo.

Rodaron por el suelo, mientras Janice continuaba gritando:

—¡Pedro, tú lo mataste, te previne que si volvías a tocarme te delataría! ¡Tú lo mataste, tú… tú…!

La señorita Jacobs entró corriendo. Wren tomó un libro pesado y cuando la cabeza de Pedro se puso a tiro lo golpeó estrepitosamente con el libro. Su cabeza golpeó contra el suelo y se desmayó.

Roy se levantó.

—Gracias, Wren —dijo serenamente—; estoy orgulloso de que sepas usar un libro de leyes. —Luego dijo dirigiéndose a la señorita Jacobs—: Por favor, llame a la policía; dígale que tenemos a alguien que está buscando.

Pedro se agitó, se frotó la cabeza y se sentó.

Roy abrió un cajón de su estudio y sacó una pequeña cachiporra.

—Es un recuerdo de uno de mis casos —dijo—; lo siento, Pedro, pero… quédate en el suelo; es el lugar más seguro para ti.

Cuando llegó la policía, Roy nada dijo sobre el homicidio. Simplemente señaló a Pedro.

—El fiscal del distrito busca a este hombre; llévenlo y díganle a Maloney que más tarde lo llamaré.

Wren se sentó en el diván. Tomó la mano de Janice y dijo:

—Jan, Jan, es horrible.

—Me hirió —dijo Janice—; le tenía tanto miedo que a veces llegué a pensar que me mataría. Es muy violento, debo decirlo; de lo contrario, jamás estaré a salvo. ¿Cómo supieron lo de las fotos?

—No lo sabía —dijo Wren—; lo adivinamos Roy y yo. Recordé que Kip acostumbraba tomar fotos en color años atrás, y debía haber copias; además sabía que había bosquejos.

—Kip tenía muchas fotos de los cuadros de Kalish y no pudo resistir la oportunidad de hacer dinero con ellas.

—¿Fue idea de Pedro? —preguntó Roy.

—Sí; Kip se las mostró una noche y eran adecuadas para lo que Pedro podía hacer. Podía copiarlas, alegar que eran reparaciones y vender a diez mil dólares cada copia. Discutí con ambos y traté de que Kip no interviniera en el asunto. Pero tuvo el retrato en su estudio terminado y listo para defraudar a Nicky, el fin de semana que Wales y Wren vinieron al campo. Por eso insistí en la visita; quería que ellos vieran el cuadro para que Pedro no pudiera venderlo, pero él descubrió que venían. Adivinó el porqué y me

pegó. Luego tomó sus cosas y se marchó.

—¿Cómo supo Wales lo de la falsificación? —preguntó Wren—; ¿lo adivinó o se lo dijiste tú?

—Yo no se lo dije, pero Pedro había hecho un bosquejo preliminar del cuadro, y Kip lo había ayudado a hacer el diagrama de los colores. De algún modo el diagrama roto quedó en el estudio y Wales lo encontró.

—¡Sí! —dijo Wren—, lo dobló y comenzó a golpearlo contra la puerta. Esto quiere decir que sabía que el cuadro no era auténtico aún antes de comprarlo.

Janice asintió.

—Lo compró para tenernos a todos en sus manos, a Nicky, a Pedro, a Kip y a ti, pero no consideró que Pedro se enojaría tanto. Le mostró el diagrama y Pedro se enfureció; Wales se disponía a estafar a todos según lo tenía planeado. Sabía que estaba comprando un cuadro falso y esperó que tú le dieras autenticidad, para así atrapar a Pedro. Cuando Wales, sentado en su departamento, lo admitió. Pedro no pudo soportar. Vio el revólver en el cajón, lo asió y disparó contra Wales; yo no lo supe al principio. Lo fui sabiendo de a poco y sólo unos días más tarde Pedro me lo confió todo. Al principio, cuando me enteré del asesinato y supe que Pedro y yo nos veríamos envueltos, me pareció de buen sentido decir que habíamos estado en el cine. Mentí para evitar complicaciones. Una vez que lo hice no podía echarme atrás y debía apoyar a Pedro, aun a expensas de Nicky; no podía evitarlo. Fue horrible, Wren, me preocupaba Kip, le tenía miedo a Pedro. Temía que Nicky fuera condenado, no podía contárselo a nadie. Lo mejor que pude hacer por Nicky fue inventar la historia del revólver. Lo hice porque no quería mencionar el estudio, debido a la conexión directa que tenía con la falsificación. No había qué hacer, Wren, y tú pensaste que yo lo había matado; yo me sentía culpable y tú lo presentías. No supe qué hacer hasta hace unos minutos en que lo vi todo claro. Me di cuenta de que nunca estaría a salvo con Pedro, y de que no podía permitir que lo condenaran a Nicky. Cuando Pedro me pegó nuevamente, supe que habíamos terminado; está loco. Me siento tan mal, ¡pobre Kip!

—¿Y qué nos puedes decir de la coartada? —preguntó Roy—. ¿Cómo pudieron salir de la cárcel por medio de ella?

—Fue cuestión de suerte, creo —dijo Janice—. Habíamos ido al cine la noche anterior, el diez, para justificarnos. Pedro inclusive consiguió entradas de esa fecha. Encontró dos que alguien había tirado y casualmente, exhibieron las mismas películas las dos veces. Como Pedro y yo dijimos exactamente lo mismo y no teníamos motivos aparentes, Nicky era el más sospechoso. ¿Por qué no nos iba a creer la policía? ¡Hubiera sido mejor que no lo hiciera, ha sido horrible!

La mano de Roy tomó la de Wren aprisionándola. Wren se sintió descansar. Un tiempo atrás había habido una crítica de arte llamada Irene Venice, que había estado acosada por problemas e incertidumbres, y que había dado autenticidad a un cuadro que había resultado una copia. La gente discutiría si había obrado bien o mal. Bien, porque había captado el concepto, la composición, el color y la vitalidad de Adam Kalish. Equivocada, porque quien lo había pintado era Pedro Davvo.

Pero eso ya no tenía importancia. Desde las alturas de su enorme felicidad, la futura esposa de Roy Padget lo vería todo con compasión, con verdad, con comprensión y con Roy.

JACOBO MUCHNIK EDITOR
BUENOS AIRES



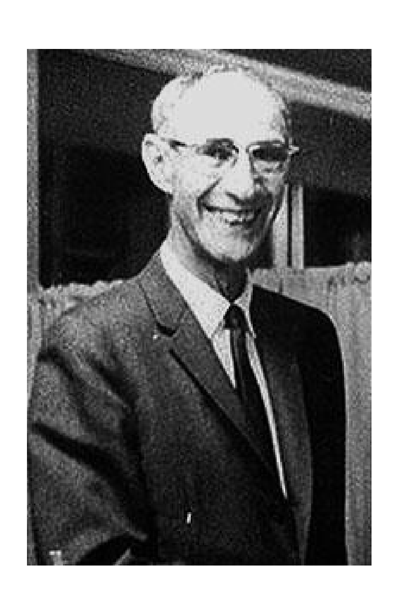
Terminóse de imprimir el
31 de julio de 1957,
en los Talleres Gráficos
de la Compañía General
Fabril Financiera
S. A.
,
Iriarte 2035, Buenos Aires.



Colección «Club del Misterio»

14. Un puñado de crímenes (*Fegurson Findley*)
15. Las paredes oyen (*The Gordons*)
16. La muerte soborna a Pandora (*María Angélica Bosco*)
17. El largo adiós (*Raymond Chandler*)
18. ¿Dónde está la víctima? (*John Ross MacDonald*)
19. La ventana siniestra (*Raymond Chandler*)
20. Diversión macabra (*Aylwin Lee Martin*)
21. Tensión en el juzgado (*Lawrence Treat*)
22. La visita del miedo (*Aylwin Lee Martin*)
23. La hija del hampa (*John McPartlan*)
24. La mujer que bajó del tren (*Day Keene*)
25. Pagado con sangre (*Hugh Clevely*)
26. Las muertes paralelas (*Olsen*
    D. B.
)
27. Un grosero crimen (*Bruno Fischer*)
28. Asesinato por poder (*Ronald*
    E. B.
)
29. Llanto por una rubia (*Brett Halliday*)
30. Al sur del sol (*Wade Miller*)
31. La rubia de negro (*Ben Benson*)
32. Marea trágica (*John MacDonald*
    D.
)
33. Silencio morgue (*David Alexander*)
34. Un balazo para el novio (*David Dodge*)
35. Una pista en las tinieblas (*Baynard Kendrick*)
36. El boxeador y su sombra (*John Roeburt*)
37. La muerte pasa a cobrar (*Hank Hobson*)
38. Las raíces del mal (*William Ard*)
39. Los malditos (*John MacDonald*
    D.
)
40. La bella y la muerte (*Richard Prather*
    S.
)

41. Un solo estrangulador (*Hampton Stone*)
42. Los verdugos (*John Ross MacDonald*)
43. El sabueso y la dama (*Richard Prather S.*)
44. Sendero de perdición (*Richard Prather S.*)
45. Su muerta imagen (*William Herber*)
46. Lloro a mis muertos (*James Alistair*)
47. Capaz de matar (*Brett Halliday*)
48. Fieras de la ciudad (*Jason Ridgway*)
49. Costa trágica (*Ross MacDonald*)
50. ¿Usted mató a Mona Leeds? (*John Roeburt*)



LAWRENCE TREAT, seudónimo de Lawrence Arthur Goldstone, pero que se convirtió en su nombre legal en 1940. También conocido como Gordon Lord. Nació el 21 de diciembre de 1903 en la ciudad de Nueva York y murió el 7 de enero de 1998 en el pueblo de Oak Bluffs en la isla de Martha's Vineyard, Massachusetts. Este novelista estadounidense es considerado uno de los padres del subgénero del procedimiento policial.

Nacido en el seno de una familia adinerada, estudió en Dartmouth College, luego ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia y se graduó en 1927. Ejerció durante unos meses como abogado en una firma que cerró sus puertas en 1928. Poco después, durante un viaje a París, conoció a un amigo que le propuso instalarse en su casa de Bretaña. Durante esta estancia, se dedicó a perfeccionar su técnica de escritura de historias. De regreso en Estados Unidos, comenzó una carrera en la ficción policial donde su conocimiento de la ley resultó ser una ventaja.

A principios de la década de 1960, Lawrence Treat abandonó la novela para publicar principalmente novelas sobre crímenes, formato en el que dio lo mejor de su producción, repitiendo

repetidamente sus personajes del Distrito 21. Algunas de las historias cortas de Lawrence Treat se han adaptado como parte de series de televisión estadounidenses, sobre todo Alfred Hitchcock Presents.

Junto con Clayton Rawson, Anthony Boucher y Brett Halliday, Lawrence Treat fue uno de los miembros fundadores, en 1945, de la Association of Mystery Writers of America.